

Andrés Blanco y García



Notas

Discordantes

Colección de versos

MURCIA: 1899

Imprenta EL MAGISTERIO

Caravija, 20



DNU

9749

lit. 234990

eb. 1476512

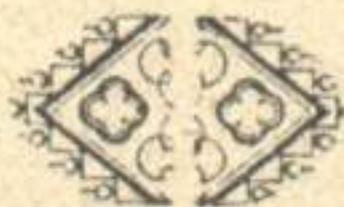
Andrés Blanco y García

---

**NOTAS**

**DISCORDANTES**

Coleccion de versos



MURCIA.—1898

Imp. dei Magisterio. Caravija 20.

R. 377805



# Notas discordantes

**(ES PROPIEDAD)**



## DOS PALABRAS

---

Posible es que te extrañe, amable lector, no ver en las primeras páginas de este libro la firma de algún literato de buen nombre, para que me sirva de introductor y te prepare á leer con alguna benevolencia los renglones cortos y largos que con el nombre de versos estampo más adelante. Si tal extrañeza tuvieres, no lo achagues á desdén ó vanidad por parte mia sino á razones de gran peso que voy á exponer y que te convencerán seguramente, como me han convencido á mí antes de resolverme á dar á la luz parte de mis modestas producciones.

He observado que los prologuistas, en su mayoría, son vocingleros de una fama que á veces, suele desaparecer con las últimas lí-

neas de la obra, cuando no escriben por rendir tributo à la amistad, deshaciéndose en elogios que quizá no sienten, pero que se ven obligados à tributar por el afecto que profesan al autor ó por compromisos que no pueden eludir. Hija de este proceder tan corriente entre los literatos, es la costumbre de leer los prólogos à la terminación del libro, cosa anómala por cierto, pero que se hace casi necesaria, à fin de no dejarse influir de criterios parciales que inclinan el ánimo hácia puntos de muy relativa importancia, pretendiendo hacerles pasar por bellezas de primer orden, cuando no velan con el manto de la indulgencia defectos que deben condenarse para que no sirvan de mal ejemplo à los aficionados à las bellas letras.

Y el caso es, que los prólogos escritos por mano ajena tienen que ser necesariamente laudatorios, porque si así no fuera ¿para qué se escriben? ¿qué papel representan entonces? La justificación no existiría desde el momento mismo en que un prologuista pusiera al frente del libro lo que es objeto del crítico independiente que, desde las columnas de un periódico, juzga con autoridad más ó menos discutible lo que se ha entregado al público para que lo acepte ó lo rechace, según su leal entender y su mayor ó menor grado de sentir.

Amigos tengo, y no pocos, de alta reputación en el campo de las letras. A ellos pude haberme dirigido en demanda de una introduc-

ción; pero no ha pasado por mi mente tal idea, precisamente porque hubiera sido ponerme en pugna con las arraigadas convicciones que tengo sobre este punto.

Si los versos que han salido de mi pluma son de los que merecen un eterno olvido ¿á qué comprometer una amistad ó una firma respetable, adornándome con oropel que pondría más de relieve los lunares de que estuviera plagada mi obra?

Nó, y mil veces nó: si mis composiciones, son malas, las alabanzas no las harán mejores, aunque estuvieran tributadas, á granel por los literatos más insignes. Por esa misma razón si mis producciones encierran algo bueno; si de entre las malezas que las forman brotan algunas flores más ó menos lozanas, inútiles serían también las embestidas de una crítica mordaz, de esa crítica que sólo busca defectos, omitiendo las bellezas, y concluyendo por personalizar el juicio para lanzar frases ridículas contra el pobre autor de la obra, como acostumbra alguna eminencia de las letras que parecería aun más alta si supiera enfrenar la soberbia que la impulsa.

Claro que al decidirme á esta publicación, es porque, juzgando quizá con el cariño ciego de padre, he dejado de ver los defectos de mis producciones y he creído encontrar en ellas las bellezas suficientes para considerarlas dignas de la publicidad. Acaso me he equivocado de medio á medio, por lo mis-

## VIII

mo que no puedo ser juez y parte; pero me consuela el saber que ésto acontece á todos los que escriben, y que no hay autor, por modesto que aparezca, que no tenga su tantico de amor propio y que no se estime, con tanto derecho como el que más, para figurar á algunos palmos más arriba que el vulgo.

Y dicho ésto para justificar la ausencia de pluma agena al frente de este libro, poco es ya, amable lector, lo que tengo que añadir para que sirva de última parte á esta desaliñada introducción, con la brevedad posible á fin de que no degenerere en pesada.

Con verdadera timidez, (dicho sea en honor de la verdad) te presento una porción de composiciones en verso que no obedecen á plan alguno, porque los diversos temas de que tratan, escritos en épocas distintas, según los diferentes estados de mi espíritu y según también el gusto de ya pasados tiempos no fueron excitados para desarrollar una tesis, como va siendo costumbre entre algunos poetas. Debo decirte además que lo que vas á ver á continuación, es lo poco que he podido recoger de lo mucho que escribí durante un periodo de más de veinte años, pues la mayor parte de mis versos andan por donde Dios quiere, sin que yo lo sepa, y hasta me falta memoria para recordar otros que no serian de los peores del libro y que jamás salieron de los borriones en que los confeccioné.

Por esta razón, al emprender dar un título á

## IX

la presente obra, he creído que el más adecuado es el de NOTAS DISCORDANTES, por la escasa armonía que ha de resultar entre las partes constitutivas y el todo de la colección; pero ten presente que lo bueno ó malo que te ofrezco es expresión fiel y exacta del culto que siempre rendí al arte y á la belleza, y que la misma discordancia de planes, tonos y pensamientos viene á constituir al fin cierta unidad, que es como la personalización ó el sello propio de todo cuanto he escrito.

Y aquí hago punto final, deseando, amable lector, que me mires con ojos indulgentes; pues sería muy triste para mí que, después de no haber sabido ni podido escribir con mayor galanura, vinieras con tu desdén á arrancar del fondo de mi alma las últimas ilusiones que me quedan.

ANDRÉS BLANCO GARCÍA.







## LA RAZÓN Y LA FÉ

---

¿A dónde va la humanidad? ¿Quién guía  
su rumbo por el áspero camino  
que recorre la inquieta fantasía?  
¿Vislumbra acaso el fin de su destino  
la atrevida razón, ó el pensamiento,  
ardiente como el fuego que caldea  
el cráneo, en incesante movimiento  
vaga ráudo en los mundos de la idea,  
y ora ante la virtud, dulce palpita  
y el anhelante espíritu engrandece,  
ora ante la pasión alienta y crece  
y en abismo insondable precipita  
su gónio soñador? ¿Tal vez buscando  
horizontes sin fin, donde su historia,  
brillante lumínar tras sí dejando,  
vaya escrita con ráfagas de gloria,

pretende, entre la duda y la esperanza,  
rasgar el velo que en tiniebla obscura  
su pequeñez envuelve, y sólo alcanza  
triuufos que anega en mares de amargura?

¡Quién sabe! Noble afán el pecho enciende  
con misterioso ardor. La viva llama  
que arde en el corazón, doquier extiende  
las ondas de su luz, y cuanto inflama  
se inclina al fin á la potente mano  
del hombre audaz que el tenebrose arcano  
aspira á conocer de su existencia.  
Hiende los áires con pasmoso vuelo  
en alas de su ardiente inteligencia;  
sorprende entre los ámbitos del cielo  
la ley universal, y al incesante  
vértigo que le agita, enardecido  
quiere humillar ante sus pies la tierra;  
sobre el hinchado mar se alza gigante,  
y del horno volcánico encendido  
las fuerzas mide que en el seno encierra.  
Y, el polvo de los siglos removiendo,  
se agita del pasado en lo profundo,  
mientras va su corona entretejiendo  
con verdes láuros que le ofrece el mundo.

¡Ah! ¡Cuántas veces desde el borde mismo  
de su cuna, que en nieblas aun velada  
se oculta allá del tiempo en el abismo,  
lanzò ansioso al espacio su mirada  
buscando la Verdad dulce y tranquila;  
y cuántas el Error, falsos colores

y galas revistiendo, su pupila  
 fascinó, obscureciendo los fulgores  
 de esa luz que en el alma reverbera!  
 Mas siempre la razón, grande y severa,  
 como brillante sol apareciendo  
 tras negra nube, su esplendor vertía  
 sobre las brumas del error, haciendo  
 brotar ante su paso la armonía  
 con su impulso no más. El gènio entonces,  
 con diadema de flores coronado,  
 bajò á esculpir en mármoles y bronce  
 de la idea el poder. A su sagrado  
 mágico acento que en los orbes suena,  
 espacios mil se abrieron, y triunfante  
 alzó su frente plácida y serena,  
 surcó del èther la extensión radiante,  
 y tras su estela de esmeralda y oro  
 que los cóncavos cie!os esmaltaba,  
 á la asombrada mente presentaba  
 de ciencia y arte sin igual tesoro.

Y los siglos rodaron, y á la cumbre  
 del terreno saber llegar ansiando  
 la altiva humanidad, en viva lumbre  
 su numen encendia, arrebatando  
 secreto tras secreto á la natura  
 que, avara de sí misma, en lucha horrenda  
 defiende sns misterios con bravura  
 hasta quedar vencida en la contienda.  
 Y cual semilla que en en el fértil prado  
 arraiga y crece y séres multiplica,  
 cada nuevo secreto conquistado

por la ciencia del hombre, de otra rica  
 y sorprendente muestra fué el origen:  
 sus lazos estrecharon las naciones  
 á la voz sacrosanta del progreso;  
 las várias leyes que los pueblos rigen  
 quebrantaron por fin los eslabones  
 que abrumaban al hombre con su peso...  
 sonó de libertad la voz potente,  
 y al proclamarse la razón humana  
 del imperio del orbe soberana,  
 humillaron los déspotas su frente.

Mas ay! que al par que el hombre en su porfia  
 sigue adelante, la pasión que brota  
 dentro del mismo pecho, cual sombría  
 tempestad que los mares alborota,  
 turba la paz del corazón. Su planta  
 doquier imprime la soberbia impía;  
 mientras el pensamiento se abrillanta,  
 el dulce sentimiento, la fé pura  
 en el fondo del alma se obscurecen;  
 junto á la hermosa flor de la ventura  
 espinas mil emponzoñadas crecen;  
 y en la continua y desigual batalla  
 que la fé y la razón riñen, estalla  
 como fuego que ruge comprimido  
 en las entrañas de la tierra, el rayo  
 de la duda que todo lo envenena;  
 poco á poco á su férvido latido  
 sucede en el espíritu el desmayo;  
 con voz pregunta de zozobras llena  
 por su antiguo reposo, y ni aun el eco

á su acento fatidico responde....  
y está del goce el manantial ya seco  
y su amorosa faz la dicha esconde.

¡Misterio incomprensible! ¿Quién se atreve  
el enigma á explicar? ¿Es que á un abismo,  
cuando incáuto sus pies el hombre mueve,  
le arrastra despiadado el fatalismo  
y su adorada libertad no existe,  
ó es que su misma libertad desata  
como ráuda y rugiente catarata,  
si su fuerza un obstáculo resiste,  
el turbion de los males? ¿La fé acaso  
y la ciencia, en eterno desconcierto,  
han de atajar el victorioso paso  
del progreso, y un árido desierto  
han de ver siempre los cansados ojos?  
¿Es que la fé los orbes ilumina?  
¿Es que de la razón nacen abrojos?  
¿Es la primera un astro que declina  
ó el sol de la verdad? ¿Es la segunda  
hija de Dios ó de Luzbel el grito,  
y al remontar su vuelo al infinito,  
de vaga obscuridad todo lo inunda?

¡Nadie sabrá explicarlo! ¿Qué es el hombre  
sin fé en el corazón? Páramo horrendo  
donde ni aun vibra del amor el nombre:  
sepulcro vivo que, su losa abriendo,  
muestra sólo la nada. ¿A dónde, falto  
de esperanza y de luz, su vista ansiosa  
tiende para calmar su sobresalto?

En su fiebre continua y espantosa  
 le asaltarán la angústia y el hastío,  
 y al sentir en las fibras de su pecho  
 penetrar el dolor punzante y frío,  
 insomne, revolviéndose en su lecho,  
 su espíritu hallará sólo el vacío.

¿Y qué es el hombre sin razón? Escoria,  
 podredumbre no más. Todo á su lado  
 indiferente cruza. De la gloria  
 no le alienta el latido. Inerte, helado  
 su pensamiento está. La omnipotente  
 y augusta magestad de Dios no siente;  
 y al elevar al cielo su mirada,  
 al ver los soles que en azul espacio  
 con orlas de diamante y de topacio  
 forman del Sér Eterno la morada;  
 al ver la vida allí, nada descubre...  
 ¡De la ignorancia vil el polvo denso  
 su vista anubla y su cerebro cubre  
 como un manto de muerte obscuro, inmenso.

¿Por qué esta lucha eterna? ¿A dó camina  
 así la humanidad? Si de la ciencia  
 el esplendente sol nos ilumina;  
 si se agranda la noble inteligencia  
 con sus rayos purísimos; si el alma,  
 en la insaciable sed que le devora,  
 aspira á conquistar la hermosa palma  
 que sacra luz de lo infinito dora;  
 si la Verdad, que en Dios tiene su asiento  
 y con hondos misterios nos circunda,  
 excita al atrevido pensamiento

y lentamente en claridad lo inunda,  
 ¿ha de ser un esfuerzo estéril, vano,  
 cuanto descubra la razón? ¿La vida  
 nó traspasa los lindes de lo humano?  
 ¿La aspiración que en nuestro pecho anida  
 ha de tornarse en punzadora flecha,  
 y cual Tàntalo siempre, de la altura  
 ha de rodar del hombre la ventura  
 con su propia ambición rota y deshecha?

¡Oh! nó, nó. El hombre marcha por la via  
 del progreso que á Dios le acerca. El vuelo  
 de su ráuda y potente fantasía,  
 cuanto descubre en su creciente anhelo,  
 los oscuros problemas que resuelve,  
 los monumentos mil que admira el mundo,  
 la red gigante que la tierra envuelve  
 y su fortuna y su riqueza labra,  
 de su esfuerzo titánico el fecundo  
 portento que eterniza la palabra,  
 no son sueños de gloria disipados  
 como la leve y cristalina gota  
 que vierte el alba en los risueños prados;  
 no son la dulce y vacilante nota  
 que en la extensión se pierde, cual la queja  
 de solitario corazón que gime:  
 ¡son los rayos de luz que Dios refleja  
 cuando su beso en nuestra frente imprime!

Si alguna vez la humanidad lograra  
 de la fé y la razón unir los lazos;  
 si esa lucha infecunda al fin cesara

y de la ciencia los amantes brazos  
ahogaran la pasión cuyo veneno  
se difunde en el alma lentamente  
cual se arrastra en el fondo de la fuente  
reptil que oculta el reposado cieno,  
entonces ¡ah! la libertad sagrada,  
el noble pensamiento, la fè ardiente,  
juntos alzarán de armonías lleno  
su vuelo prodigioso. La exaltada  
mente, surcando por la extensa zona,  
de la verdad el sol contemplaría,  
y para ornar su terrenal corona  
un rayo de aquel fuego arrancaría.  
Mas ¡ay! ¿sucederá? ¿Quién lo futuro  
se atreve á predecir? ¿Dó está la clave?  
Mudo está el cielo, el porvenir obscuro...  
¿Brillará á nuestros ojos? ¡Dios lo sabe!





## EL ALBA

---

Hermoso el rayo primero  
de luz por oriente asoma,  
à cuyo ténue vislumbre  
pliegan su manto las sombras.

Como la dulce esperanza  
que dentro del alma brota,  
sus reflejos misteriosos  
alegran la inmensa zona.

Lentamente mil celajes  
los tules del cielo bordan  
el camarín recamando  
de la blanca y fresca aurora.

¡Con qué placer nace el día!...  
¡Cómo el mundo se alborozaba  
al sacudir con el alba  
su pereza abrumadora!

¡Cómo ahuyentada la noche  
de su crespón se despoja  
y hacia occidente su curso  
precipita temerosa!

Es que renace la vida,  
es que el sol sus hebras blondas  
con magestad soberana  
extiende tras la alta loma;

y á su lumbré, la campiña  
viste su gallarda pompa,  
verdes festones tejiendo  
con que sus boscajes orla.

Ya el céfiro, enamorado  
suspira en las frescas hojas,  
y el arroyo en sus cristales  
las tintas del cielo cópia.

Alzan las flores del prado  
sus irisadas corolas  
y derraman en los vientos  
su fragancia embriagadora.

Y el purísimo rocío  
desciende en trémulas gotas  
que, al titilar en las ramas  
semejant brillante aljófar.

Parece que más suave  
bulle la fuente sonora,  
y suena con más dulzura  
el murmullo de las frondas.

Parece que es más sentido  
el canto que el ave entona,  
cual si el amor inflamara  
su pecho al lanzar sus notas.

¡Hora de placer inmenso!  
 ¡Momentos que al alma arroban,  
 cual si en el mundo un instante  
 reinara la dicha hermosa!

Las fuentes de la existeneia  
 su puro raudal desbordan  
 cual inunda el ancho espacio  
 la luz que los montes dora;  
 y en el corazón la sangre  
 con ritmo vivaz se agolpa,  
 y mil bellas ilusiones  
 surgen en la mente absorta.

¡Hora de amor! Todo late;  
 todo à las delicias torna,  
 y hasta el dolor sus rigores  
 un punto, apiadado, acorta.

¡Oh! ¡quién suspender pudiera  
 la carrera misteriosa  
 del mundo, y en tal reposo  
 viera deslizar sus horas!

¡Quién la edad de la inocencia  
 que perdida el alma llora  
 traer pudiera à un presente  
 lleno de encanto y de gloria.

El albor de la mañana  
 es nuestra infancia dichosa;  
 flores, pájaros, perfumes,  
 áuras dulces, claras ondas.

Mas ¡ay! que cual la alborada  
 también el placer se agosta.  
 ¡Sólo el dolor no se extingue!  
 ¡Sólo el pesar no se borra!





## EN LA MUERTE

### DE MI HERMANO PEDRO

---

---

¡Ay, cómo te derrumbas, hogar mio!  
¡Cómo al empuje de la negra suerte,  
cuanto amè con afán, en polvo inerte  
transforma el tiempo asolador, impío!

Siento en mi corazón hondo vacío  
que en abismo insondable se convierte,  
y respiro doquier viento de muerte  
que hiela mis entrañas con su frío.

¡Adios, amados séres! De mi vida  
pronto romped la bárbara cadena  
que abrumba y rinde al alma dolorida.

Que aquí en el mundo, al renovar mi pena,  
¡a una amarga existencia aborrecida  
mi destino implacable me condena!





## LA PATRIA

---

Del fondo del corazón  
brote el armonioso acento,  
y al estruendo del cañón  
el grito de la ovación  
rasgue las ondas del viento.

Vibren palmas de victoria  
y alce el español su frente,  
que en el libro de la historia  
brilla nuestra patria gloria  
con la luz más esplendente.

¡Brilla sí! ¿Quién olvidar  
puede la inmensa grandeza  
de esta nación singular  
do se funden á la par

el valor y la nobleza?

¿Quién fatigar pudo el brío  
de su brazo sin segundo,  
que, como titán bravío,  
mostró siempre el poderío  
que subyugó al ancho mundo?

¡España! Entre mirto y oro  
su augusto nombre fulgura,  
y al ver tan rico tesoro,  
himnos el celeste coro  
canta en la sublime altura.

Ella de honor y constancia  
dió á las edades ejemplo,  
y en Sagunto y en Numancia  
á su indomable arrogancia  
fundó para siempre un templo.

Y en ese templo sagrado,  
para formar los laureles  
que ornán su timbre preciado,  
del universo asombrado  
se agotaron los vergeles.

De Covadonga á Granada  
su viva fè centellea  
con la Cruz y con la espada,  
siempre del honor guiada,  
siempre en desigual pelea.

Allí en las Navas pregona  
de su numen el portento,  
Sevilla su fama abona,  
y en el Salado corona  
su titánico ardimiento.

Y en cien hechos prodigiosos  
que á través del tiempo brillan,  
al golpe de sus colosos,  
los árabes orgullosos  
la soberbia frente humillan.

Tanta virtud mereció  
el premio más deslumbrante  
que jamás la historia vió,  
y un nuevo mundo brotó  
tras el ancho mar de Atlante.

Mundo que, cual joya pura,  
Dios engarzó en la diadema  
de esta pátria de ventura,  
para que de su hermosura  
fuera el codiciado emblema.

¡Oh! ¡cómo la inquieta mente  
ve cruzar del tiempo en alas  
tanto sol resplandeciente,  
tanta grandeza imponente  
ornada de ricas galas.

La sin igual valentia  
junto al turbio Garellano,

la generosa hidalguía  
que en los campos de Pavía  
timbró el pabellón hispano.

De San Quintín la jornada  
donde Francia halló su tumba,  
de Flandes la palma ansiada,  
y la victoria alcanzada  
en Lepanto y en Otumba.

Todo, cual visión divina  
que por los espacios vuela  
y el alma encanta y fascina,  
el horizonte ilumina  
con su purísima estela.

Siempre en los peligros fuerte,  
España su honor levanta,  
y al par que su sangre vierte  
va encadenando la suerte  
á su vencedora planta.

Y si con amargo duelo  
de Trafalgar en las olas  
ve nublar su aúreo cielo,  
no abaten allí su vuelo  
las grandezas españolas.

Que pronto de la esperanza  
las envuelve el dulce rayo,  
y á la voz de la venganza  
heróico Madrid alcanza

el laurel del Dos de Mayo.

Y Cádiz y Talavera  
y Zaragoza y Bailèn,  
dejando absorta la esfera,  
ante la hispana bandera  
rendida al águila ven.

Y aquel capitán que un día,  
al trotar de sus bridones  
á la tierra estremecía,  
hallò freno á su osadía  
en los iberos leones.

¡No más allá! Dios clemente  
no con su aliento en las venas  
dió al español lava hirviente,  
para que en lucha candente  
sufriera viles cadenas.

Y aunque al probar su fé pura  
le marque senda de abrojos,  
pronto ahuyenta su amargura,  
y espacios mil de ventura  
muestra benigno á sus ojos.

Y al bendecir la lealtad  
de quien su sangre derrama  
por la pátria libertad,  
gloria de la humanidad  
ante el orbe le proclama.

¡Oh! cante ei génlo potente  
de este pueblo la grandeza  
al son de la lira ardiente,  
y ciña á su noble frente  
flores de eternal belleza.

Cante, y la maldad vencida  
huya y para siempre esconda,  
su negra faz abatida,  
y el alma de gozo henchida  
con himnos de amor responda.

Y al alzar la frente al cielo  
que el sol de la gloria baña  
esfaltando su aéreo velo,  
lance el hispano en su anhelo  
el grito de ¡viva España!





## ALEGORIA

---

Hay una flor de celestial aroma,  
en cuyo cáliz toma  
el áura bulliciosa su perfume,  
y nunca del estío á los rigores  
marchita sus colores  
ni el frío del invierno la consume.

Crece escondida, humilde, más tan bella,  
que la fúlgida estrella  
que anuncia la mañana en el oriente,  
al mirarla en su tallo tan hermosa  
le ofrece candorosa  
el nácar y las perlas de su frente.

De amor y de lealtad mágico emblema,  
en su casta diadema

un ángel escribió su puro nombre:  
al recordarlo el corazón se inflama,  
y con placer lo llama  
virtud el cielo y amistad el hombre.





## Á LA NOCHE

---

Noche augusta y sublime, que á mis ojos  
de la creación la magestad presentas,  
¡cómo el alma te admira! Tus encantos,  
tus maravillas mil, de un infinito  
misterioso poder la acción descubren,  
elevando la obscura inteligencia  
á la esfera de luz de donde brota  
hermosa la verdad. Libre del mundo  
vuela radiante el pensamiento humano,  
más pujante que el águila altanera  
que se remonta sobre negra nube  
escuchando á sus pies la voz del trueno  
que ronca por los aires se dilata.

¡Cuán plácidas y breves se deslizan  
las horas solitarias, silenciosas,

en que, entre gases de flotantes tules,  
 las miriadas de estrellas rutilantes  
 que bordan la extensión del ancho cielo  
 nos muestras con afán! ¿Qué de la aurora  
 son ante tí los matinales rayos,  
 ni el céfiro aromoso que en las flores  
 gime de amor, ni el huracán bravío  
 ni la fértil campiña, cuyas galas,  
 cual rica alfombra de bordado eucaje  
 presenta por doquier? Todo en tu seno  
 un átomo es no más, polvo perdido.

Hay en tí más grandezas y tesoros.  
 Esas islas de luz que en el espacio  
 de un piélago sin fin marcan la senda,  
 sen gigantescos soles cuya antorcha  
 se agita sin cesar. Miles de mundos  
 ruedan bajo sus piés, y á ellos sujetos,  
 sus eternas órbitas recorren  
 cual la tierra ante el sol. La inteligencia  
 reside allí también. La ley que rige  
 cuanto nosotros vemos y tocamos,  
 desde el átomo humilde à la montaña,  
 es la misma que marca á esas estrellas  
 su rumbo fijo en el abismo inmenso  
 que no acaba jamás. Rápidas cruzan  
 los insondables campos del vacío  
 cual centella veloz, y señalando  
 de un plan maravilloso el pensamiento  
 incomprensible y perenal, despiertan  
 ideas que ennoblecen y que inflaman,  
 extendiendo, al mirar tanta belleza,

los límites del ser.

¡Ah! no en un punto solo de de la creación, desenvolverse puede el germen fecundo de la vida. Siempre incansable y portentoso, lleva su rico manantial á las ignotas regiones de esos mundos formidables, y en la materia cósmica que informe aun en revuelta confusión fermenta, no detiene su paso gigantesco sino que busca el más allá. Y lo mismo en la sàvia prolífica del grano, en las entrañas del volcán hirviente, en la gota del agua cristalina, en el áire, en la luz, en cuanto abarcan de la extensión los lindes, allí alienta de la vida el poder incomprensible.

¡Oh, noche llena de inefables goces!  
 ¿Quién puede contemplarte frente á frente sin sentirse pequeño, anonadado, ante esas grandes, sorprendentes obras que pregonando están con elocuencia de Dios la excelsitud? ¿Quién hay que impío blasfeme de su Autor, y audaz, soberbio, tras dudas que al delirio le conducen, niegue entre aquellos orbes soheranos suprema una razón? ¿Quién la escondida fuerza puso á los ejes invisibles del astro secular? ¿Quién dio el impulso

á la materia inerte que transforma sin cesar su organismo? ¿Es el acaso quien ordenó las leyes? ¿La armonía que en su centro reside, se hizo ella, ó la vida brotó como un efecto sin causa primordial?

Nunca. Dios mismo se ve en sus obras, do su sello imprime á través de los siglos que se abisman cual gotas en el mar, y desaparecen ante la eternidad. La vil materia no tiene razón, nó: dócil se inclina á fuerza superior, y en el concierto del universo sideral marchando, va á un fin desconocido para el hombre. Antes de que esos astros existieran, hubo acaso otros ya: tal vez mañana tu seno, oh noche, mostrará otros mundos que aún están por nacer, y que se agitan en la mente de Dios, inagotable como su mismo Sér. Y todo, todo, por una gradación grande y perfecta, al cantar de su Autor la excelsa gloria que la voz del mortal narrar no puede, á su destino irá, siempre sujeto á reglas inflexibles que dimanar del Supremo Hacedor.

¡Oh, noche, cuánto enseñas en tu manto misterioso!  
¡Cómò al mirar tu espléndido ropaje

salpicado de luz, quisiera el alma  
 abarcar su extensión y confundirse  
 con sus vívidos rayos, por ver cerca  
 la belleza real, de Dios destello,  
 muestra débil tal vez de su hermosura  
 ó acaso trono donde augusto asienta  
 su inmensa magestad! ¡Cómo al volverse  
 á este pobre planeta el pensamiento  
 siente el pecho un pesar que le acongoja  
 y una furtiva lágrima penetra  
 allá en el corazón, siempre anhelante!

Si al ver la pequeñez de nuestro globo  
 recogido el espíritu medita;  
 si al contemplar del alto firmamento  
 los torrentes de fuego, que lejanos,  
 á nuestra vista apenas centellean,  
 la clave del enigma nuestra mente  
 se fatiga en buscar; si deslumbrada  
 la inteligencia en su ansiada vacila  
 y la duda al instante recelosa  
 pretende herir á la razón, del fondo  
 de nuestro propio sér, voz imponente  
 surge y su acento aterrador, sublime,  
 llamando á la conciencia, ante el portento  
 que á los ojos humanos se descubre,  
 hace humillarse la altivez. La duda  
 cede su paso á la verdad. El sacro  
 templo del universo, en luz divina  
 inundado, ante el alma se aparece,  
 y allí, entre nubes de fragante incienso  
 que hasta el trono de Dios rápidas suben,

gigantes notas de su seno elevan  
un himno al Creador.

¡Oh, dulce noche!  
Déjame que te admire y te contemple.  
Déja que siempre la mirada busque  
en los cóncavos senos del espacio  
de la creación del libro, en cuyas hojas  
con caracteres de diamante y oro  
Dios su nombre trazò. Déja que, henchido  
de amor por aquel Sér que con su aliento  
hizo brotar los mundos de la nada  
en ellos reflejando su belleza,  
pueda postrarme ante sus piés de hinojos,  
bendiciendo su mano y su grandeza.





## DESPUÉS DE LA AUSENCIA

---

### I

¡Es ella! ¡Es ella! ¡Qué hermosa!...  
Aun brilla en sus ojos negros  
aquella luz que mi alma  
inundó con sus destellos.

Esa voz dulce y sonora  
que en sus alas lleva el viento  
es la misma que un latido  
logró arrancar de mi pecho.

Esa boca perfumada  
con su sonrisa de cielo  
es aquella en que la dicha  
bebí, de placer sediento.

¡Ah! ¿Por qué la miro ansioso?  
¿Por qué mis ojos no cierro,

y las sangrientas heridas  
de mi corazón renuevo?

¿Por qué del pasado el mundo  
ante mi vista despliego,  
y en vez de dicha inefable  
un mar de amarguras pruebo?

No está en la mano del hombre  
detener el pensamiento  
cuando el desengaño rasga  
de nuestra ilusión los velos.

¡Cuánto la amé; ¡Fué mi vida!  
¡Fué el arcángel de mis sueños  
mi alegría, mi esperanza,  
mi sol, mi encanto, mi anhelo!...

Como hácia el imán potente  
se siente impulsado el hierro,  
hácia ella así marchaba  
con el imán de su aliento.

¡Y hoy, al verla, todavía  
se enardece mi cerebro,  
y mi pasión se desborda  
en oleadas de fuego!

## II

¡Es ella, sí! Ya se acerca....  
su lábio balbuce quedo  
palabras indiferentes  
tan glaciales como el hielo.

Al herir mis hondas fibras  
la vibración de su acento,

su voz parece un redoble  
por mi esperanza que ha muerto.

Y yo una lágrima ardiente  
en mis pupilas contengo  
cual lava, donde el perfume  
de mis ilusiones quemo.

¡Qué triste es la flor que nace  
sola en medio del desierto!

¡Qué triste el alma que vive  
en soledad y en silencio!

¡Ay! ¿Fué verdad su cariño?  
¿Fué su amor puro y sincero,  
ó una emoción pasajera  
tan vana como el deseo?

¿No quedará allá en el fondo  
de su corazón un resto  
de la hoguera en cuya lumbre  
mis sentidos se encendieron?

En vano, en vano á las puertas  
de su corazón golpeo  
y por mis ojos asoman  
ráfagas de amor inmeuso.

En vano ardientes suspiros  
revelan mi sentimiento  
y en frases entrecortadas  
toda mi amargura muestro.

¡Oh! ¿Quién llama á su memoria  
invocando antiguos tiempos?  
¡Quién interroga á la tumba  
para sondar sus misterios!

## III

¡Marchó! Mis ojos la siguen,  
y tras de sus pasos lentos  
va mi espíritu anhelante  
de angustia y zozobra lleno.

Su belleza se engrandece  
cuanto la miro más lejos,  
como el sol que entre arreboles  
va al ocaso descendiendo.

Toda mi quietud se lleva:  
yo quedo en nieblas envuelto,  
y mi corazón herido  
destila mortal veneno.

Dirijo al cielo mi vista  
para aplacar mi tormento,  
y en vez de irisados tules  
lobreguez sólo contemplo.

Y el cielo, sordo á mis quejas,  
mudo á mis tristes lamentos,  
ni un rayo de luz envia  
que alumbre su manto denso.

¡Ay! ¿Tendrá fin mi amargura?  
¿Será mi dolor eterno,  
como el afán que me abrasa.  
mi razón enloqueciendo?

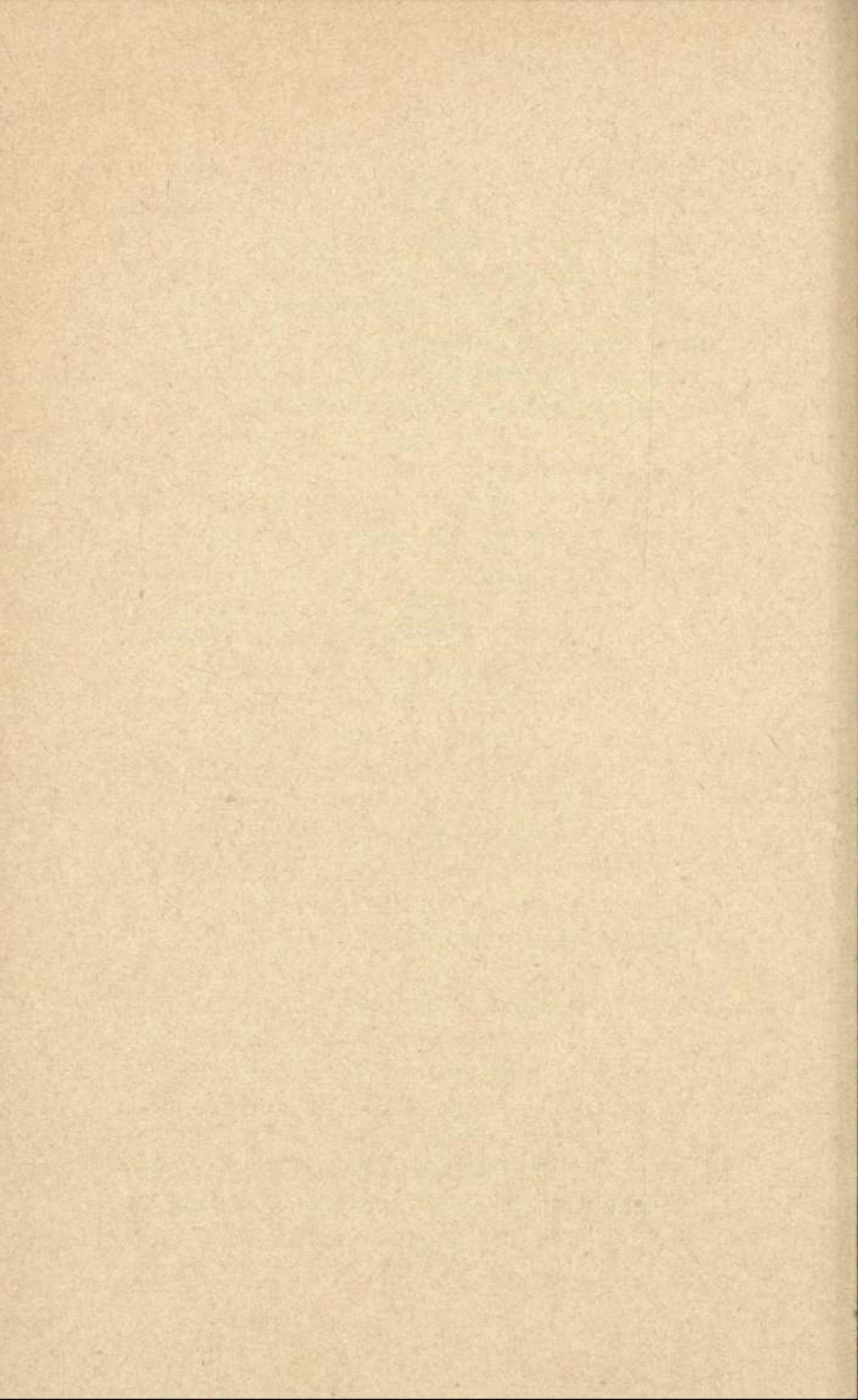
No lo sé: pero el agudo  
dardo que rasgó mi seno  
va su acero, lentamente,  
en mis entrañas hundiendo.

¡Oh! que vuelva, que la escuche.  
que aun mire sus ojos bellos,

aunque en su fulgor encienda  
este corazón deshecho.

Que, si como la esperanza,  
mis ilusiones huyeron,  
¡buscaré un resto de vida  
en mis pasados recuerdos!







## A UNA BOCA

---

¿Nó la visteis? Es fresca y süave  
cual rosa entreabierta  
que, al nacer la mañana, en su tallo  
lozana se eleva.  
Cuando exhala su aliento, derrama  
riquísima esencia  
que penetra en en el fondo del pecho  
y mil emociones  
remueve y despierta.

¿Nò la visteis? Amor en su centro  
esconde sus flechas  
y formó con tan bellos corales  
su hermosa diadema.  
Adornaron las gracias su trono  
con nítidas perlas,

y palpitan allí los suspiros  
 que trémulos vibran  
 y el alma enagenan.

Cuando ríe, y el áura en su vuelo  
 amante la besa,  
 de rumores y notas celestes  
 el áire se llena.  
 Dulce nido de eterna alegría,  
 de encantos es muestra,  
 y el placer allí tiene su asiento,  
 jamás los pesares,  
 jamás la tristeza.

Yo no sé lo que siento al mirarla  
 tan pura y tan bella,  
 que quisiera apurar delirante  
 su aroma y su néctar.  
 Fascinado con tanta hermosura  
 olvido mis penas,  
 que en tan rico tesoro, aun el alma  
 por siempre hallaría  
 la dicha que anhela.



## FIN DE SIGLO

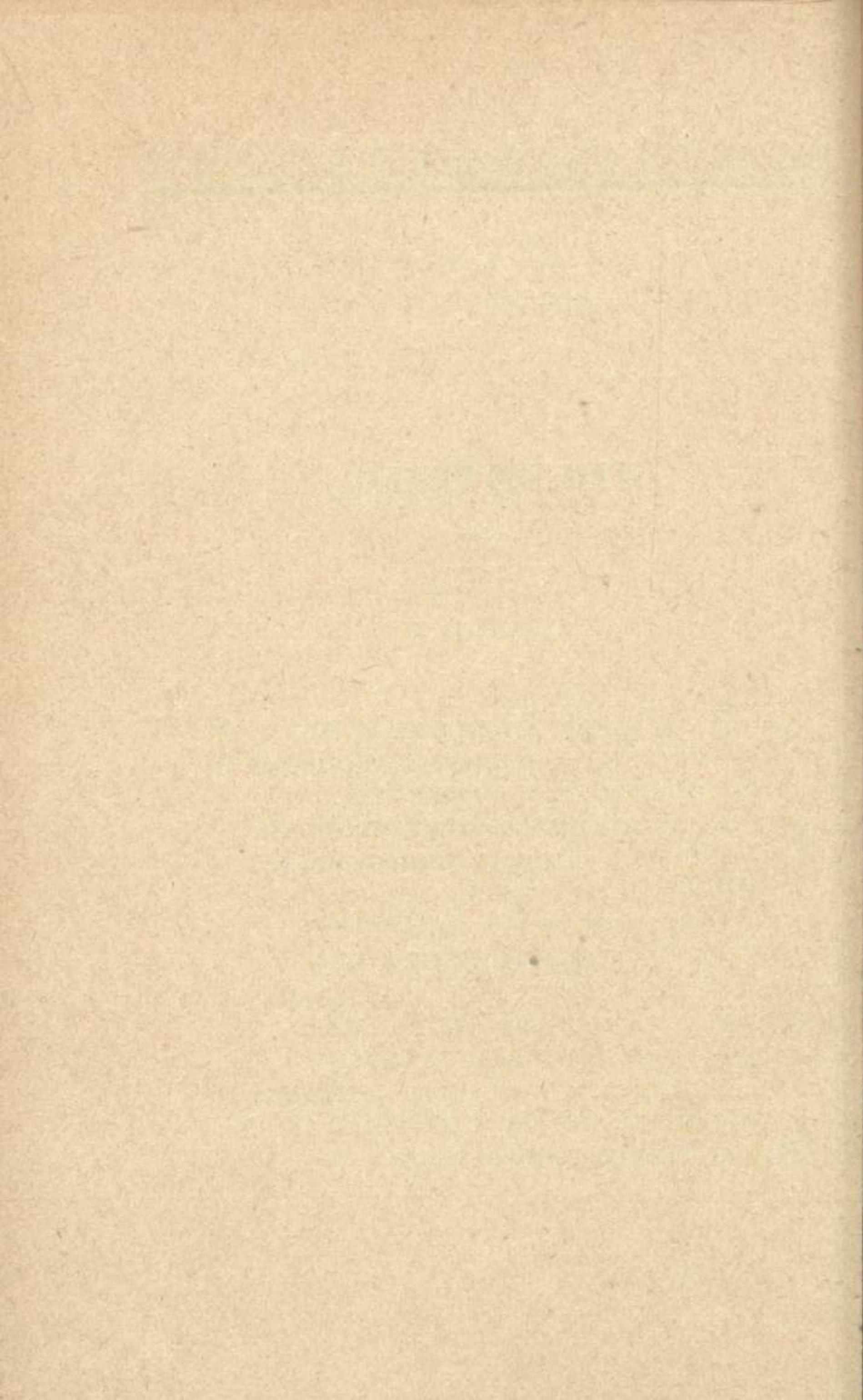
---

¡Alerta, sociedad! El mónstruo horrendo  
que engendraste en momentos de locura,  
hoy destruye tu paz y tu ventura,  
su garra vil en tu garganta hundiendo.

Te apartaste de Dios, y removiendo  
el lodazal de tu conciencia impura,  
no viste que, cercana tu amargura,  
brotaba de tus vicios al estruendo.

Conoces ya tu error; pero es en vano..  
impenitente, la impiedad te halaga  
y en todo buscas porvenir mundano,

Y aunque tus fibras el dolor deshaga,  
ni al mónstruo enfrenará tu débil mano,  
ni limpiarás tu cancerosa llaga!





## EN LA MUERTE DE SELGAS

---

En los áires suspendida  
y enlazada entre mil flores,  
hoy, rota y enmudecida,  
muéstrase el arpa querida  
del cantor de los amores.

Sonó como el ay ardiente  
de virgen enamorada,  
su voz le prestó la fuente  
y su murmullo doliente  
la tierna y verde enramada.

Su perfume y su hermosura  
le dió la rosa gentil,  
el céfiro su frescura,

y su encanto y galanura  
el alba pura de Abril.

A su celeste armonía,  
la mente soñaba inquieta  
nuevos mundos de alegría,  
y el alma su afecto unía  
con el alma del poeta.

¿Quién supo imitar su acento?  
¿Quién pudo copiar sus sonos?  
¿Quién con tan grato concento  
cantó el dulce sentimiento  
de misteriosas pasiones?

¿Quién hoy, huérfana al mirar  
la lira que ayer su canto  
hizo en el alma vibrar,  
no siente al punta brotar  
de su pecho amargo llanto?

¡Pobre vate!... Cual la aurora,  
breves momentos lució  
su magia fascinadora;  
pronto la Parca traidora  
su existencia arrebató.

Pronto, apagando el latido  
de su corazón ferviente,  
ávida de aquel gemido  
postrer que sonó en su oído,  
marchitó su augusta frente.

Y aquella sién, coronada  
 con áurea y noble diadema,  
 de albas flores esmaltada,  
 por los ángeles forjada,  
 de honor y de gloria emblema,

rodò hasta el sepulcro frío  
 al golpe de infáusta suerte,  
 como al abismo sombrío  
 hoja que secó el estío  
 convertida en polvo inerte.

Por eso el arte, su duelo  
 muestra llenó de amargura;  
 y entre funerario velo,  
 llorando elevan al cielo  
 las flores su aroma pura.

Y su pátria cariñosa  
 en cuyos ricos vergeles  
 templó la voz melodiosa,  
 le ofrece en su helada fosa  
 mirto, adelfas y laureles.

Expresión noble y sentida  
 de gloria, de amor y luto,  
 donde va el alma prendida  
 de un pueblo fiel que no olvida  
 rendir al gènio tributo.

Pues mientras guarde la historia,  
 para que su fama asombre,

una página á su gloria,  
Murcia honrará la memoria  
de quien la honró con su nombre.





## A UNA FLOR MARCHITA

---

¡Tú también! De mi anhelo fiel testigo,  
me recuerdas mi ayer, cuando lozana  
abriste tu corola una mañana  
y su mano en su pecho te prendió.  
Allí, luciendo tus colores puros,  
aumentabas su espléndida hermosura,  
y tu aroma, en torrentes de dulzura,  
nuestras almas unidas perfumó.

Hoy, despojo no más de lo que fuiste,  
no me muestras fragancia ni colores:  
el tiempo inexorable, en sus rigores  
destruyó tu belleza celestial,  
y ante mi vista que su imagen busca,  
como pálido espectro te presentas,  
mostrando entre tus hojas polvorientas

la huella de un pasado sin igual.

No tienes voz ¡pero me dices tanto!...  
 ¡Oh! si llorar pudieras, llorarías:  
 yo lamento fugaces alegrías  
 que ya pasaron para no volver.  
 Tú fuiste prenda de su amor mentido  
 cuando su acento con delirio ardiente  
 hizo brotar en mi encendida mente  
 un mundo inmenso de eternal placer.

Mas si tú, al fin materia, te deshaces  
 como niebla al vislumbre de la aurora,  
 el dolor que mi espíritu devora  
 clava en mi pecho su sangriento harpón,  
 y sigue y sigue lacerando el alma  
 y aumentando mi angústia y desconsuelo,  
 y ni un rayo de luz brilla en mi cielo  
 tan negro cual mi triste corazón.

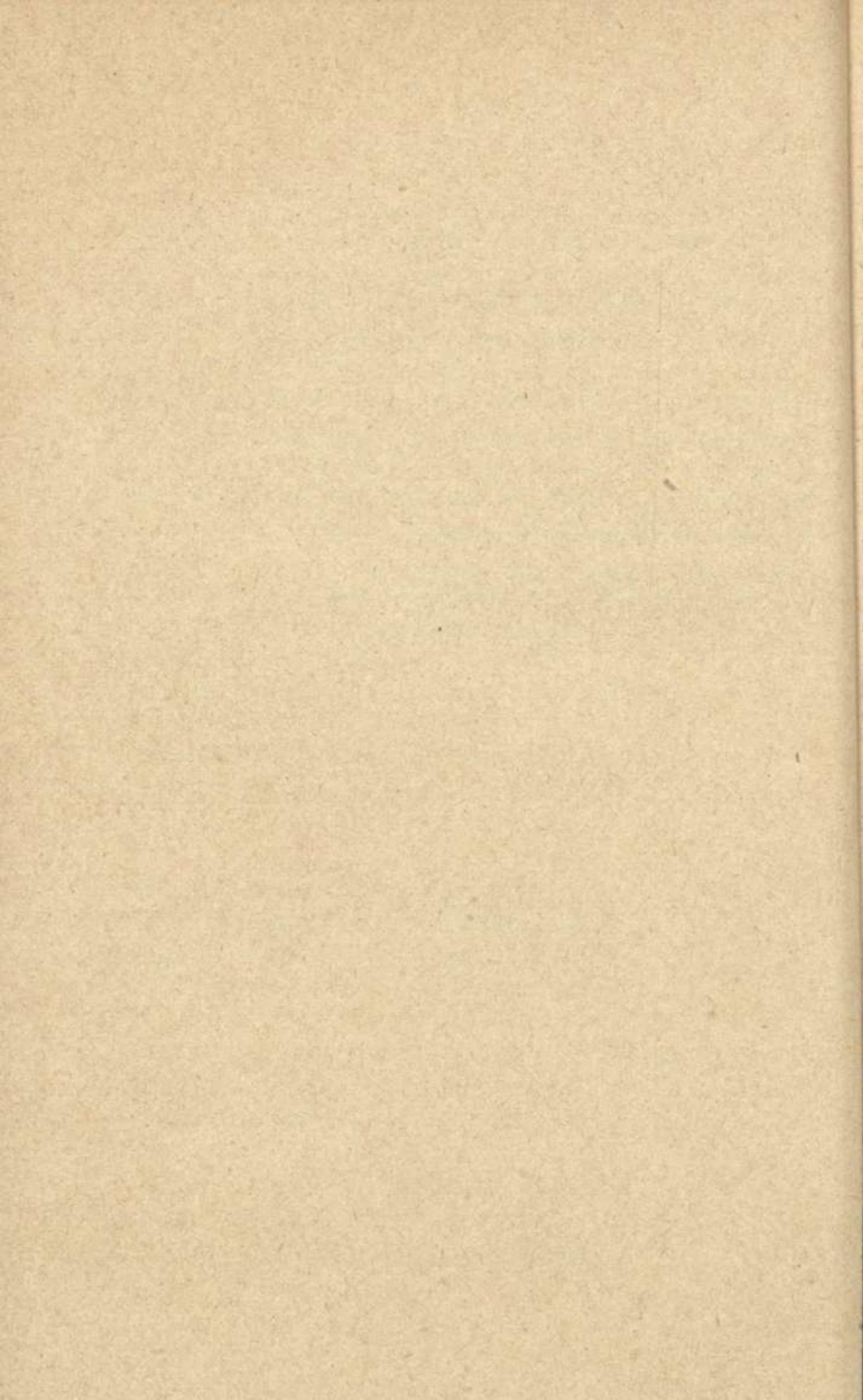
Recuerdos ¡ay! mi vida sólo tiene,  
 y en ellos una á una el alma deja  
 sus gratas ilusiones, cual la oveja  
 su vellón por las breñas al cruzar.  
 Que son bruma fugaz aquellas dichas  
 que un tiempo mi esperanza acrecentaron,  
 vibraciones perdidas que lanzaron  
 las cuerdas de la lira al resonar.

Roto el encanto que envolvió mi mente,  
 me adormiré al vaivén de mis pesares:  
 yo apagaré del arpa los cantares

que endulzaron un tiempo mi dolor,  
y apurando la copa de amargura  
que á mis lábios acerca adversa suerte,  
llevaré resignado hasta la muerte  
el ingrato recuerdo de su amor.

Vuelve, querida flor, vuelve á mi seno  
y hallarás á su sombra paz y abrigo:  
ya que tú fuiste de mi bien testigo,  
de mis penas también hoy lo serás.  
Ultimo resto de felices días,  
unido quedarás á mi memoria,  
y al recordar la dicha transitoria,  
otra vez mi ilusión renovarás.







## AL SIGLO XIX

---

Siglo, siglo inmortal, rey de la historia,  
heraldo del progreso. á cuyo nombre  
el corazón del hombre  
palpita lleno de esperanza y gloria,  
¿la luz de tu corona es por ventura  
faro esplendente que en enhiesta cumbre  
alienta al marinero en noche obscura,  
ó es el cárdeno lampo cuya lumbré  
engendra el rayo y la pupila ciega?  
Tu génio portentoso que despliega  
sus alas, remontando  
el vuelo á la región de lo infinito,  
¿lleva en su frente escrito  
signo de alta mision, ó traspasando  
de su destino el linde, se despeña  
en abismos sin fin, donde entre errores

flota rasgada su gigante enseña,  
manchados de su lienzo los colores?

En vano intenta la asombrada mente  
tal misterio sondar. Naciste lleno  
de esperanza y poder, y cual ardiente  
rayo de sol, que del inmundo cieno,  
con besos amorosos  
forma el vapor de la rosada nube  
que lentamente hasta los cielos sube,  
tus rayos luminosos,  
inundando á la noble inteligencia,  
ahuyentaron las sombras de un pasado  
sombrio, aterrador. Surgió la ciencia  
magnífica y sublime. Enagenado  
de gozo el anhelante pensamiento  
al latido violento  
del corazón, lanzóse á las regiones  
de otra potente é ignorada vida;  
brotaron á su aliento las pasiones,  
y el alma, enardecida  
con sus rápidos triunfos, nuevo brío  
cobraba sin cesar, cual si impulsara  
un vértigo su inmenso poderío  
y el mundo ante su plantas se humillara.

¡Oh! ¡Cuántas maravillas! ¡Qué riqueza  
de arte y ciencia á la vez! Los altos montes  
abaten ante el hombre su cabeza  
y se enlazan lejanos horizontes  
con férreos nervios que las razas funden.

Do los gritos despóticos sonaban  
 los cantos del trabajo se difunden;  
 los pueblos que lanzaban  
 gemidos de dolor, truecan su llanto,  
 de libertad al nombre sacrosanto,  
 en himnos gigantescos de alegría;  
 y al dogma puro del amor, la augusta  
 verdad con la razón, hermosa vía  
 abriéndose entre flores, la vetusta  
 sociedad con su voz rejuvenece,  
 cual el calor de dulce primavera  
 en el árbol que ostenta la pradera  
 las ramas antes místicas reverdece.

Ya el ojo telescópico, el abismo  
 insondable del èther palpa, y mide  
 los ígneos globos, y en su centro mismo  
 la ley de vida que eternal reside  
 sorprende. Ya la planta  
 del hijo del progreso firme huella  
 las africanas zonas, do levanta  
 la ignorancia su trono. Ya la bella  
 América á la Europa muestra abiertos  
 sus fraternales brazos. La Occeania  
 y el Asia en sus recónditos desiertos  
 reciben el calor del nuevo día;  
 y las aguas que un tiempo fueron tumba  
 de la soberbia egipcia, con sublime  
 voz que en los áires zumba,  
 cantan al génio que en su frente imprime  
 ósculos mil de paz, mientras surcando

el istmo roto las gallardas naves,  
responden con sus cánticos suaves  
á las bíblicas zonas saludando.

Y el seno turbulento de las olas,  
y el fondo del volcán, cuyas entrañas  
aprisionan graníticas montañas.  
y la luz que en brillantes aureolas  
se esparce por doquier, y el fértil grano  
que un mundo encierra en sí, todo rendido  
ante el altivo pensamiento humano,  
sus misterios descubre. Al fin vencido  
el negro fanatismo, hijo del miedo,  
al báratro su espectro precipita;  
con varonil denuedo  
del arte al fuego el corazón palpita;  
y la vibrante lira y los pinceles,  
rasgando al punto los azules velos,  
conquistan nuevas palmas y laureles  
al copiar la armonía de los cielos.

Mas ¡ay! siglo inmortal, si á tanto alcanza  
tu aliento de titán, en cambio ostentas  
apagada la luz de la esperanza;  
y al par que altivo tus victorias cuentas,  
en tus entrañas ruge  
de la pasión el irritado fuego  
que amaga al mundo con violento empuje.  
Con tu soberbia, ciego  
el hombre un nuevo Dios crea, y se olvida  
del verdadero Sér, rindiendo culto  
á la materia vil donde no anida

el bien supremo. Tu tremendo insulto  
 engendra vicios: truecas los destinos  
 de los tronos y arrasas los altares  
 cual sumergen las olas de los mares  
 las naves entre inmensos torbellinos.  
 Parece, en fin, que el mundo desquiciado  
 de los hombros de Atlante se desprende,  
 ó que el hombre, á su fuerza abandonado,  
 nuevo Luzbel desde la luz descende.

¡Horrible confusión! ¿Será que lleva  
 de la impiedad el germen el progreso  
 cual de vaíor en prueba,  
 ó es que agobiada por su propio peso  
 tu gloria ¡oh siglo! hácia el abismo avanza?

Ese fulgor que brilla en lontananza  
 formando nubes de zafir y oro  
 ¿es aurora ó principio del ocaso?  
 Ese rumor confuso, cuyo paso  
 semeja de plegarias triste coro  
 ó de brutales carcajadas eco,  
 ¿es acaso las notas de la orgía  
 con que embriagas tu pecho mústio y seco  
 fingiendo en vano estéril alegría,  
 ó es del dolor el postrimer gemido,  
 y ya presentes tu salud cercana,  
 cual presente el albor de la mañana  
 el jilguero en las selvas escondido?

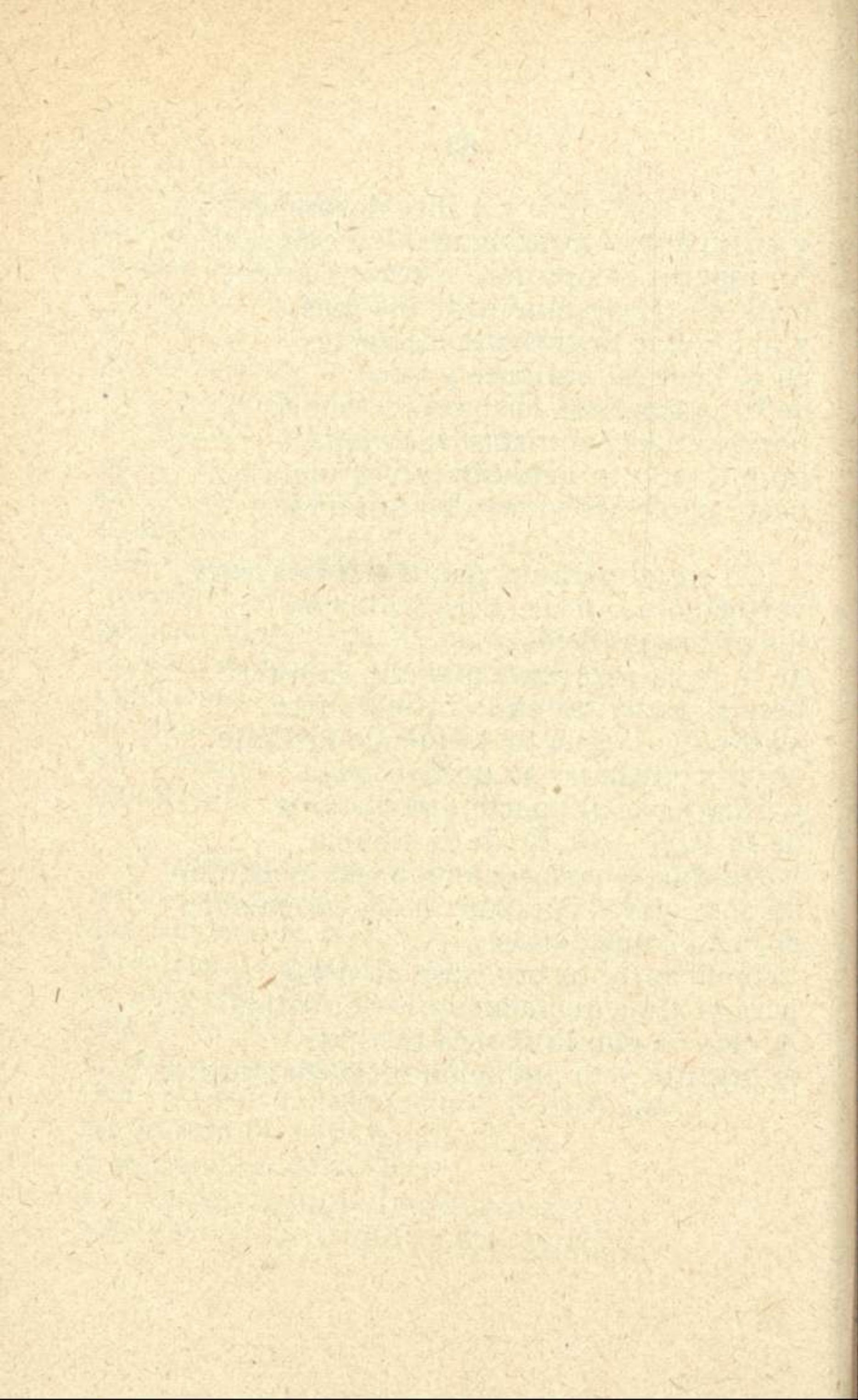
Todo es enigma en tí. Perlas y cieno  
 como el fondo del mar, también encierra  
 en revueltos montones tu hondo seno.

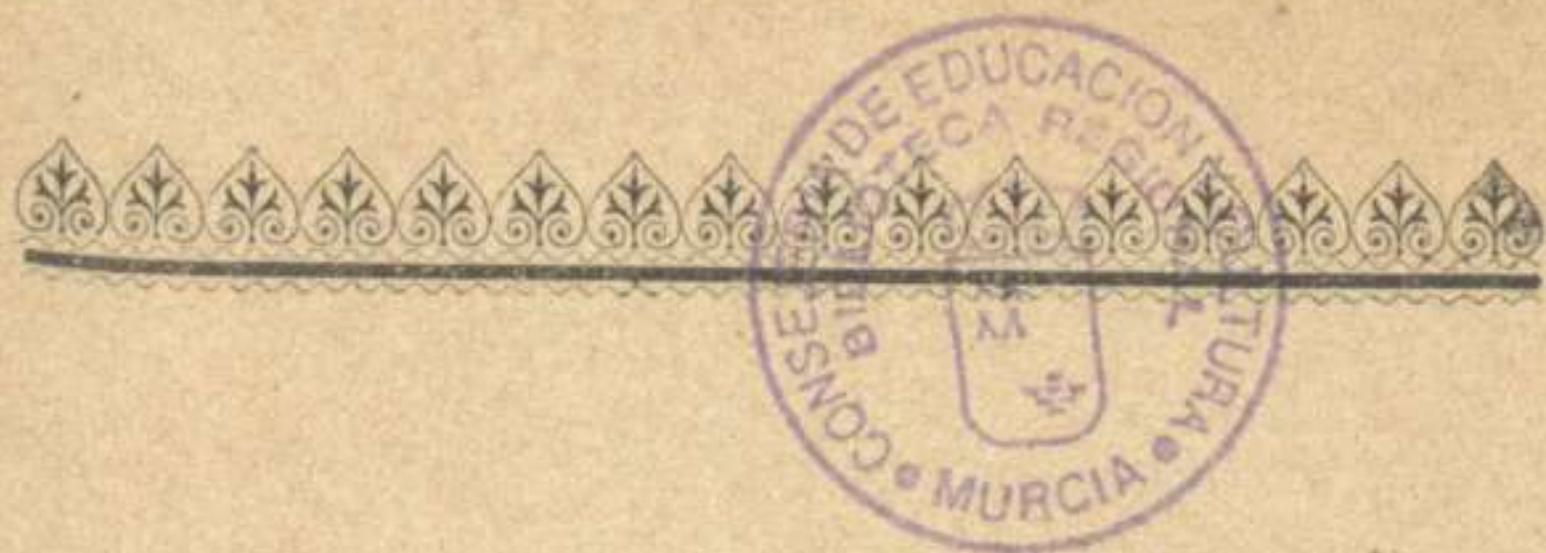
Tu indiferencia a terra  
 al corazón que sueña su ventura  
 más allá del sepulcro, y afanosa  
 en vano templar quiere su amargura  
 el alma en tu saber. Si poderosa  
 tu mano supo descorrer el velo  
 que la ciencia envolvía, y de la mente  
 excitar la ambición, es impotente  
 para calmar el infinito anhelo  
 de la infeliz humanidad, y espanta  
 la llaga cáncerosa de tus vicios.  
 Do el hombre fija su insegura planta,  
 horribles precipicios  
 su paso encuentra: balbuciente ruego  
 mueve sus labios, y el ardiente fuego  
 que de sus ojos á raudales brota  
 en llanto amargo, estéril, infecundo,  
 va cayendo en su pecho gota á gota,  
 mostrando envuelto en lóbreguez el mundo.

¿Y habrás de continuar ciego, impasible,  
 ante el monstruo feroz, cuya cuchilla,  
 ensangrentada aún, alza insensible,  
 mientras horrenda brilla  
 en su pupila del furor la llama?  
 ¿No lo ves á tus obras acercarse  
 cauteloso y audaz y recrearse  
 con tu futura destrucción? No inflama  
 un átomo de fé tu helada fibra,  
 ò es que tan solo vibra  
 con tus goces impuros ò la necia  
 vanidad de tus triunfos, que derroca

del altar la virtud, y á Dios desprecia  
 y en su áureo trono la maldad coloca?  
 No esperes compasión. Nuevo Alarico,  
 nació de tí para amargar tus días,  
 y al ahogar tus infáustas alegrías  
 en el licor estimulante y rico  
 de tu placer, con bárbara jactancia  
 borrará tus conquistas iracundo,  
 humillando tu indómita arrogancia  
 hasta que beses su escabel inmundo.

¡Oh siglo! pára un punto en tu carrera  
 vertiginosa, audaz. Mira á lo lejos  
 los últimos reflejos  
 de la fè ya expirante que aun la esfera  
 besa al hundirse en la tiniebla fría.  
 Antes que llegue tu tremendo instante,  
 esa luz puede ser tu norte y guía  
 para arribar al puerto que distante  
 de tu bajel está. No de la ciencia  
 basta sólo el poder, cuando está henchido  
 de angústia el corazón. De la conciencia  
 el grito comprimido  
 lo ineficaz de tu progreso advierte  
 para el alma que encuéntrase abatida:  
 la ciencia con la fé será tu vida;  
 tu orgullo y tu ambición serán tu muerte.





**A LA NOCHE DEL 14 DE OCTUBRE  
DE 1879.**

---

¡Tremenda noche! Tu imagen  
impresa quedò en el alma,  
y á su recuerdo espantoso  
el corazón se desgarrá.

¡Tremenda noche! No vuelvas,  
mira esas profundas charcas  
cuyos senos son las fosas  
de víctimas desdichadas.

¿Quién te trajo? ¿Qué te hicieron  
estas floridas comarcas,  
para que sin freno alguno  
tu furia en ellas cebaras?

¿Fué maldición de los cielos?  
¿Fué la destructora rábia  
de los profundos abismos  
sobre el mortal desatada?

A un impulso misterioso,  
 moles de rugientes aguas  
 en rápidos remolinos  
 doquier se precipitaran,  
 y arrebatando á la vida  
 seres sin cuento, arrasaban  
 con su gigantesco empuje  
 chozas, árboles y plantas.

¡Oh, qué momentos de angustia!  
 ¿Quién ¡oh noche! con palabras  
 pintar puede tus horrores,  
 si al pecho el aliento falta?

¡Cuánta confusión y espanto!  
 No hay dique, freno ni valla  
 que el ansia voraz contenga  
 del elemento que brama.

Ya la nube ennegrecida  
 al par del turbión avanza  
 y entre espeso mar de lluvia  
 pavoroso el trueno estalla.

Ya vibra con voz doliente  
 la salvadora campana  
 cuyo funeral gemido  
 rápido aviso propaga.

Ya vienen hinchadas olas  
 sobre otras olas que pasan,  
 y mil ayes, mil lamentos  
 cruzan del viento en las alas.

Ya, en fin, la muerte se agita  
 con su inflexible guadaña  
 bebiendo con gozo el llanto  
 que el corazón triste exhala.

Hoy, al mirar la ancha vega  
 en súcio fangal trocada,  
 honda pena al almá aflije  
 y brota candente lágrima.

¿Qué se hicieron los vergeles  
 del Abril orgullo y gala?

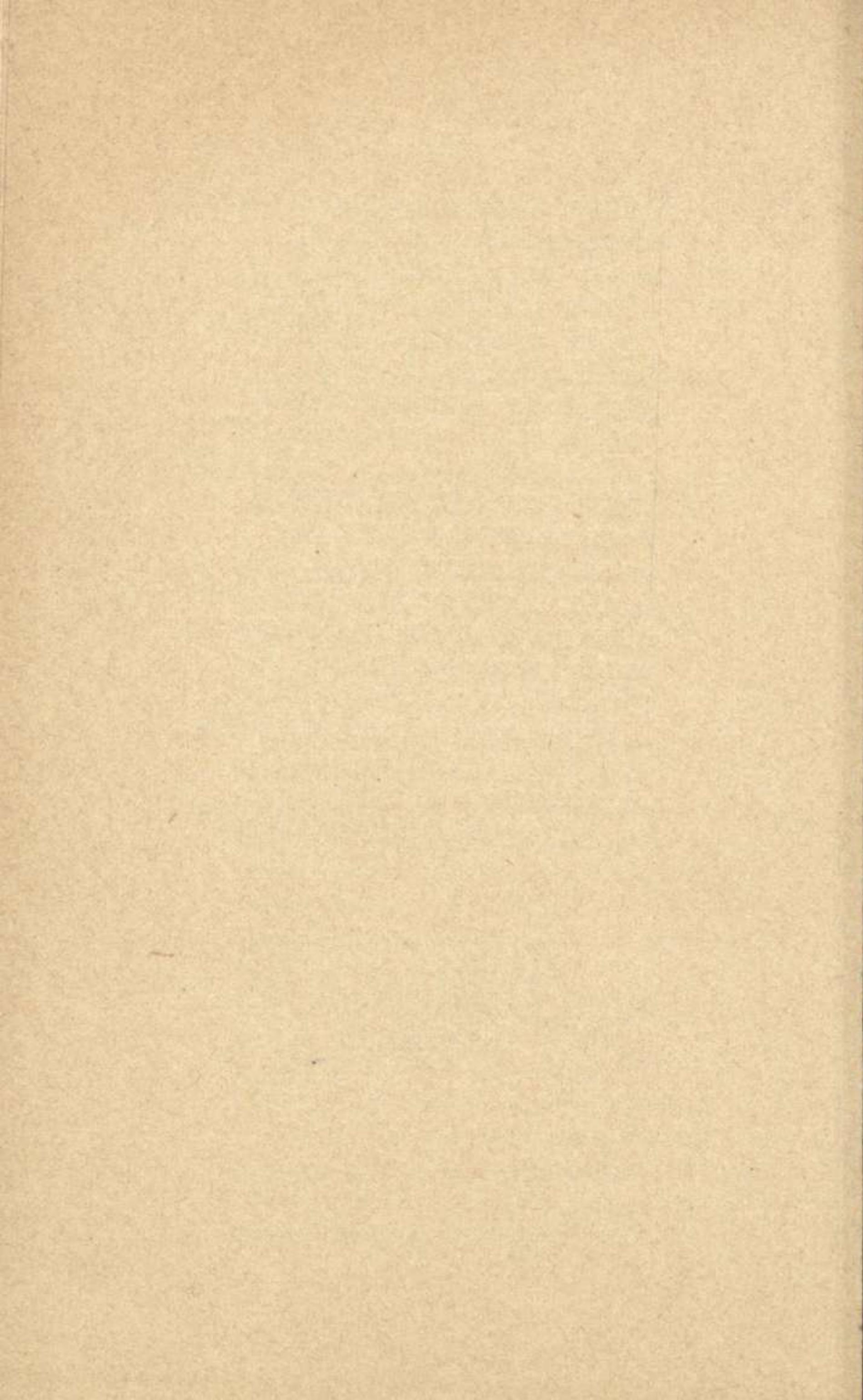
¿Qué de la inmensa riqueza  
 que Murcia alegre ostentaba?

Fuè polvo que el viento agita,  
 arista que el fuego traga  
 y apenas quedan vestigios  
 de su grandeza pasada.

¡Oh, noche artera y sombría!  
 húye por siempre, y si basta  
 tanto horror para saciarte,  
 tórna al Averno asombrada.

Húye, que el amargo llanto  
 hoy las m<sup>o</sup>gillas escalda  
 de los que un tiempo felices  
 su dicha y su amor cantaban.







## Á GUZMÁN EL BUENO

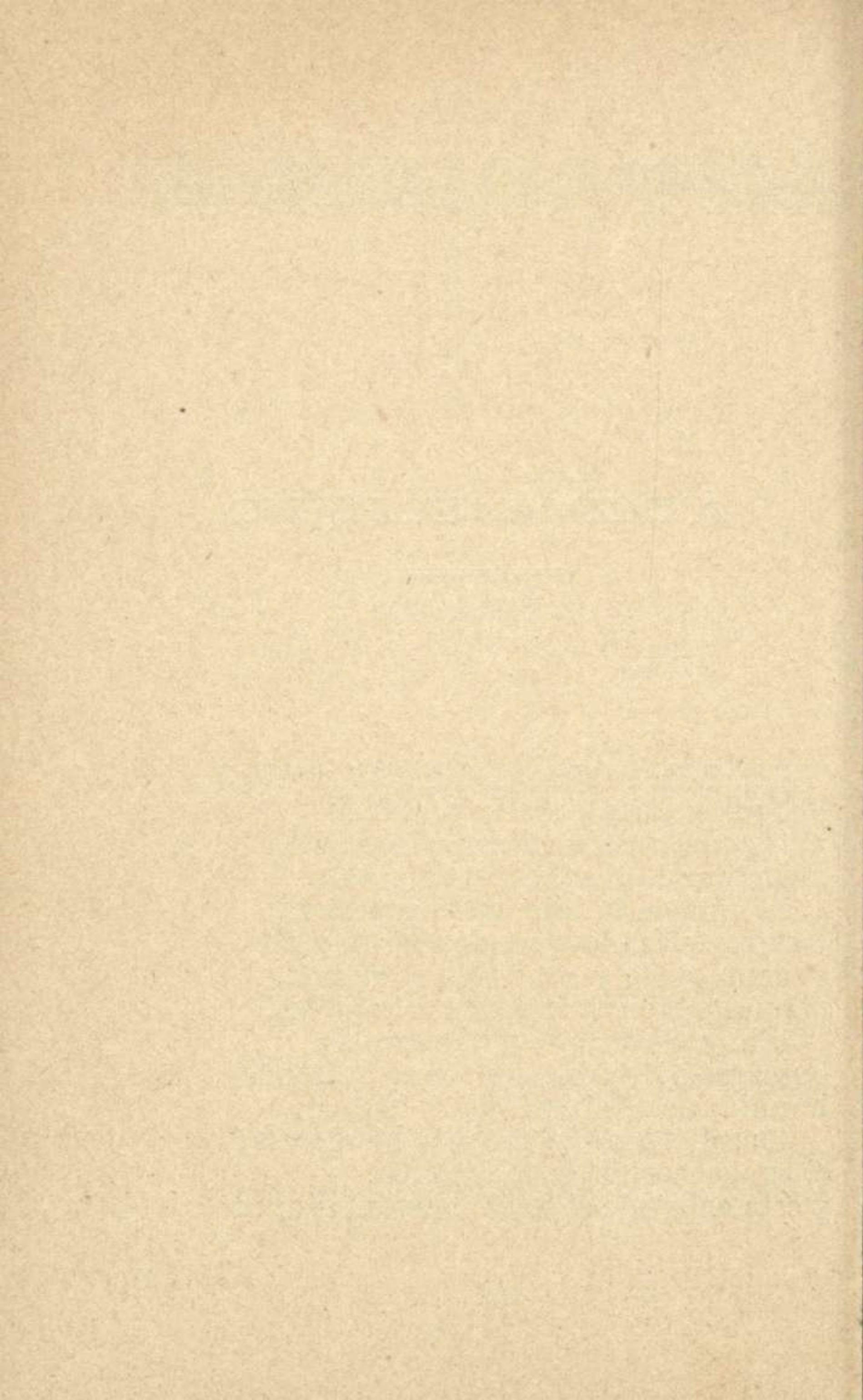
---

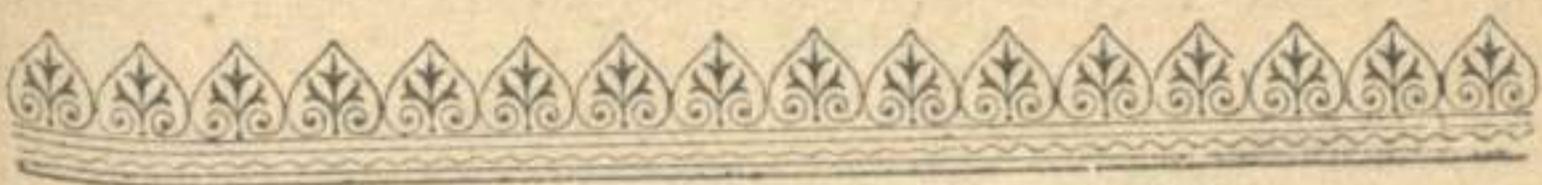
Henchida el alma de inmortal nobleza,  
ahogar supiste tu dolor profundo  
antes que ver al sarraceno inmundo  
mancillar de tus timbres la pureza.

La vida de tu hijo, en tu grandeza,  
diste, mostrando ejemplo sin segundo,  
y, conmovido y admirado el mundo,  
palmas y láuros consagrò á tu alteza.

Si hoy, animando tu ceniza fría,  
buscaras pátrio honor, vieras á España  
hundida en el abismo de su historia.

¡Sucedió la ambición á la hidalguía,  
el egoismo vil todo lo empaña,  
y está enlutado el sol de nuestra gloria!





## TUS OJOS

---

Si los ojos azules son tñ del cielo  
cuando el alba en oriente su luz difunde,  
los negros en sus tintas copian el velo  
de la noche que al mundo pasma y confunde:  
en abismos de sombras gira mi anhelo,  
lo infinito mil ansias al pecho infunde,  
y yo en el manto  
inmenso de la noche,  
buseo el encanto.

Cuando brilla del día la antorcha pura,  
la vista limitada se empequeñece;  
tan solo cuando reina la noche obscura,  
el límite marcado desaparece;  
brota entonces doquiera rica hermosura,  
viste el orbe sus galas, y resplandece

mostrando al hombre,  
de Dios en las estrellas  
grabado el nombre.

¿Nó son negros tus ojos, como ese abismo  
donde se oculta y vive tanta riqueza,  
donde su trono inmenso puso Dios mismo,  
donde mana la fuente de la belleza?  
¿Nó encieran tus pupilas ese idealismo  
que exalta nuestra mente con su grandeza,  
y en tus miradas  
refulgen de cien soles  
las llamaradas?

¿Oh, sí! que de tus ojos al centelleo  
parece que lo ignoto rompe su arcano,  
y entonces en su fondo la gloria veo  
y tocarla pretende mi torpe mano:  
de misterios augustos las cifras leo  
á la luz que derramas en lo lejano,  
mientras tus huellas  
dejan en sus crespones  
surcos de estrellas.

Cuando del alma tuya, grande, infinita,  
se desprenden vibrando los resplandores,  
el amor que atesora bulle y palpita  
á través de sus rayos abrasadores:  
de la pasión el fuego tu pecho agita  
cual viento que estremece ramas y flores,  
y hay en tu acento  
las más ardientes notas

del sentimiento.

Y ante el brillo caeleste que te circunda  
 como nimbo en la hoguera de un sol nacido,  
 un placer inefable mi sér inunda  
 y conmueve mis fibras hondo latido:  
 surge en el alma entonces ánsia profunda,  
 mi corazón estalla de amor henchido,  
 y así, de hinojos  
 caigo à tus piés, bebiendo  
 luz de tus ojos.

¡Ay! si la dicha siempre beber pudiera  
 en esa hermosa fuente de luz divina,  
 mi vida, mi esperanza, mi fé te diera,  
 abrasado en el fuego que me ilumina:  
 mi existencia á tu lado rápida fuera  
 como en brazos de un sueño que nos fascina,  
 sueño bendito  
 que arrullaran las arpas  
 de lo infinito.

Yo adoro lo sublime, lo que la mente  
 de su delirio en alas finjir no sabe,  
 lo que nos da un reflejo del Sér potente  
 cuya esencia en los muudos apenas cabe.  
 Yo adoro de tus ojos la llama ardiente,  
 muestra de quien del orbe tiene la clave,  
 imagen santa  
 de la belleza augusta  
 que el cielo canta.

La noche de tus ojos es mi alegría,  
y cuando tiende el manto que me enagena,  
brota para mi alma la luz de un día  
que rasga los crespones de mi honda pena:  
yo busco en tí lo eterno de la armonía,  
el amor que el sagrario del pecho llena,  
mi sol, mi gloria  
y el láuro inmarcesible  
de la victoria.





## EN LA MUERTE DE ZORRILLA

---

Envuelto en el pabellón  
que la pátria simboliza,  
hoy encierra su ceniza  
el obscuro panteón.  
Del sol de gloria un girón  
la tumba marmórea baña;  
velo funeral empaña  
lo que en vida fuè un portento,  
y rueda un triste lamento  
por los àmbitos de España.

Aquél génio sin segundo  
cuya ardiente fantasía  
al presente trajo un día  
todo el pasado de un mundo:  
aquel talento fecundo

que dió al arte inmenso encanto,  
por siempre apagó su canto  
al trocarse en vana escoria,  
y hasta el numen de la historia  
vierte raudales de llanto.

Cual la flor de la pradera  
que da fragancia ambiente,  
el aroma de su mente  
se difundió por doquiera.  
Una eterna primavera  
su espíritu recreaba,  
y cuando dulce vibraba  
en su mano el arpa de oro,  
era su voz almo coro  
que de los cielos bajaba.

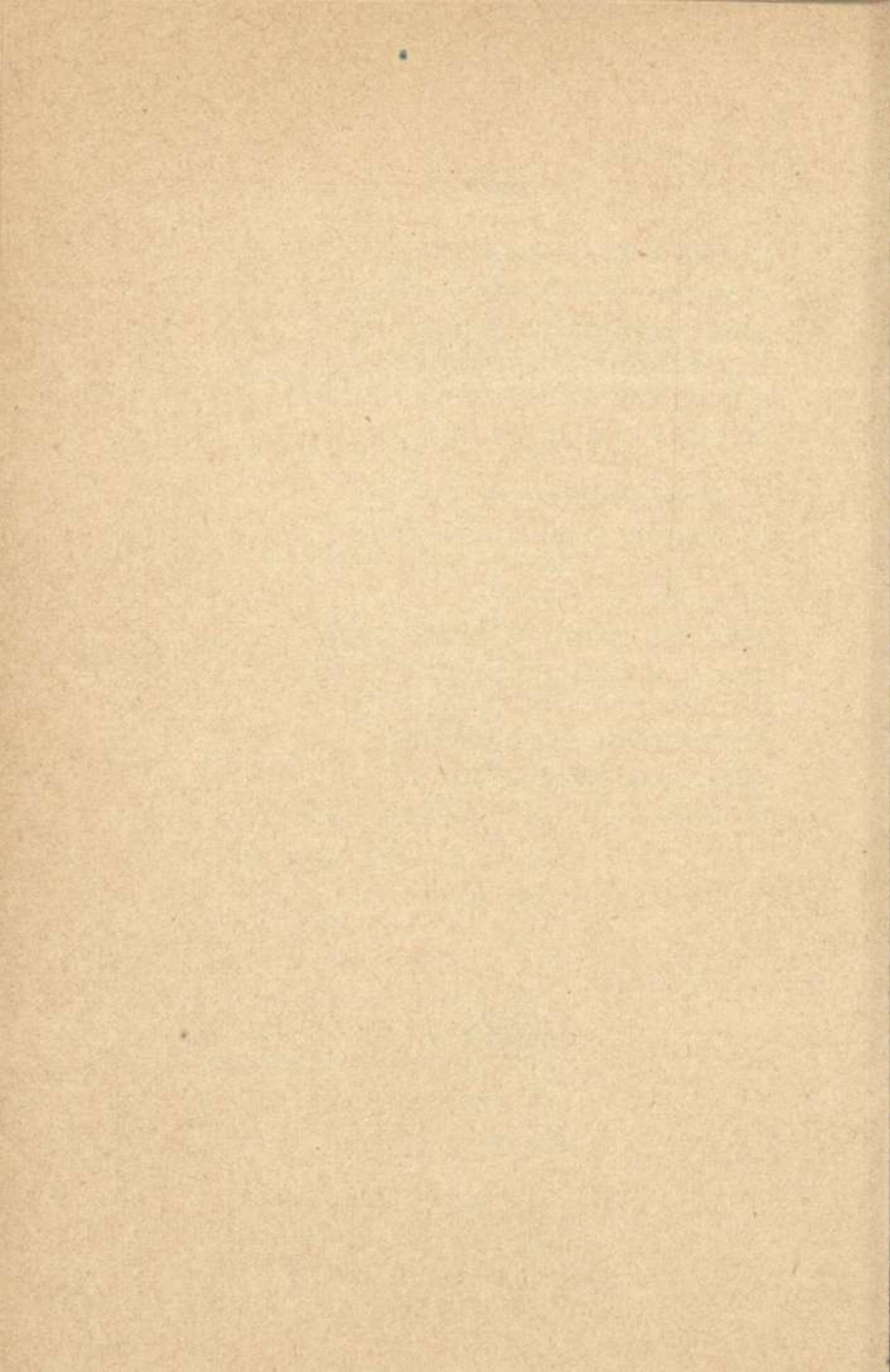
Y á sus gigantes alientos  
iban resurgiendo anales  
con sus bellas catedrales  
y sus vastos monumentos:  
de entre escombros polvorientos  
brotaban calor y vida:  
la Cruz santa, enaltecida  
mostraba sus resplandores,  
y sus brazos redentores  
eran de España la egida.

Hoy que la duda insensata  
el campo del arte inunda;  
hoy que la piedad inmunda  
por la patria se dilata;

hoy que procaz se desata  
el error, y á Dios se atreve,  
triste el alma se conmueve  
llorando al vate galano  
que ensalzó el blasón cristiano  
en el siglo diez y nueve.

¡Murió el artista! De luto  
la nación viste angustiada  
y junto à la helada fosa  
deposita su tributo.  
Más del génio el noble fruto  
con nuestras grandezas brilla,  
y mientras dure en Castilla  
el timbre de sus blasones,  
vivirá en los corazones  
el nombre del gran Zorrilla.







iii **DIOS!!!**

---

¿Quién rige de los séres el destino?  
¿Hay principio y hay fin, ó es todo eterno  
cuanto el sentido ó la razón alcanza?  
La materia que en átomos deshecha  
cambia de forma y de lugar y gira  
del orbe en el inmenso dinamismo,  
¿tiene conciencia de su sér ó acata  
el duro freno que la ley impone  
á su inmutable propiedad? ¿La vida  
es resultado de la fuerza, ó nace  
á impulsos de un aliento soberano  
preexistente y sin fin? ¿Cuál es la cáusa  
que llena el universo con su esencia  
y despiega entre bellos esplendores  
riquezas mí! que el ánimo confuuden?  
¿Qué es la razon? ¿Quién forma el pensamiento?

¿De dónde brota la potente idea  
 que inmateral por los espacios cruza  
 y aspira sin cesar á lo infinito?  
 ¿Qué existe allá tras el obscuro velo  
 que oculta el porvenir á nuestra vista?  
 ¿Es la existencia cual la flor que un punto  
 luce sus galas, y marchita y triste,  
 del huracán ante el violento empuje,  
 dobla su cáliz y su tallo troncha?

¡Ah! ¡La ciencia del hombre nada sabe!  
 Locura o ceguedad: todo limita  
 el campo donde irradia sus fulgores  
 la luz de la razón. Problemas sólo  
 que amontona la duda cuando niega  
 la causa primordial de cuanto existe.  
 El orden que preside en los espacios  
 y desata torrentes de armonía  
 sobre los mundos que gigante estela  
 trazan con áureo resplandor; la sábia  
 ley que envolviendo al céfiro bullente  
 y al inflamado cráter, séres forma,  
 y da á la luz su vibración y ruge  
 en la sonante voz del ronco trueno,  
 origen tiene, cuya causa vive  
 y allá en la eternidad alza su trono.  
 ¿Quién es? pregunta la ansiedad humana:  
 ¿es la materia misma que fermenta,  
 rica, espléndida siempre, y vida y muerte  
 exhala de su seno fecundante  
 en infinito círculo girando,  
 ò es Dios á quien jamás nuestros sentidos

tocan ó ven, cuando la mente ansiosa,  
 pretendiendo romper la niebla obscura  
 que nuestro sér rodea, lanza el vuelo  
 al abismo insondable de lo ignoto  
 cuya inmensa grandeza abrumba y pasma  
 al espíritu audaz? De la conciencia  
 el grito respondiendo, al punto surge  
 cual misteriosa voz que los latidos  
 del inflamado corazón agita.  
 ¡O la materia ó Dios! Sólo una causa,  
 sólo un principio mueve el universo.  
 ¡O la materia ó Dios! Ambos no pueden  
 eternos ser. ¡La eternidad es una!

¡La materia! Blasfemia que soberbio  
 el hombre audaz en su delirio arroja;  
 fuego voraz que en el cerebro quema  
 la aspiración á lo inmortal, y mata  
 del corazón el sentimiento. ¿Cuándo  
 lo compuesto jamás formó el origen  
 de cuanto existe en la creación? ¿De dónde  
 el espíritu surge, que extendiendo  
 sus invisibles alas por la esfera,  
 domina los espacios y á la cumbre  
 de la región inmaterial asciende?  
 ¿Cómo se inclina la materia misma  
 á las fuerzas y ley que la sujetan,  
 y, á la razón universal cediendo,  
 á su destino incomprendible marcha?  
 Si ella es la causa; si lo eterno absorbe  
 en su propia substancia! ¿quién limita  
 los sentidos humanos que se mueven  
 en círculo premioso y que no alcanzan

un punto más allá, cual si una mano omnipotente, superior, tendiera sobre lo material densos crespones?

¡Oh! La materia disputar no puede su imperio á Dios. El Sér cuya corona tejen los soles, que en diamante y oro su nombre esculpen en la azul esfera, es razón, es espíritu, es substancia, incorpórea, infinita, y cuyo aliento, al átomo y al mundo dando vida, rige la eternidad. Por El sus pompas naturaleza toda muestra ufana, sus galas ricas la floresta luce, el ave lanza su armonioso trino, y con inmenso, atronador murmullo el mar revuelve su profundo seno. La nube que en relámpagos fulgura y en benéfica lluvia se deshace de Dios pronuncia el venerando nombre. El misterioso germen que en el grano la vida de otro sér avaro encierra; la gigantesca máquina del orbe, maravillosa, incomprensible, todo lo grande y lo pequeño, cuanto existe en el campo insondable de los mundos, de su poder la excelsitud pregonan.

¿Y quién comprende á Dios? ¿Quién su grandeza jamás medir podrá, si impenetrable su esencia es siempre á la razón humana, y el pensamiento limitado y débil no puede contener lo que es inmenso?

Si el alma, un punto, analizar pudiera  
 lo incomprensible y superior, Dios sombra  
 fuera entonces no más, delirio acaso  
 de soñadora mente, que agitada  
 por febril ansiedad, forja en su seno  
 fantástica visión. Sólo se siente  
 la magestad de Dios en la sagrada  
 mansión de la conciencia, do postrado  
 el espíritu humilde, cual la esfera  
 ante el ardiente sol que la fecunda,  
 su mano adora y su poder bendice.  
 Allí la inteligencia sólo tiene  
 para ensalzarle voz. Allí la nada  
 de nuestro propio sér ve alzarse un mundo  
 maravilloso, deslumbrante, inmenso,  
 donde flota el aliento sobrehumano  
 de un poder eternal, á cuya fuerza  
 la exuberante vida se desborda  
 poblando espacios mil. Allí la llama  
 del amor, inflamando nuestro pecho,  
 rasgar permite la tiniebla obscura  
 que al pensamiento envuelve, y á los rayos  
 de tan hermosa luz que el horizonte  
 ilumina y ensancha, nuestra mente  
 ráuda vuela, buscando en lo infinito  
 la dicha perdurable que ambiciona.

¡Existe Dios! de gloria revestido,  
 vive en la eternidad. Nada se oculta  
 á su ciencia infinita que pénétra  
 en el fondo insondable de las cosas  
 y les dá vida y sér. El es el faro

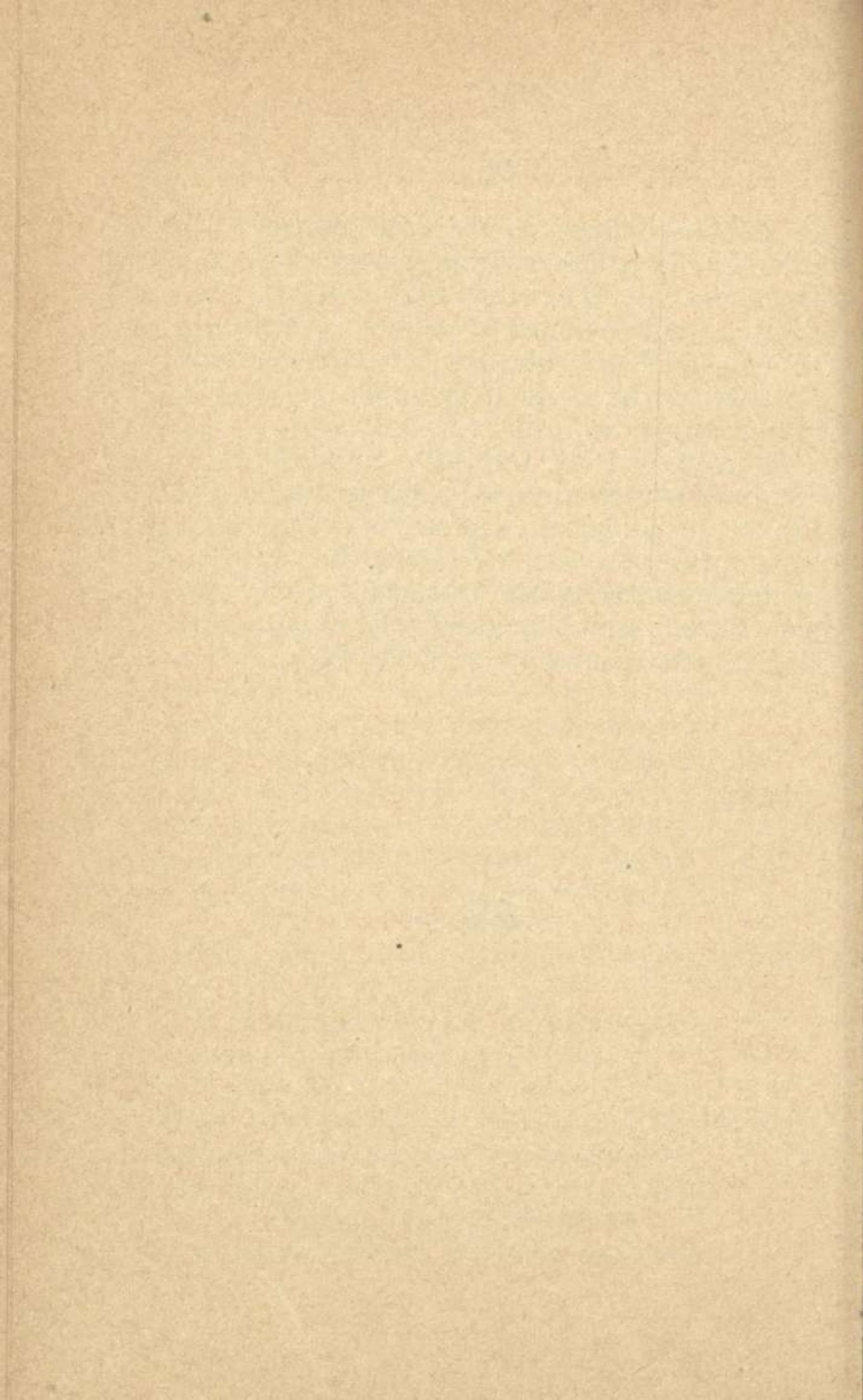
de la Verdad que ardiente busca el alma,  
 fuente del Bien y sol de la Belleza  
 que el fatigado corazón ansía  
 y que nunca, á través de las edades,  
 en la materia halló. Goces supremos  
 que presiente el espíritu en la lucha  
 fiera y tenaz con la ignorancia misma  
 que, fundando su imperio en las pasiones,  
 aun produce catástrofes sin cuento.  
 Del tiempo en la vorágine se agolpan  
 los siglos tras los siglos, y al impulso  
 de tan noble ambición, siempre camina  
 la humanidad que funde en la esperanza  
 sus dudas, sus creencias, sus temores.  
 ¿No es el alma inmortal? Si la materia  
 cambia en la forma pero siempre vive,  
 ¿puede morir quien nuestro pecho anima  
 y que es más grande aún? ¿Es el sepulcro  
 sólo una tumba, ó el principio cierto  
 de otra vida sin fin, donde los goces  
 de inefable dulzura nunca acaban?

¡Dios! ¡siempre Dios! Hermosa luz que alumbrar  
 á la razón en el informe caos  
 de la duda que halaga, y luego arroja  
 al corazón desesperado y triste  
 en tenebroso abismo de dolores.

¡Dios! ¡siempre Dios! Principio y fin de todo,  
 manantial de consuelo inagotable  
 grandera sin igual que apenas puede  
 de las divinas arpas al concento  
 el arcángel cantar. Misterio augusto /

que allá, bajo dosel de ardientes soles,  
velado queda por su misma gloria,  
ante la cual son polvo las miriadas  
de áureas estrellas que el espacio surcan.  
¡Oh! confundido el hombre, al punto incline  
su altiva frente: de la fè la llama  
arda en su pecho, que la fé tan solo  
puede mirar á Dios: publique el lábio  
alabanzas sin fin que en la armonía  
gigante de los mundos se entrelacen  
como notas de amor, y con acento  
que del fondo del alma brote ardiente,  
grandiosos himnos hasta el cielo suban  
bendiciendo su mano omnipotente.







## Á LA ALHAMBRA

---

Salve, sultana querida,  
emblema de excelsa gloria,  
blasón eterno en la historia  
de grandeza y de valor:  
déja que cante tu nombre  
al son de mi ronca lira,  
mientras mi pecho suspira  
arrobado con tu amor.

Aun del alma que te adora  
eres orgullo y anhelo;  
tu dosel lo forma el cielo,  
tu pedestal un vergel,  
y las áuras que te besan  
al gemir entre las flores,  
son mensajeras de amores

que te ofrece un pueblo fiel.

El sol que brilla en oriente  
te bendice en tu fortuna;  
baña la plácida luna  
tus primores con su luz;  
Darro y Genil te acompañan,  
galanes de tu belleza,  
pregonando tu nobleza  
por todo el suelo andaluz.

Y tus bosques de esmeralda  
do anidan aves canoras,  
y tus fuentes bullidoras  
que brotan en profusión,  
de tus gracias los hechizos  
muestran á la fantasía  
y estremecen de alegría  
las fibras del corazón.

En tí busca el arte galas  
y galas al arte ofreces;  
tú à cien reyes engrandeces  
con tu lustre sin igual,  
y el vate que en tu recinto  
va á cantar tu galanura,  
halla, al mirar tu hermosura,  
la inspiración inmortal.

Tal vez en tí mora el génio  
de Alhamar el venturoso  
y te anima el misterioso

aliento de eterna huri:  
 tal vez en tus camarines  
 que el pasado resucitan,  
 celestes hadas habitan  
 que velan sólo por tí.

Si al ver rota tu diadema  
 el árabe llanto vierte;  
 si al ver trocada tu suerte  
 gime el fiero musulmán,  
 alza tu cerviz altiva,  
 que España entera te canta,  
 y en su pecho te levanta  
 un trono con noble afán.

No ya la guzla sonora  
 vibra al pié de tus castillos  
 ni de tus bravos caudillos  
 se oye el guerrero clamor;  
 pero en cambio suena el arpa  
 por tus mágicos jardines,  
 y á tus fieros paladines  
 sustituye el trovador.

Que el ángel de paz te envía  
 su sonrisa de bonanza,  
 cual aurora de esperanza  
 que hace en tu frente lucir.  
 Por eso no puede el labio  
 callar tu glorioso nombre,  
 á cuyo recuerdo el hombre  
 siente el corazón latir.

Oh, Alhambra, la flor bendita,  
la perla de tu Granada,  
la joya màs codiciada  
que jamás el mundo vió:  
¡salve! del viento en las ondas  
llegueá tí mi humilde acento  
tan puro como el aliento  
del gènio que te formó.





## EN EL RETIRO DE LOS CAMPOS.

---

Oh, selva deliciosa y ameno prado  
que dais al pecho triste paz y alegría;  
de las mundanas pompas hoy alejado,  
os saluda el afecto del alma mía.

¡Cuánta belleza, cuánta, de encantos llena  
despliega ante mis ojos su pompa y galas!  
Aquí ráuda la mente bate serena  
por el inmenso espacio sus libres alas.

Aquí no suena el eco del engañoso  
mundo que sus falacias encubre artero;  
la verdad aquí muestra su rostro hermoso,  
y es el amor más dulce, más placentero.

Quiero admirar de cerca vuestra hermosura

y aspirar el aroma de vuestras flores;  
 quiero sentir el beso del áura pura  
 henchida de perfumes embriagadores.

Ver cual las avecillas entre el ramaje  
 bulliciosas sus trinos lanzan en coro,  
 mientras sus linfas trenza bajo el follaje  
 el manantial que bulle claro y sonoro.

Contemplar las rosadas tintas del cielo  
 cuando el alba en oriente su luz asoma,  
 y escuchar la voz grata del arroyuelo  
 y el arrullo sentido de la paloma.

¡Oh! cómo ambicionaba mi inquieta mente  
 contemplar sin descanso tanta belleza,  
 arrancando un latido del pecho ardiente  
 el conjunto armonioso de esta grandeza.

De Dios el poder santo doquiera veo  
 hasta en la humilde hierba que el viento agita;  
 mueve mis hondas fibras vago deseo  
 y el corazón doliente de amor palpita.

Todo, en himno gigante, su voz levanta  
 hácia el Sér que los orbes rige y ordena,  
 cual vibrante salterio que gime y canta  
 allá en la misteriosa noche serena.

El zumbador insecto que errante gira  
 entre el césped que forma verdes festones,  
 el áura que en las frondas vuela y suspira

exhalando en la selva mágicos sonos;

la miés que en la llanura gallarda ondea,  
la palma solitaria que altiva crece,  
el río que entre juncos fluye y serpea  
y al roce de sus aguas las cañas mece;

la cima inaccesible de la montaña  
que da fondo al espacio y al cielo sube,  
y en los rayos primeros del sol se baña  
formando entre sus crestas la parda nube,

son notas que se enlazan al coro inmenso  
de la creación, y en ondas su ritmo asciende  
cual se eleva el perfume de blando incienso  
que en ráudas espirales los aires hiende.

¿Dónde alcanzar el hombre podrá la calma  
que el corazón doliente tanto ambiciona  
sino aquí, donde, henchida de gozo el alma,  
tiende romper el lazo que la aprisiona?

Vedme lejos del pobre, mezquino techo  
donde el espeso ambiente la sangre abrasa,  
do el fiero desengaño, siempre en acecho,  
sin piedad nuestras fibras rompe y traspasa.

Huya de mí la imagen del ya pasado  
tiempo que hundió en mi pecho su garra fiera;  
en mi triste horizonte negro nublado  
que mi ilusión querida desvaneciera.

Arrúlleme la dicha que sólo vive  
en este venturoso, tranquilo suelo,  
aquí donde Dios mismo su gloria escribe,  
aquí donde sus gracias derrama el cielo.

Abrid, ameno prado, bosque sombrío,  
abridme vuestro seno, nido de amores;  
endúlcense las penas del pecho mío  
con el casto perfume de vuestras flores.

Y cuando à Dios eleve mi tierno canto  
olvidando el recuerdo de mi amargura,  
dad á mi voz la mágia de vuestro encanto  
y á las notas del arpa vuestra hermosura.





A. C...

---

Te ví sonriente  
llevar á tu boca,  
espumoso licor derramando,  
la aurífera copa,

y ví de tus ojos  
brotar una lágrima  
que en el líquido rojo cayendo  
veloz se mezclaba.

Helóseme al punto  
la sangre en el pecho,  
y en su fondo agitadas las fibras  
con fuerza iatieron.

Entonces el libro

leí de tu historia,  
encontrando cien páginas tristes  
veladas en sombras.

Y al ver la amargura  
que tú devorabas,  
cual la tuya otra lágrima ardiente  
brotó de mi alma.

De música alegre  
los dulces acordes  
por el ancho salón esparcían  
sus tiernos rumores,

y tú, reprimiendo  
las ansias del llanto,  
á los ojos del mundo mostrabas  
la risa en los labios.

¡Ay, cuántos dolores,  
cuán tristes misterios  
tras fingidos placeres se ocultan,  
halagos mintiendo!

Si aquellos que en coro  
tu encanto admiraban,  
tu amargura, cual yo, hubieran visto,  
acaso temblaran.

Mas nó ¿quién tal dice?  
El mundo aturdido  
corre en pos del placer, y á las penas

cerrò sus sentidos.

¿Qué importa que gima  
un pecho doliente,  
si hasta en él apurar sólo anhela  
su impuro deleite?

Tal vez cuando mires  
marchitas tus galas  
y perderse cual humo en el viento  
la flor de tus gracias;

tal vez cuando sientas  
exhausto tu pecho  
de placer, y tus ojos desborden  
su llanto de fuego,

verás cual se cumplen  
tus tristes presagios,  
alejados los que hoy delirantes  
te rinden su aplauso.

¡Oh! ríe, aunque miedo  
me cause tu risa,  
sigue al mundo mostrando cual sabes  
la dulce mentira,

que yo que comprendo  
tu inmensa amargura,  
lloraré, contemplando en tu alma  
la herida profunda.





**EN EL PRIMER CENTENARIO  
DE SALCILLO.**

---

3 DE MAYO DE 1893.

¡Un siglo ya!.,. En polvo inerte,  
yace el héroe, convertido,  
mas su nombre no ha podido  
borrar la inflexible muerte.

Hoy su memoria inmortal  
llena los fastos gloriosa,  
y alza la fúnebre losa  
tomando forma real.

Del tiempo al rápido vuelo,  
más se crece y agiganta...  
si en tierra posa su planta,  
toca su frente en el cielo.

Y de su grandeza al brillo

que cual estrella fulgura,  
va resonando en la altura  
el nombre del gran Salzillo.

¡Salzillo!... Artista fecundo,  
maravilla de altos dones,  
que dió à su patria blasones  
para estremecer el mundo.

Aguila que allá en la cumbre  
del arte batió sus alas,  
tejiendo sus ricas galas  
en orlas de viva lumbre.

Torrente de inspiración  
que de Dios muestra el reflejo,  
cual puro y luciente espejo  
que retrata la creación.

Coloso, en fin, que en raudales  
de celestial armonía,  
dió à su ardiente fantasía  
nuevos campos ideales.

¿Quién, hoy, al ver de su mente  
cuanto brotó prodigioso,  
no se estremece gozoso  
y al suelo inclina su frente?

Ved... su cincel soberano  
hasta el portento se eleva,  
y á lo sublime nos lleva

su firme y potente mano.

Y allí, rasgando anhelante  
de la grandeza los velos,  
copia con luz de los cielos  
del mismo Dios el semblante.

Y allí, en su eterno palacio  
la faz del querub retrata,  
mientras su fè se dilata  
por las ondas del espacio.

Y al descender á la tierra,  
su dulce melancolía  
muestra el dolor de Maria  
con todo el amor que encierra,

amor de infinita esencia  
que sólo en lo inmenso cabe,  
que la razón no lo sabe,  
mas lo siente la conciencia.

Sólo á su numen divino  
fué el secreto revelado,  
cuando por génius guiado  
corrió del arte el camino.

Y así, abarcando en un punto  
cielo y tierra, muerte y vida,  
mostró al alma sorprendida  
el más grandioso conjunto.

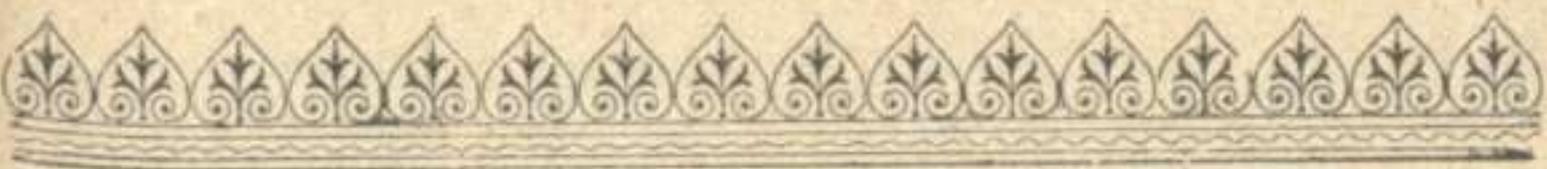
¡Oh! cuán hermoso es cantar  
al hombre que en nuestra historia  
nos dió páginas de gloria  
donde poderle admirar.

Que de virtudes ejemplo,  
supo forjar su diadema,  
y hoy brilla cual noble emblema  
de lo inmortal en el templo.

Allí la alígera fama  
su nombre orgullosa escribe,  
y en su seno lo recibe  
y su alto valor proclama.

Y al par que el tiempo derrumba  
pueblos, tronos y naciones,  
se abrigantan los florones  
que adornan su helada tumba.





## ANTE UN RELOJ.

---

Cèsa, aguja, en tu ráudo movimiento  
que marca el lapso de mi vida breve,  
y que á la vez que mi conciencia mueve,  
del pecho arranca aterrorador lamento.

En vano estremecido el pensamiento,  
sobre un pasado á meditar se atreve  
que huyó cual bruma que la brisa leve  
deshace con el soplo de su aliento.

¡Cèsa! ¿Mas para qué? ¿Nò suena acaso  
dentro del corazón hondo latido  
que como tú del tiempo marca el paso?

¡Oh! ¡còmo recordando el bien perdido,  
caminaré veloz hácia mi ocaso  
al compás de este fúnebre sonido!





## LA CARIDAD.

---

Si en medio de la lucha encarnizada  
que riñen las pasiones  
dentro del corazón, vuestra mirada,  
mortales, dirigís á las regiones  
del firmamento azul, buscando acaso  
la purísima luz de un sol fulgente  
que haga bajar un rayo á vuestra frente  
para alumbrar la mísera existencia,  
mirádme; yo soy luz; yo en lo infinito  
irrádio mi esplendor: mi pura esencia  
allá en los astros, donde el nombre escrito  
de Dios está con áureos caracteres,  
como fragancia que del cielo brota,  
esparzo sin cesar. Dulces placeres  
mi seno encierra para el alma herida  
por el fiero penar, y acrecentando  
el raudal de mi amor, voy derramando

sobre la triste y amargada vida,  
 para calmar del pecho los dolores,  
 efluvios mil de paz, como el rocío  
 que la aurora derrama entre las flores,  
 el rigor mitigando del estío.

¿Nò adivináis mi sér? Cuando en la cumbre  
 del Gòlgotha sagrado,  
 al grito de rugiente muchedumbre  
 el Redentor divino, coronado  
 de punzantes espinas, extendía  
 sobre la cruz sus yertos  
 brazos amantes al dolor abiertos  
 entre crüe! y bárbara agonía,  
 de su sangre preciosa  
 nací, y surcando la terrestre esfera,  
 el fanal de mi luz fijé en el cielo  
 para marcar al hombre en su carrera  
 la aspiración constante de su anhelo.  
 Y, signo allí perpétuo de bonanza,  
 del espacio las ondas abrillanto,  
 corona mi cabeza la esperanza,  
 y á donde quiera que mi vista alcanza,  
 la mágia extendiendo de mi eterno encanto.

¿Qué fuera ei hombre sin mi amor, perdido  
 de la vida en la senda, donde brotan,  
 desgarrando su seno dolorido,  
 abrojos mil, mientras su rostro azotan  
 violentos huracanes  
 que desata el furor de su locura?  
 ¿Dónde el mortal hallara su ventura

si de mi faro se extinguiera el fuego,  
 y preso por el mal en férreos lazos  
 ó por las nieblas del orgullo, ciego,  
 doquiera pugnara por tender sus brazos?  
 Cual náufrago infeliz que en noche horrible  
 sobre las olas gigantescas lucha,  
 y el mar que á sus clamores insensible  
 ni ve su llanto ni su ruego escucha  
 al fin lo estrella contra ingente roca  
 cuando acaso se forja en su delirio  
 que ya la arena de la playa toca,  
 así en rudo martirio  
 el hombre en su impotencia lucharía  
 contra las olas de su ardiente pena,  
 y al querer ya tocar la ansiada arena,  
 en su mismo dolor se estrellaría.

Mas nó: yo siempre á su clamor respondo  
 y sus acerbos lágrimas enjugo  
 penetrando del pecho allá en el fondo.  
 Yo imprimo dulce yugo  
 con mi aliento suavísimo en el alma  
 para unirle con Dios, mientras mi mano  
 vibra en los áires, la celeste palma,  
 premio al afán del corazón humano.  
 Yo como el ángel virginal, mi frente  
 alzo radiante de esplendor divino,  
 y, sol perpétuo en eternal oriente,  
 al mostrar á los hombres el camino  
 que al Bien conduce, á la razón elevo  
 sobre la vil materia que aprisiona  
 su grandeza y poder, y en mi alegría

le ofrezco áurea corona  
 que, sobre trono de celestes nubes,  
 entre cantos de mística armonía,  
 tejen llenos de amor tiernos querubes.  
 Y así su imperio á la virtud extendiendo,  
 así de la Verdad la huella alumbro,  
 y al par que con mi luz al mundo enciendo,  
 llena de augusta magestad me encumbro.

    Mi historia ved: cuando de saña henchida  
 la Roma de los Césares manchaba  
 la púrpura imperial, y embrutecida,  
 del Circo las arenas empapaba  
 con sangre humana, yo mi dulce acento  
 hacia resonar como un lamento  
 que allá en el Capitolio penetraba.  
 Libre al hombre llamé del hombre hermano,  
 y desterrando sus horribles penas,  
 rompí con mano firme las cadenas  
 que un tiempo fabricó el orgullo vano.  
 Roma al fin sucumbió con sus vestiglos:  
 yo, caminando siempre victoriosa,  
 miré rodar los siglos,  
 su vida hundiendo en la terrible fosa,  
 y mi reino ensanché. La Cruz bendita  
 fué mi escudo y mi lema; el feudalismo  
 abatió ante mi voz su sién marchita  
 y el dèspota se hundió en su propio abismo.  
 Y crucé el mar Atlante, y á otro mundo  
 con los héroes llevé rico tesoro  
 nacido de mi amor siempre fecundo,  
 y secando afanosa el triete lloro,

de perlas esmalté su lodo inmundo.

Y el África me vió. Los argelinos  
 antros se iluminaron  
 al fuego de mis rayos argentinos  
 y seres mil su libertad lograron.  
 Y cuando el cielo con tremendo azote  
 los pueblos castigaba,  
 yo vibraba en la voz del sacerdote,  
 yo junto al lecho del dolor brillaba,  
 yo, á los palacios, con amor subía,  
 yo á las cabañas miserables bajaba  
 y del consuelo el bálsamo vertía.  
 Y haciendo del hogar sagrado templo,  
 transformé á la mujer en ángel puro,  
 héroes y santos, de virtud ejemplo  
 doquier hice brotar, y á las edades  
 asombrando mi numen prepotente,  
 coroné con el láuro de mi frente  
 las obras de las nuevas sociedades.

¡Oh, mortales! callad: vuestra locura,  
 hija no más del tenebroso vicio,  
 en mares os sumerje de amargura  
 vuestra planta llevando al precipicio.  
 La ley de amor que de mi sér emana,  
 vuestra locura y ceguera condena  
 y rompe el lazo vil que os encadena  
 al barro frágil de la carne humana.  
 ¿Qué sois en la creación? Átomo leve  
 que el viento con su soplo agita y mueve,  
 chispa fugaz que al desprenderse expira,

breve nota que exhala eu su lamento  
la solitaria y quejumbrosa lira.

Alzad el pensamiento;

él es grande, inmortal, y sobrevive  
á la terrena y mísera existencia;  
del mismo Dios la inspiración recibe;  
y el fondo al remover de la conciencia,  
los sentimientos que ateridos duermen  
al fin despertarán, cual en el seno  
del prado estalla el fecundante germen  
de nueva vida y de potencia lleno.

Venid á mí; yo busco la grandeza  
del corazón que fatigado gime:  
yo soy de la Virtud y la Belleza  
el ideal más puro y más sublime.  
Límites no hay en mí, que es el espacio  
alfombra sólo de mi trouo inmenso,  
y perfuman mi espléndido palacio  
espesas nubes de fragante incienso.  
Venid, que en mí vuestro penar acaba  
y nace el alma á la celeste vida:  
mi amor su beso para siempre graba  
en la frente abatida  
que abrumba con su peso el hondo duelo,  
y borrando el estigma que envilece,  
la purifica y la levanta al cielo.  
Venid, venid: mi voz es armonía,  
mi seno es paz, bajo mi régio manto  
se encierran el placer y la alegría;  
es mi faro la luz de eterno día,  
y es infinito mi amoroso encanto.



## AYER Y HOY.

---

---

¿Te acuerdas? Yo te adoraba  
y eras mi ilusión y encanto.  
¿Te acuerdas? Te amaba tanto  
que en tu aliento me embriagaba.  
Contigo un mundo soñaba  
lleno de inmensa alegría;  
yo de tus ojos bebía  
la luz radiante del cielo,  
y alzaba por tí su vuelo  
mi ardorosa fantasía.

Tu voz melodiosa y pura,  
cual de arpa dulce sonido,  
despertó el primer latido  
de mi pecho á la ventura.  
Rendido ante tu hermosura,

sentí agrandarse la vida,  
 y del alma euardecida  
 á la la ambición soberana,  
 fulguró ante mí cercana  
 del bien la estrella querida.

Senda esmaltada de flores  
 era el mundo ante mi paso:  
 léjos mí sol de su ocaso  
 me bañaba en sus fulgores;  
 de mis ardientes amores  
 aumentando la grandeza,  
 ràudo el tiempo con presteza  
 sus leves alas batía,  
 y sólo en mi sèr vivía  
 la imagen de tu belleza.

Hoy hasta en el aire flota  
 la sombra de aquél bien muerto,  
 y en mi corazón desierto  
 sólo el ay doliente brota.  
 La amargura gota á gota  
 su cáliz en mí derrama,  
 y al apagarse la llama  
 que con tu aliento encendiste,  
 mi pecho apenado y triste  
 ni se agita ni se inflama.

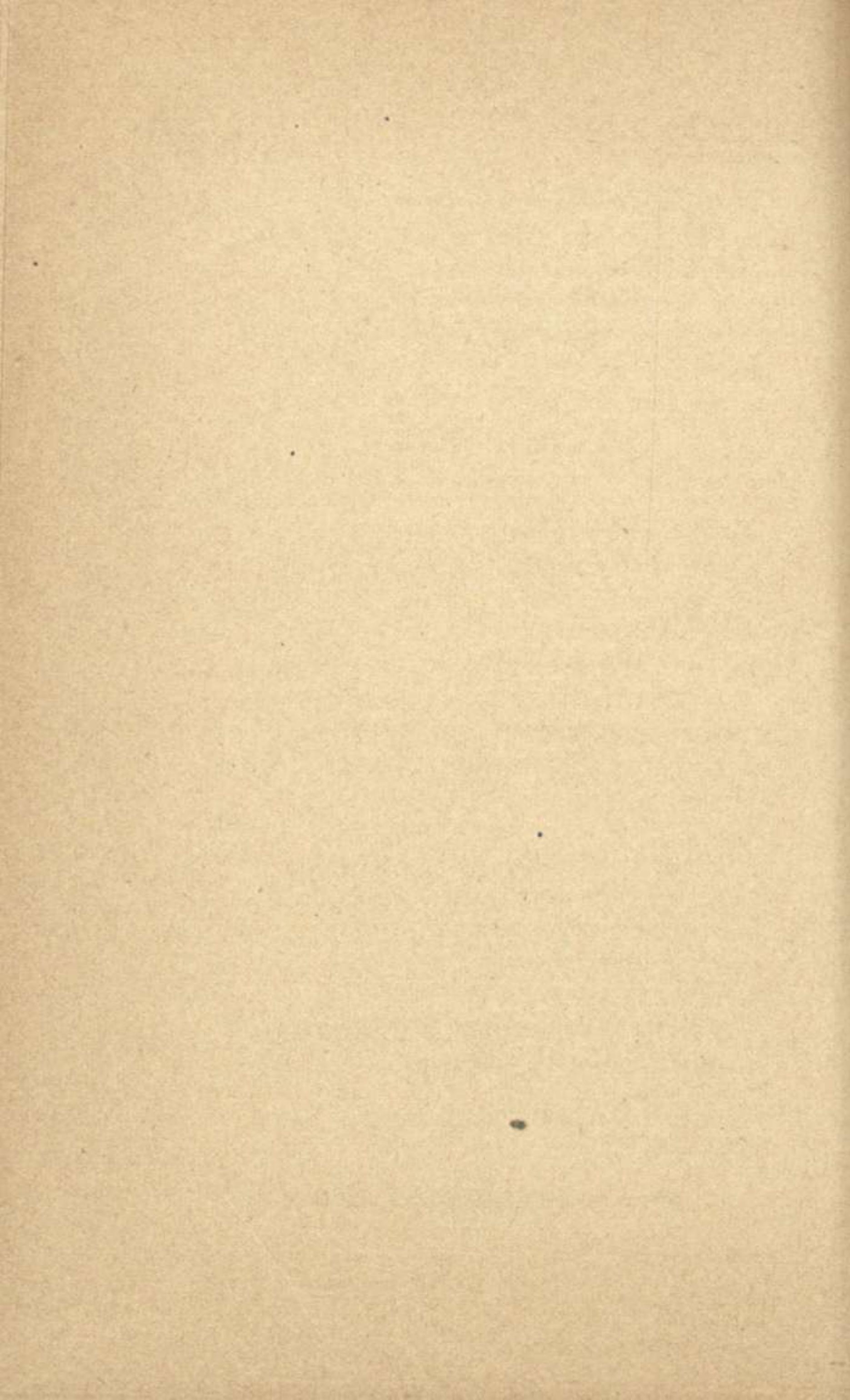
Pora mí no resplandece  
 el sol que alumbró mi gloria:

muerta mi dicha ilusoria,  
 la vida se empequeñece.  
 Al par que en el alma crece  
 del mal la espina sangrienta,  
 la mente sus horas cuenta  
 lentamente resbalando,  
 y van mi cielo enlutando  
 las sombras de la tormenta.

Jamás mi débil acento  
 maldecirá tu inconstancia.  
 que fuera inútil jactancia  
 de mi angústia y sufrimiento.  
 ¿Qué importa que el sentimiento  
 su harpón en mi pecho clave?  
 ¿Quién mitigará del ave  
 la congoja que la apena  
 y que allá en la selva amena  
 cuenta al céfiro suave?

Adiós, bellas ilusiones  
 de la hermosa edad pasada:  
 adiós, dicha ambicionada  
 que uniste dos corazones.  
 Sepultar mis emociones  
 quiero en mi propia agonía,  
 y aunque ya la planta mía  
 cruce por sendas de abrojos,  
 secaré el llanto en mis ojos  
 fingiendo amor y alegría.







## Á MURCIA.

---

¡Cuánta belleza á mis ojos  
descubres, patria querida!  
¡Cuál tus eternos encantos  
hablan á la mente mía!

Sobre el tapiz de tus flores  
amorosa te reclinás,  
y sobre tu frente el cielo  
un rayo de luz envía.

A tus piés el manso Tháder  
blandamente se desliza  
como festón argentado  
que al orlar tu veste brilla.

Llenas de gratos per fumes,

dulces y ligeras brisas  
entre bosques de naranjos  
sus leves alas agitan.

Estrofas de amor entonan  
los ruiseñores que anidan  
en jardines, cuyas galas  
nunca el invierno marchita.

Suenan lejanos cantares  
de indefinible harmonía,  
cuyas notas son suspiros  
de un corazón que palpita.

El sol su fuego derrama  
doquier llevando la vida,  
y al grato calor alientan  
del pecho las hondas fibras.

Todo en tí, pátria adorada,  
todo en tí al amor convida,  
y el alma, tu galanura  
al contemplar, se extasía.

¡Cuántas veces removiendo  
del pasado las cenizas,  
miré surgir en mi mente  
la historia de muertos días!

Ví al árabe que soñando  
contigo en la eterna dicha,  
labraba en tu mismo seno

la mansión de sus delicias.

Te dió aromas del oriente  
que aun enagenada aspiras  
y la delicada seda  
que en tu feraz región crías.

Tambièn la palma arrogante  
que los tiempos desafía,  
à cuya sombra su mano  
pulsò la sonora cítara.

Puso à tus plantas trofeos  
que tu blasón régio timbran  
y ensalzó con ricas joyas  
la belleza de tus hijas.

Ví que después alejado  
de tí por la suerte impía,  
te dejaba con su lloro  
su alma triste y dolorida.

Más no por eso se ajaron  
de tu beldad peregrina  
lãs galas: la Cruz alzòse  
sobre la impura mezquita,

y el Sabio rey sus entrañas  
te legó como en estima,  
para borrar tus recuerdos  
con otra gloria más digna.

Hoy, Murcia, pátria adorada,  
cual entonces te sublimas,  
y mil laureles añades  
á tus bellezas antiguas.

Eres feliz: no te inquietan  
de las pasiones las iras  
que van al mundo empujando  
á insondable y negra sima.

Vives en paz, al arrullo  
de tus glorias adormida,  
mientras las hadas, diademas  
ciñen á tu sién divina.

Si tu pasado me encanta,  
más tu presente me anima,  
y sólo por amor tuyo  
pulsó mi mano la lira.

Quiera el cielo que tus dones  
siempre aumenten tu alegría,  
y crezca con tu hermosura  
la fama á tu nombre unida.

Quiera Dios que de tu Torre  
la sombra que hoy me cobija  
se extienda sobre la losa  
que cierre mi tumba fría.





**EN UN ALBUM.**

---

En el mar proceloso de la vida  
donde voga impelida  
por viento de pasiones nuestra nave,  
descúbrense entre brumas á lo lejos  
los pàlidos reflejos  
que brotan de una luz pura y suave.

El alma, al verlos, de placer se agita  
y el corazón palpita  
entre dulces è ignotas emociones,  
sonando en uuestros débiles sentidos  
sus fèrvidos latidos  
con extrañas, crecientes vibraciones.

Y así á medida que el esquife avanza  
y surge la esperanza

cual bálsamo de paz y de dulzura,  
 la luz más clara su esplendor destella  
 como gigante estrella  
 que en la insondable inmensidad fulgura.

Allí el amor, en puerto venturoso,  
 con eternal reposo  
 brinda al que surca sus hinchadas ondas  
 mostrando en sus riberas tiernas flores,  
 parleros ruiseñores,  
 aúras y fuentes y tupidas frondas.

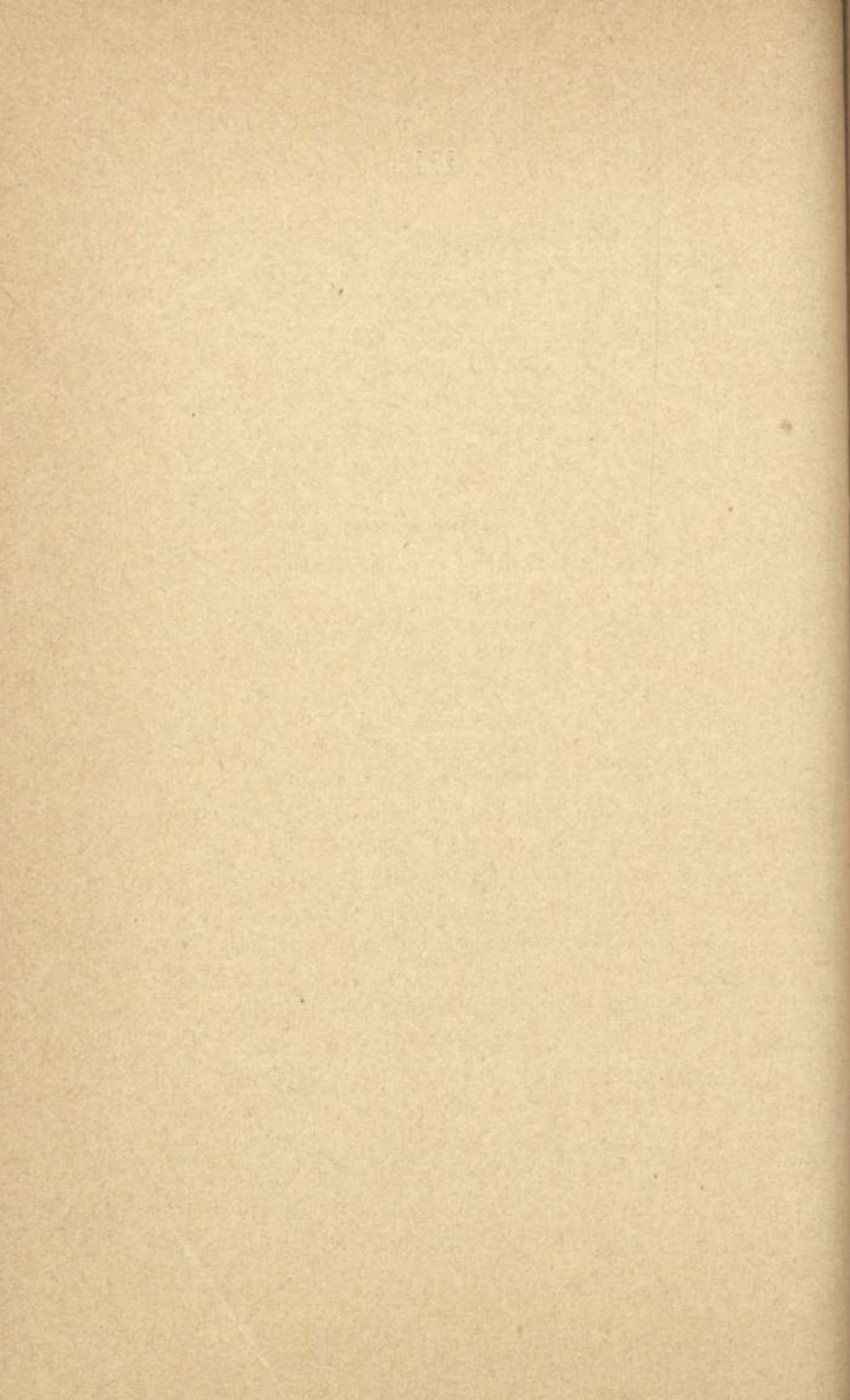
Allí brilla más pura la mañana,  
 allí la brisa ufana  
 llena de aromas mil errante vuela,  
 y corona la noche blanca luna  
 que allá en azul laguna  
 con argentado resplandor rielá.

Al compás de inefables armonías  
 deslízanse los días  
 llevando goces y ventura el alma,  
 y arrullan las ondinas de los mares  
 con plácidos cantares  
 del pecho fiel la apetecida calma.

¡Oh! feliz el mortal, cuya barquilla  
 ilegar puede à la orilla  
 del puerto del amor, donde en su anhelo  
 amargas dudas de la mente aleja,  
 y el corazón refleja  
 la dicha de los ángeles del cielo.

Mas si incáuto en el piélago se mece  
y la luz se obscurece  
por lapasión que desbordada ruje,  
su bajel por las olas combatido,  
se estrellará impelido  
contra las rocas con violento empuje.







## EL ÚLTIMO ADIÓS.

---

### I

Sobre las torres de la Alhambra, ondean victoriosos, por fin, los estandartes de Aragón y Castilla. Sol de fuego haces ardientes de su luz derrama sobre la perla del Genil, que, muda de espanto y de terror, eseucha el canto que al cielo eleva la cristiana hueste al plantar en los muros de Granada la sacrosanta Cruz. ¿Dónde se encuentran los guerreros que un tiempo, enardecidos por el Korán, con su tajante acero imperios tras imperios conquistaron? ¿Dónde los que en Bib-Rambla, ante las bellas mirto y laurel ciñeron á su frente,

y en cien empresas singular renombre  
de valor y nobleza consiguieron?

¡Ah!... Todo concluyó. Del castellano  
la indómita pujanza vengar pudo  
la afrenta de Jerez. Siglos y siglos  
luchando sin cesar, llevó su encono  
desde las rocas del Pirene, al linde  
en que arrogante elévase el Veleta.  
Y aquel jardín donde forjó su cielo  
del músulmán la mente soñadora,  
para adornar del vencedor las sienes  
sus flores le ofreció. La raza altiva  
que ocho siglos atrás cruzó los mares  
llevando en pós de la victoria el génio  
del progreso triunfal, rota y vencida,  
se preparaba á repasar las olas  
para ocultar su luto y su vergüenza;  
y los que un tiempo admiración del mundo  
por su ciencia y valor fueron, hoy, párias,  
iban tal vez en servidumbre humilde  
á sepultar los restos de su gloria,  
no sin dejar en soledad y olvido  
las sagradas cenizas de sus padres  
que, desde el fondo de la helada tumba,  
se estremecían con horror.

Ni un brazo  
blandir osaba el fulminante hierre  
que mostrò su poder con el terrible  
y valeroso Muza, ya rendido  
al goipe de su misma desventura;  
y el vencido estandarte del Profeta,

desgarrado en girones, en el polvo  
 sus timbres arrastraba, para alfombra  
 de su antiguo rival. ¡Fatal destino!  
 ¿Quién sabe su grandeza y sus misterios?  
 Los designios de Dios, impenetrables  
 siempre estarán á la razón del hombre,  
 y las tribus, los pueblos y las razas,  
 por incógnitas sendas dirigidos,  
 marcharán á su fin.

## II

Boabdil, en tanto,  
 inclinada la frente por el peso  
 del dolor que su espíritu abatía,  
 del Padul en las lomas se internaba  
 con hondo suspirar. La viva imagen  
 de su hermosa Granada, apareciendo  
 ante sus ojos, como hurí celeste  
 que entre albas rosas sus encantos vela,  
 por sus hinchadas venas difundía  
 frío de muerte que su pecho he'aba.  
 ¡Ay! aquella ciudad, aquel recinto  
 donde el génio oriental trazó un conjunto  
 de maravillas mil, do el Nazzarita  
 el más bello florón de su corona  
 forjó, al sacar de las entrañas duras  
 de la sierra el portento de su Alhambra;  
 aquel encanto, en fin, donde los cielos  
 sus dones derramaron amorosos  
 y donde el áura acarició la cuna  
 del fugitivo rey, ya del cristiano

aprisionado queda, y los altares  
de la agarena ley ruedan á impulsos  
de otra fè más potente, que levanta  
pobre el Islám el castellano trono,  
sobre el Korán, la Cruz.

### La comitiva

del mísero Boabdíl, participando  
del dolor de su rey, seguía lenta  
y silenciosa la empinada cumbre,  
y el ápero trotar de sus corceles  
por las quiebras del monte resonaba  
cual eco de una tumba. Sólo alta  
una figura allí, fuego vertiendo  
por sus negras pupilas, cual esfinge  
de la venganza, sobre el noble bruto  
se destacaba magestuosa y bella  
al viento dando su alquicel flotante.  
Era Aíxa, prodigio de hermosura,  
madre del rey aquél en cuyas manos,  
marchito el láuro que timbró su escudo,  
el poder agareno sucumbía.

### III

Tras fatigosa marcha, en la meseta  
del alto del Padul, de donde arranca  
de Geb Nevada la gigante mole  
y do por vez postrera el caminante  
alcanza à ver el granadino suelo,  
parò la régia comitiva. El triste  
y afligido Boabdil, de su caballo

descendiendo, posó su vista ansiosa en la bella ciudad que, allá á lo lejos, sobre alfombra de flores reclinada como sultana voluptuosa, eleva al cielo sus gallardos minarettes.

A sus plantas la vega se extendía por el Genil bañada. Cien vistosos y blancos caseríos, cual palomas posándose en el césped, á los rayos mostrábanse del sol. Las azuladas lomas de Sierra Elvira, el horizonte cortaban, y á su pié, como un vigía mudo y aterrador, el campamento del audaz castellano, convertido en alegre ciudad, se destacaba. ¡Cuánta hermosura, mas con qué tristeza presentábase todo ante la vista del mísero Boabdil, cuya amargura apenas conteníase en su pecho!

Era la imagen del dolor. Nublados por abrasadas lágrimas sus ojos, entreabierta la boca y suspirante y extendidos los brazos, contemplaba su ya perdido Edén, donde los días de su niñez pasó. Tristes recuerdos, acudiendo en tropel á su memoria, alzaban de su pecho destrozado roncos gemidos, cual del mar el soplo del huracán desenfrenado, encrespa con sordo acento las bullentes olas,

y buscando en sus ànsias sólo un punto  
de reposo á su espíritu doliente,  
con débil voz y fatigado aliento,  
—Adios, Granada, mi Granada—dijo,  
y, anudándose al punto su garganta,  
la cabeza abatió.

Supremo instante.

La realidad aterradora y fría  
iba á apartarle de su amor, tronchando  
para siempre la flor de su esperanza,  
y el destino, impulsándole inflexible  
á un abismo sin fin, de la amargura  
el ponzoñoso càliz le ofrecía,  
para apurarlo hasta las heces. ¡Cuánto  
sufrió Boabdil! Còmo la débil hoja  
que en remolinos arrebatada el viento,  
juguete así de la implacable suerte  
cruzaba el mundo. En la abrasada arena  
del Africa su tumba á buscar iba  
para ofrecer à la insaciable Parca  
su vida inútil ya.

Cual si su angustia  
naturaleza respetar quisiera,  
ni el más leve rumor interrumpía  
el lúgubre silencio que reinaba  
en torno de aquel rey. Hasta sus nobles,  
el llanto reprimiendo y los latidos  
del desgarrado corazón, los ojos  
bajaban en señal de triste-duelo  
por tan fiero penar. Ya el sol poniente

irradiaba sus últimos fulgores  
 que lentamente en la penumbra inmensa  
 como ilusiones vagas se perdían,  
 y pronto las tinieblas con su manto  
 envolverían la ciudad lejana,  
 como envuelve un sudario el cuerpo inerte  
 del sér querido que la avara tumba  
 robò á nuestro placer.

La madre, entonces,  
 del más vivo furor presa, avanzando  
 su fogoso corcel, posó en el hijo  
 su mirada terrible, do el coraje  
 y el dolor sus fulgores destellaban,  
 y loca ya, con irritado acento,  
 de esta manera le increpò:—Sí, llora,  
 llora como mujer, ya que cual hombre  
 no has sabido morir entre las ruinas  
 de esa ciudad que al vencedor le diste:  
 llora, ya que tu estrella desgraciada  
 en mal hora alumbrò, y el áureo cetro  
 de Alhamar, por los tiempos respetado,  
 en tus manos rompióse. Lloro y mira...  
 Generalife allí, divino carmen  
 colgado de una peña: al pié la Alhambra  
 entre sus bosques de eternal verdura...  
 Miralo todo bien: allá el encanto...  
 en tí la soledad con el opróbio  
 que en sus letras el libro de la historia  
 por siempre escribirá. —

Dijo, y torciendo

del caballo las bridas, por las breñas lanzòse á escape, sin volver la vista al hijo que aturdido la escuchaba. Hiriendo al punto la exaltada mente de Boabdil mil ideas como á impulsos de evocaciòn diabòlica, espantables fantasmas á su vista se mostraron que del fondo del valle parecian surgir llenos de horror. Aquellos séres de aterradoras formas, extendiendo sus descarnadas manos, le miraban maldiciendo su nombre. Lentamente como en òptica vaga, en sombras densas, cruzar la historia vió de los kalifas, que en Còrdoba su fama alto renombre por siempre conquistó, dando á Granada en herencia el tesoro de su numen y su ciencia y su fè. Después, tomando parte en la danza horrible, sus mayores à sus ojos atònitos mostraban el estandarte de Alhamar, que nunca humillado se vió, mientras su pueblo por su Dios y su patria combatìa.

Contrastando á la vez con aquel cuadro que forjaba el delirio de su mente, despedazado vió su mismo trono por asquerosas guerras, que amenguaban el poder musuimàn. Y cual cortejo digno de tanto horror, en pós surgian sus nobles y valientes Bencerrajes al favor de sus celos degollados,

mientras por velos fúnebres cubierta  
de Nazzar la diadema, ya sin gloria,  
rodaba hácia insondable precipicio  
por sus pasiones empujada.

Entonces

aterrado Boabdil, quiso su vista  
apartar de aquel sitio, y ya sin fuerzas  
sus rodillas doblò. Osculo ardiente  
estampando en la tierra, dió un suspiro  
que en sus alas llevó rápido el viento,  
é irguiéndose al instante, sobre el bruto  
saltó como de un vértigo impulsado.]

.....  
Un momento después, ya para siempre  
las cimas de los montes ocultaban  
la vega y la ciudad, y el rey proscrito,  
mezclado con sus nobles, se perdía  
en las revueltas de la agreste sierra,  
para encontrar de su Granada lejos  
hospitalaria y cariñosa tierra.







## EL ULTRAJE DE MELILLA.

*(2 de Octubre de 1893.)*

---

¿Qué grito, rasgando el viento,  
parte del Atlas salvaje,  
como la voz del coraje  
del africano sangriento?  
¿Por qué al cruzar ese acento  
del mar las hinchadas olas,  
las argèntneas aureolas  
que en su espuma resplandecen  
se agigantan y enrojecen  
en las playas españolas?

¡Ay! que el musulmán sombrío,  
mostrando su ardiente saña,  
insulta el blasón de España  
y su noble poderío.

Al áire el Islám impío  
 hace flotar su bandera:  
 con ódio brutal de fiera  
 el Mogreb se agita y ruje,  
 y de su rãbia al empuje  
 alza su frente altanera.

Ante el reto, despertando  
 de Iberia el león rugiente,  
 la garra afile potente,  
 sus melenas erizando.  
 De valor ejemplo dando,  
 recuerda al punto su historia;  
 ve en su cielo un sol de gloria  
 cual luminar de los mundos,  
 y en sus sienes los fecundos  
 laureles de la victoria.

Y siente en su pecho arder  
 aquel fuego sacrosanto  
 que en Otumba y en Lepanto  
 le llevó un tiempo á vencer,  
 y mira reverdecer  
 las palmas que en fãusto dia  
 hollò en Flandes y en Pavía,  
 en San Quintín y en Gerona  
 para formar la corona  
 de su eterna bizzarria.

Y cual sombras apiladas  
 entre sangrientos despojos,  
 van cruzando ante sus ojos

sus grandezas no soñadas.  
 Tras las ondas encrespadas  
 que mueve el soberbio Atlante,  
 surge un mundo en que triunfante  
 tremoló su augusta enseña,  
 cuando Europa era pequeña  
 para su numen gigante.

¡Oh! nunca, nunca el hispano  
 abrió al miedo el corazón  
 ni sufrió una humillación  
 con el acero en la mano.  
 Si hoy el mogrebín insano,  
 con traición vil y cobarde,  
 hace de su fúria alarde  
 y nuestra gloria amancilla,  
 pronto verá que en Castilla  
 del honor la llama aun arde.

Y aunque empujado à un abismo  
 de miseria y desventura  
 por un poder que procura  
 gozar sólo en su egoismo,  
 el pueblo su patriotismo  
 mostrará en su ardor guerrero.  
 y blandirá el rudo acero  
 al rugir de la metralla,  
 sepultando à la canalla  
 bajo el pabellón ibero.

¿Qué importa que pobre y triste  
 hoy el español se vea,

si ante una grandiosa idea  
 todos sus males resiste?  
 No luto la patria viste  
 á la voz de la venganza,  
 sino pompas de bonanza,  
 cuando ve su porvenir,  
 como el pasado, lucir  
 á la luz de la esperanza.

¡Al África! Brote el canto  
 de la lira del poeta;  
 el cincel y la paleta  
 muestren del arte el encanto;  
 despliegue el cielo su manto  
 rico en galas y colores,  
 den su fragancia las flores  
 y en armonioso concierto,  
 difundan por el desierto  
 los hispanos esplendores.

¡Al África! cáiga el moro  
 entre su propia vileza;  
 alce España su cabeza  
 esmaltada en rayos de oro.  
 Y pues el Mogreb desdoro  
 es del humano progreso,  
 que lleve con sangre impreso  
 por siempre un sello de afrenta,  
 y que eternamente sienta  
 de nuestra grandeza el peso.



## A UN AGUILA.

---

¡Nádie cuat tú! Con arrogante vuelo  
sobre la nube pavorosa asciendes,  
y audaz y libre los espacios hiendes  
doquier rasgando el ondulante velo.

Siempre llevada de infinito anhelo,  
en la lumbre del sol tu sangre enciendes,  
y tu mirada poderosa tiendes  
hasta el confín del insondable cielo.

¿Qué alteza se compara con tu alteza?  
¿Qué rey puede alcanzar tu poderío?  
¿Quién mide tu valor y tu grandeza?

Tú, dominando el huracán bravio,  
ni abates ante el hombre tu cabeza,  
ni tienes otra ley que tu albedrio.





## EL SOL PONIENTE.

---

Vén á mi lado, vén: mira cual huye  
del sol la luz tras el enhiesto monte  
y extendiendo su tul la sombra afluye  
manchando el horizonte.

Esos últimos rayos ¡cuán hermosos,  
cuán ricos en colores me parecen,  
envueltos en celajes caprichosos  
al paso que decrecen!

Pronto la noche mostrará su manto  
tachonado de estrellas á millares,  
y de las aves, con medroso espanto,  
cesarán los cantares.

Pronto la flor que el iris tornasola

y que el áura acaricia blandamente  
 doblará entristecida su corola  
 cabe la mansa fuente.

¿Nò sientes, como yo, melancolía?  
 ¿Nó resuena fatídico en tu oído  
 el postrimer adiós del claro día  
 cual fúnebre gemido?

¿Nò sientes una lágrima abrasada  
 penetrar en el fondo de tu pecho  
 como gota de fuego borbotada  
 del corazón deshecho?

Vivo reflejo de la humana vida  
 es ese el sol que en los espacios arde  
 cuando esconde su antorcha enrojecida  
 al expirar la tarde.

Cual él tuvo un oriente la existencia  
 de nuestro propio sér, y el alma ufana  
 con júbilo aspiró la rica esencia  
 de plácida mañana.

Subió al cenit, y en tan excelsa cumbre  
 esparció de sus dones el tesoro,  
 cual ha poco ese sol lanzó su lumbre  
 vibrando en rayos de oro.

Acaso pronto en rápido descenso  
 su curso seguirá desde la altura,  
 dejando en nuestro pecho afán inmenso

y dolor y amargura.

Y al mirar de la vida la postrera  
llamarada perderse en lontananza,  
cual se pierde la imagen hechicera  
de tímida esperanza,

serà para nosotros más preciosa  
la existencia que ràuda desaparece,  
cual la luz que en su gasa vaporosa  
la sombra desvanece.

Pero, surgiendo del ceieste abismo,  
volverà el sol mañana ardiente y bello;  
cual hoy al mundo alumbrarà lo mismo  
su mágico destello.

Mas tu vida y la mía nuevo oriente  
no hallarán en su marcha peregrina;  
no vuelve atrás del río la corriente  
sino que al mar camina.

¡No volverá el placer! Oh, vén, mi amada,  
tu frente apoya sobre el pecho mío...  
pierde el cielo su tinta nacarada  
y se torna sombrío.

Suframos juntos nuestra infáusta suerte  
que al alma inunda de incesantes penas,  
hasta que el golpe de la triste muerte  
rompa de nuestro barro las cadenas.





## TRIBUTO DE LÁGRIMAS.

---

¡Triste condición humana!  
Nunca es completa la dicha,  
y hasta en el placer más vivo  
llora el alma su alegría.  
Nace del amor el llanto,  
y en las más dulces caricias  
brota un suspiro doliente,  
entre plácidas sonrisas,  
como nota misteriosa  
del corazón desprendida.  
Si es que hay lágrimas de gozo,  
si es que del pecho las fibras  
en dolores y en placeres  
siempre con violencia vibran,  
¿qué fatal ley con su impulso  
al hombre á llorar destina?

¿Quièn amarga nuestros goces?  
¿Quièn nuestra ilusión limita  
sin que el alma cumplir vea  
cuanto en su ambición ansía?  
Nadie á explicarlo se atreve:  
de nuestro sér es enigma:  
cadena que al hombre oprime  
desde el albor de la vida:  
mano aleve que, acortando  
de sus deleites los días,  
en horas de inmensa angústia  
artera le precipita.





## A LA POLÍTICA.

---

¡Oh, política bella, casta diosa,  
à quien España entera sus sentidos  
rinde, cegados por tu luz hermosa!

¡Oh, génio tutelar de los caidos,  
que en tí miran el faro de esperanza  
que despierta del pecho los latidos!

¡Oh, piélago infinito de bonanza  
para el que escala del poder la cumbre,  
y audaz al pueblo á devorar se lanza!

¿Quièn de tu frente en la radiosa lumbre  
el sol no ve, que en perdurable día  
ilumina á la inquieta muchedumbre?

¿Quièn, teniendo por base la osadía,

un instante tan solo te abandona  
y hacia otro campo sus instintos guía?

Tú, portentosa y sin igual matrona,  
guardas al joven de ilusiones lleno  
para sus sienes inmortal corona.

No importa que te lance su veneno  
quien te execre y maldiga tu hermosura,  
flechas clavando en tu amoroso seno.

Luce, luce tu pompa y galanura  
sin miedo á nada, y deja al egoismo  
rotorcerse en su lecho de amargura.

Era España sin tí profundo abismo:  
en su seno revuelto fermentaban  
los males de un inmenso pauperismo.

Por todas partes sin cesar brotaban  
gemidos de dolor que el sufrimiento  
de un pueblo envilecido demostraban.

Del trabajo sonaba el triste acento,  
y el pais, sin amor, sin ilusiones,  
apuraba las heces del tormento.

Tú, avivando del alma las pasiones,  
apareciste, y la maldad al punto,  
huyó para buscar otras regiones.

Y de tus maravillas al conjunto,

mil manos generosas aplaudieron  
 viendo en tí de almo bien el fiel trasunto.

Los déspotas sus frentes abatieron,  
 sonó de libertad la voz sonora,  
 y los castillos del error se hundieron.

Ya no hubo ley ni Dios. Llegó la hora  
 de morir antiguallas que oponían  
 á la razón su mano abrumadora.

Horizontes sin fin doquier se abrían,  
 y á la voz sacrosanta del progreso  
 las nécias tradiciones sucumbían.

Libre la sociedad de tanto peso,  
 su derecho, hasta entonces ignorado,  
 quedó por siempre en la conciencia impreso.

El problema fué al punto planteado:  
 «vivir sin trabajar» pues sin decoro  
 podrá el hombre pasar, mas nó arruinado.

Un templo sin igual alzóse al oro,  
 y para hacer fortuna prontamente  
 abriste ¡oh casta diosa! tu tesoro.

¿Quién derramar ya quiere de su frente  
 el sudor, que es del hombre afrenta horrible,  
 propia tan solo de villana gente?

Tú allanas con tu mano lo imposible,

repartes más laureles que la ciencia,  
y es tu lógica atroz, irresistible.

Llamas preocupación á la conciencia,  
y en verdad que esa voz sólo es resabio  
de estúpida y fanática creencia.

Quien menos se preocupa es hoy mas sábio  
y pararse en escrúpulos contigo  
es inferir al mundo fuerte agravio.

Refugio universal y dulce abrigo  
es tu seno, aunque España se haga trizas  
y tenga en cada esquina un enemigo.

Amiga siempre de fecundas lizas,  
armaste más de cien pronunciamientos  
para aventar del crimen las cenizas.

Y luego en populares alzamientos  
al país divertías, enseñando  
de tu ley fraternal los mandamientos.

Así al principio había solo un bando,  
después dos, luego diez y hasta noventa  
que el bien y la verdad van implantando.

Y por si algo faltaba, hasta la imprenta,  
muy justa é imparcial, siempre ilustrada,  
tú génio aplaude y tu poder alienta.

Por eso de laureles coronada

muestras tu frente ¡oh diosa! que hasta el cielo  
ha de llegar muy pronto levantada;

y si lèngua mordaz amargo duelo,  
dice que siembras, la opinión respònda.  
y esa lèngua caerá cortada al suelo.

¡Oh! nádie, nádie su sentir esconda,  
y publique la trompa de la fama  
tu historia verdadera lisa y monda;

que si un cobarde ó nècio no te aclama,  
cien mil que eran peleles y hoy banqueros  
saldrán á destruir tan burda trama.

Callen tus detractores altaneros,  
que, envidiosos del bien que tú difundes,  
merecen en castigo andar en cueros.

Pero nó, con tus obras los confundes,  
y bastan ellas solas, mientras llena  
de entusiasmo, en el pecho amor infundes.

Tú, política santa, á quien condena  
algún ráncio ó gruñón que no ha probado  
el almíbar que guardá tu halacena,

muéstra tu patriotismo acrisolado,  
dí que tienes tus líneas bien medidas  
y que jamás á España has deshonrado.

Si las artes se encuentran abatidas

por tributos inmensos; sí angustiosas  
ciudades sus riquezas ven perdidas,

no es posible atender à tantas cosas:  
lo primero es calmar à los cofrades  
que acuden en falanjas numerosas;

después hay que zurcir mil voluntades  
y preparar discursos y primores  
que asombren de la historia las edades:

luego, bien se mitigan los rigores  
buscando un buen jornal que Argèlia ofrece  
ò Madrid inundando de aguadores;

y si el prestigio externo algo decrece,  
dentro de veinte siglos, que eso es poco,  
al paso que la pátria así florece,

España à las naciones hará el coco  
con barcos de papel, y todo el mundo  
que se atreva à tosernos será un loco.

En tanto tú, cual manantial fecundo  
de purísimos goces, vas brindando  
al que te acata, con tu amor fecundo.

¡Oh, qué placer al alma deleitando  
se despierta en el pecho, cuando ardiente  
tu voz en el Congreso está sonando.

¿Tú misma nó has notado que la gente,

de hacienda ó de fomento en las cuestiones,  
por no dormir de hastío se halle ausente,

y en cambio cuando fuertes campeones  
muestran de su partido la grandeza  
el pueblo se aglomera á pelotones?

Eso nos hace ver tu fortaleza,  
tu valor, tu prestigio y cuál te tienes  
al vividor caliente la cabeza.

Por eso ¡oh diosa! tú sólo convienes,  
fuera de tí, las nieblas de la nada  
y el rigor de tus ódios y desdenes.

Dentro de tí, la vida regalada,  
el amor, los placeres, la ventura,  
cuanto ansía la mente trastornada.

¿Cuándo en España alcanzarás la altura  
que el nihilismo de Rusia ha conseguido  
ó de Paris la indómita bravura?

Fuera, en verdad, gozoso el estallido  
sentir de algún quintal de dinamita,  
ó mirar del petróleo esclarecido

la llamarada roja, mientras grita  
ébrio de sangre y vino el soberano  
pueblo rugiente que el puñal agita.

Y luego el catecismo proudhoniano

en práctica poner, y al que no quiera,  
hacérselo acatar con fuerte mano.

Todo, pues, tremolando la bandera  
de progreso y cultura, lema hermoso  
que el populacho honró con fe sincera.

¡Oh grandiosa deidad, astro glorioso,  
que brillas esplendente en nuestro cielo  
argentando su velo nebuloso!

¡Salve! la lira con creciente anhelo  
te saluda gozosa, y si es preciso  
humillará sus cuerdas hasta el suelo.

Que tú eres el terrestre paraiso  
que el siglo diez y nueve ha conquistado:  
is la ignorancia deslustrarte quiso,  
¡tú, sobre sus escombros, has triunfado!





## UN RECUERDO.

---

Grato es vivir en Granada,  
la hurí de eterna belleza  
por los árabes llorada,  
perla gentil codiciada  
por su brillo y su riqueza.

Grato es mirar de aquel cielo  
la ténue gasa flotante,  
á través de cuyo velo  
mandan su esplendor al suelo  
globos de plata y diamante.

Grato es admirar sus flores  
donde misteriosas magas  
forman su mansión de amores,  
mientras lleva sus olores  
el áura en sus ondas vagas.

Y en sus murallas ruinosas

y en sus ya rotas almenas,  
 ver cual brotan primorosas  
 cándidas y blancas rosas  
 y fragantes azucenas.

Y al sentirse adormecido  
 envuelto en profunda calma,  
 lejano oír un gemido  
 que al pecho arranca un latido  
 y un ay arranca del alma.

Un ay, cuyas vibraciones,  
 al agitar la memoria,  
 brotar hacen bella historia  
 de muertas generaciones,  
 que allí grabaron su gloria.

La exaltada fantasía  
 vé surgir todo un pasado  
 lleno de luz y armonía  
 y el pecho inmensa alegría  
 siente en su fondo agitado.

Y vese entre la espesura  
 cruzar blancos alquiceles,  
 brillar la férrea armadura,  
 y allá en la inmensa llanura  
 trotar ligeros corceles:

y tras morisca ventana  
 que se descubre á lo lejos  
 cual encaje de oro y grana,  
 pálida y triste sultana  
 de la luna á los reflejos,  
 mientras pulsa laud sonoro  
 á su pié rendido amante,  
 y al son de las cuerdas de oro

su corazón palpitante  
vierte de amor un tesoro.

Y el canto de los festines  
se escucha y la alegre zambra  
en los aúreos camarines  
y en los frondosos jardines  
de la hermosa y régia Alhambra.

Y al eco de aquel palacio,  
Generalife responde  
con voz que rasga el espacio,  
y se vela cual topacio  
que entre flor su brillo esconde.

Tambien Bib-Rambla la hermosa  
arde en fiestas y torneos,  
y entre multitud ansiosa,  
del rey la corte, orgullosa  
luce amorosos trofeos.

Todo, en fin, cual sonriente  
visión que el alma fascina,  
se presenta á nuestra mente  
tomando forma divina  
que irradia luz esplendente.

Las hadas y las huries  
que habitan cármenes bellos,  
amapolas y alhelies  
que brillan como rubies  
de la aurora á los destellos.

Confusión de amor y guerra,  
òdios, pasiones, ventura,  
haciendo un pueblo que aterra  
mientras asombra á la tierra  
por su ciencia y su bravura.

Por eso, quien ha soñado  
bajo aquel cielo sin nubes,  
por las áuras arrullado,  
y en su delirio ha escuchado  
la voz de etéreos querubes,  
siente en su pecho la llama  
de un entusiasmo profundo  
que al punto su mente inflama,  
y hasta los vestigios ama  
de aquel pueblo sin segundo.

Y de nuevo el alma ansía  
admirar sus gayas flores,  
ver su arboleda sombría  
donde anidan ruiseñores,  
donde mora la alegría.

Que en aquel bendito suelo  
do tiene asiento la gloria,  
el alma templa su anhelo,  
rasgando el tupido velo  
con que se cubre la historia.





## Á LA VIRGEN

---

¿Qué diré à tu grandeza, Virgen Maria?  
¿Qué te dirè en mi pobre, sentido canto,  
si aunque el pecho rebosa fè y alegría,  
no tiene dulces sonos el arpa mia  
para expresar en ellos tu inmenso encanto?

Dáme de tu corona sólo un destello  
que encenderá en el alma luz esplendente;  
dáme la voz sonora del ángel bello,  
é imprimiré en mi trova divino sello,  
y expresaré la dicha que ei pecho siente.

¡Cuán hermoso es tu nombre! ¡Cuánta dul-  
encierra como esencia de amor fecundo! (zura  
el es. símbolo santo de la ventura,  
él borra los pesares y la amargura,

y cual signo de gloria lo aclama el mundo.

Los soles que lo escriben en el espacio  
el misterio pregonan de tu pureza,  
y sus orlas brillantes de oro y topacio  
forman entre las nubes rico palacio  
do se encierra el tesoro de tu belleza.

De la dulce sonrisa de Dios naciste  
para ser ornamento de su corona;  
del jardín de los cielos la rosa fuiste,  
y al entreabrir el cáliz tu aroma diste  
que perfumó la tierra de zona á zona.

El mismo Ser Divino, de gozo lleno,  
al ver en Tí el destello de sus fulgores,  
de su esencia el sagrario forjó en tu seno,  
para que de él brotara puro y sereno  
un sol que nunca apaga sus resplandores.

Y los coros celestes Reina y Señora  
del cielo y de la tierra te proclamaron:  
rodó por los espacios la voz sonora,  
y á la ereación gigante y encantadora  
las notas de sus liras entrelazaron.

¡Oh, cómo henchida el alma de amor, ansía  
volar hasta tu sólio para adorarte!  
¡Cuál huye de mi mente la duda impía,  
brotando por doquiera luz y armonía  
para que el alma pueda libre ensalzarte!

¿Cómo nó, si Tú eres puerto sagrado  
 donde el faro se ostenta de la esperanza,  
 cuando, al hinchar sus olas el mar airado,  
 el bajel de la vida surca azotado  
 y entre hirvientes espumas gira y avanza?

¿Cómo nó, si Tú eres puerta del cielo,  
 tesoro de amor santo, de gracia fuente,  
 arca de la alianza, gloria y consuelo,  
 y el mortal en Tí cifra todo su anhelo,  
 y su goce en Tí funda la ansiosa mente?

Desde niño tu nombre, Virgen amada,  
 en mis empresas todas, fué siempre el lema,  
 y al pasar mi inocencia, hoy tan llorada,  
 tu imagen en mi pecho quedó grabada  
 cual de un amor dichoso sagrado emblema.

Y te sigo adorando, como se adora  
 lo que es excelso, grande, puro, infinito;  
 y cuando el alma triste de pena llora,  
 tu protección sublime, rendida implora,  
 y á tus divinas plantas eleva el grito.

Gozoso te consagro mi pensamiento,  
 mi pecho te bendice, mi voz te aclama,  
 humillado te pido paz y contento,  
 contigo se ennoblece mi sentimiento  
 y arde en mis hondas fibras vívida llama.

Todo mi sér ocupas, vives conmigo,  
 en tu sacra belleza yo me recreo,

siempre en mis alegrías eres testigo,  
 en los fieros dolores busco en Tí abrigo,  
 y á donde van mis ojos tu gracia veo.

Jamàs, jamàs me sacio, Madre querida,  
 de amarte y bendecirte con toda el alma:  
 eres mi luz, mi gloria, mi bien, mi vida,  
 en tu mano amorosa tengo mi egida,  
 y anhelo hallar contigo la eterna calma.

Eres pura y sin mancha, como la nieve  
 cuando descende en copos desde las nubes,  
 dulce, como el arrullo del áura leve,  
 casta, como las flores que el viento mueve,  
 tierna, como un suspiro de los querubes.

Te miro entre los rayos de la alborada,  
 de las ocultas selvas entre las frondas,  
 en el cáliz que ostenta flor perfumada,  
 en la fuente, en los prados, en la enramada,  
 y en el río que extiende sus claras ondas.

Porque todo refleja tu galanura,  
 porque todo respira tu dulce aliento;  
 los astros son espejo de tu hermosura,  
 el sol bebe en tus ojos su lumbre pura,  
 y tu manto es la gasa del firmamento.)

Por Tí la inteligencia su vuelo extiende  
 y de la fé en las alas á Dios se eleva,  
 por Tí en fuego el poeta su pecho enciende,  
 y del arpa la nota que se desprende

en sus vibrantes sonos tu encanto lleva.

No existe para el alma dicha cumplida  
 sí tu amor no la llena con su tesoro:  
 sí un instante ocultaras tu luz querida,  
 un páramo desierto fuera la vida,  
 un piélago infinito de amargo lloro.

Oh, Virgen sacrosanta, sol de mi anhelo,  
 iris de eterno encanto siempre brilla,  
 lazo de unión perpétua de tierra y cielo,  
 refugio donde el alma templa su duelo,  
 de la gloria y del orbe la maravilla.

Bendita Tú mil veces: tu hermoso nombre  
 los ángeles celebren con dulce canto;  
 repítalo doquiera gozoso el hombre,  
 y al resonar sus himnos, Luzbel se asombre,  
 y tiemble en sus cavernas lleno de espanto.

Bendita Tú mil veces, y el orbe entero  
 con los rayos se alumbre de tu belleza;  
 de mi pecho el cariño grande y sincero  
 como aroma fragante suba ligero  
 hasta el fulgente sòlio de tu grandeza.

Dáme tu gracia pura, Virgen María,  
 dáme tus dones santos, Madre amorosa,  
 aparta de mi mente la duda impía,  
 desciendan tus efluvios al alma mía  
 para que amarte pueda siempre dichosa.

No ambiciono del mundo los oropeles,  
que ocultan con su brillo mortal veneno;  
sólo encierran espinas nuestros vergeles;  
yo no quiero en mis triunfos otros laureles  
que los que puros guarda tu casto seno.





## PASION Y VENGANZA

### I.

Del alcázar de Sevilla  
en un lujoso aposento  
que una lámpara oscilante  
alumbra con sus reflejos;  
en frío sudor bañada,  
trémulo, agitado, inquieto,  
en áureo sillón reclina  
su cabeza el rey D. Pedro.  
La luz que sus rayos quiebra  
en los bellos arabescos  
de la règia estancia, cede  
de la mirada ante el fuego  
que bien à las claras muestra  
la pasión que arde en su pecho.  
Olas de sangre se agolpan  
al corazón y al cerebro,  
como si ahogar su existencia

pretendieran con empeño;  
 y ya su crispada mano  
 alza en ademán violento,  
 ya el pomo de su puñal  
 acaricia, revolviendo  
 en las órbitas los ojos,  
 de su alma abrasada espejo.  
 —Nò—levantando la frente—  
 nò—exclama:—jamás el miedo  
 hará ceder la justicia  
 con que yo mis actos sello.  
 Quise humillar la nobleza  
 para dar vida á mi pueblo  
 que es la base de mi trono  
 y el esplendor de mi cetro.  
 Volver quise á mi corona  
 el brillo y honor que un tiempo  
 ilustres antepasados  
 con mil victorias le dieron,  
 y que hoy cobardes empañan  
 esos nobles altaneros  
 que las campiñas convierten  
 en tristes é incultos yermos  
 y que en lágrimas y sangre  
 ensanchar quieren sus fueros.  
 ¡Oh! mientras mi pecho aliente,  
 mientras de la muerte el velo  
 no nuble mi vista, roja  
 ya por el dolor que siento,  
 los cobardes y traidores  
 en mi brazo hallarán freno,  
 y ante mis plantas de hinojos



doblarán su altivo cuello!—

Tal dice, y abandonando  
 súbitamente su asiento,  
 á largos pasos recorre  
 de la estancia los extremos.  
 Murmura breves palabras  
 que apenas sus labios trémulos  
 dejan escapar: golpea  
 de su arnés el duro acero;  
 y al repetir sus sonidos  
 aquellos muros soberbios,  
 parece que de una tumba  
 resuenan los tristes ecos.

¿Qué aqueja al rey de Castilla?  
 ¿Quién, su dignidad hiriendo,  
 despierta enojos dormidos,  
 resucita antiguos celos,  
 y de la hoguera extinguida  
 la ceniza removiendo,  
 al soplo de las pasiones  
 promueve voraz incendio?  
 Odio á muerte le han jurado  
 sus hermanos, y con ellos  
 turba implacable de nobles  
 que hollar quieren los derechos  
 de las villas y ciudades  
 á las que halagan mintiendo.  
 Si una vez y otra vencidos  
 por la mano del rey fueron;  
 si hipócritas su perdón  
 demandaron, ya deshechos,  
 y el rey su gracia otorgóles,

nuevamente, ante el acento  
 de Enrique de Trastámara  
 su bandera al áire dieron.  
 Mas ora que hasta Sevilla  
 llevaron sus desafueros;  
 ora que á las mismas gradas  
 del trono, en olas de cieno  
 sube el furor de sus nobles  
 con el de la plebe, envuelto,  
 cerrar quiere á la clemencia  
 su corazón de ira lleno.  
 A jugar su trono y vida  
 y á duelo á muerte resuelto,  
 ni trèguas pide ni otorga,  
 que le atormenta un infierno  
 de pasiòn, y està en su alma  
 desbordándose el veneno.

## II

Reverberando en el Bètis  
 hermosa la luna brilla  
 como faro de los cielos  
 que el horizonte ilumina.  
 Derrama sus dulces rayos  
 sobre la verde campiña  
 cuyas flores perfumadas,  
 amor dei árabe un día,  
 duermen al arrullo tierno  
 de frescas y mansas brisas  
 que del caudaloso rio  
 recogen las armonías.

Es media noche; reposa  
 en blando sueño Sevilla,  
 semejando en su hermosura  
 á encantadora odalisca  
 que en camarín alfombrado  
 perezosa se reclina.

Allà, en el soberbio alcázar  
 que el rey justiciero habita,  
 en un estrecho recinto  
 que más bien cárcel sombría  
 semeja que digno albergue  
 de un infante de Castilla,  
 Don Fadrique, en el alféizar  
 de una ventana morisca  
 que gruesos hierros defienden,  
 mira á la ciudad dormida.  
 No su pensamiento turban  
 de aquél cielo la alegría  
 ni el balsámico perfume  
 que en las alas no sentidas  
 del ééfiro bullicioso  
 vaga doquier. Todo gira  
 indiferente á su lado,  
 que allá en su mente intranquila,  
 como del mar en el fondo,  
 honda tempestad se agita.

Acaso pronto, muy pronto.  
 de su corazón la sima  
 se abrirá para dar paso  
 á sus concentradas iras.

Ya sobre sus férreos goznes  
 la estreeha puerta rechina,

y en la estancia el rey Don Pedro  
 súbito se precipita  
 ostentando su coraje  
 en sus brillantes pupilas.  
 Cruzáronse las miradas  
 como punzantes cuchillas  
 que, entre sí al chocar, despiden  
 mil abrasadoras chispas.  
 Don Fadrique adelantóse,  
 y con voz hosca y fatídica  
 que al rugido se parece  
 de hiena en la selva herida,  
 —Cain,—le dijo:—no avances:  
 si el infierno aquí te envía;  
 si es mi sangre lo que quieres,  
 poco me importa la vida;  
 tómala mas no hables nada,  
 me resigno á ser tu víctima,  
 que arrojar quiero á tu frente  
 por Dios y el pueblo maldita.  
 la afrenta de un nuevo crimen,  
 la mancha de tu ignominia.  
 —Nò—respondióle Don Pedro—  
 no tu existencia codicia  
 mi voluntad: soy tu hermano,  
 y aun los vínculos que ligan  
 esta sangre con la tuya  
 ahogarán de mi justicia  
 la voz que iracunda truena  
 del pecho en las hondas fibras.  
 Puedo hacer rodar de un tajo  
 esa tu cervíz erguida,

mas antes que á tanto obligue  
tu ambición y rebeldía,  
quiero abrirte por vez última  
mis brazos; que, confundidas  
en una nuestras dos almas  
jures la bandera mia.

—Cáila, Don Pedro, no intentes  
jugar nuevas arterías:

aun la sangre de mi madre,  
vilmente por tí vertida,  
cual rojo fantasma surge  
cada instante ante mi vista.

¿Recuerdas? ¡Oh! ¡cuántas veces  
con hipócrita mentira

fingiendo perdón, buscabas,  
en grosera trama urdida,  
para el verdugo algún pasto  
en tus víctimas rendidas!

¿Has olvidado á Don Tello?

¿Nò ves que sangre destila  
tu mano y suena en tu oído  
un acento de agonía

que hasta en los àires repite  
*fratricida fratricida?*—

—Mientes—exclamò Don Pedro:—

tu conciencia endurecida  
rebelde y tenáz persiste.

Si algo dentro de mí grita,  
no es de crímenes recuerdo,

es de la patria oprimida  
la voz que pide venganza  
contra infames banderías.

Soy rey, y debo á mi patria  
 mi reposo y sangre misma:  
 fuísteis de la patria reos;  
 quisísteis envilecida  
 ver mi corona, amargando  
 de mi reinado los días;  
 y aunque mil veces clemencia  
 á trueque de pleitesía  
 usè, nuevamente alzando  
 el pendòn liberticida,  
 provocásteis mi coraje  
 con temeraria osadía.  
 Por última vez te brindo  
 con mi perdón, si te inclinas  
 ante mi poder, y aclamas  
 à Don Pedro de Castilla.—

Irguiendo la altiva frente,  
 con mirada ardiente y fija  
 y el acento entrecortado  
 que su despecho publica,  
 así exclamó Don Fadrique:  
 —Jamás: desprecio mi vida  
 y es gran bajeza comprarla  
 de manos envilecidas.  
 Castilla por Don Enrique  
 será al morir mi divisa.—

Nada replicò Don Pedro:  
 la puerta ganò enseguida,  
 devorando entre sus párpados  
 una lágrima furtiva  
 que penetrò allá en su pecho  
 como lava derretida.

## III

En el sonrosado oriente  
la plácida y fresca aurora,  
perlas vertiendo entre flores,  
su faz dulce y bella asoma.  
Cantan inquietas las aves  
junto á las azules ondas  
del Bétis que sus riberas  
con juncos y adelfas borda.  
Al pié del morisco alcázar  
do sólo un resto de sombra  
va el puesto á la luz cediendo,  
con ansiedad y zozobra  
muchedumbre inquieta bulle  
como las movibles olas  
del mar, que á impulsos del viento  
ondulan, giran y chocan.  
¿Qué causa congrega y junta  
en tan desusadas horas  
al pueblo que, entre emociones,  
ora rugiente alborota,  
ora aplaude y victorea  
sin conciencia de sus obras?  
Allá en agimez estrecho  
que el blanco muro recorta,  
humana cabeza pende  
lívica y aterradora.

Don Pedro, en tanto, en el lecho,  
presa de mortal congoja,

se retuerce entre dolores  
que su corazón destrozan.  
De sus ardientes pupilas  
amargas lágrimas brotan  
que á solas únicamente  
deja correr abundosas.  
Su debilidad esconde,  
que es rey, y no su corona  
ostentar debē flaquezas  
que ante su pueblo desdoran,  
cuando su lema es justicia  
contra las huestes traidoras.  
¡Misterios del alma humana,  
donde en batalla espantosa  
la virtud y el crimen luchan  
por obtener la victoria!  
¿Quién juzgar puede á Don Pedro?  
¿Quién las nieblas mide ó sonda?  
¿Fué justiciero ó cruel?  
¡Aun no lo sabe la historia!





## LA PENA DE MUERTE

---

### I

Usurpando de Dios la omnipotencia,  
se erije el hombre en juez del hombre mismo,  
y á impulsos de su bárbaro cinismo  
dicta de muerte la inmoral sentencia.

Vano es gemir ni suplicar clemencia  
ante leyes que aborta el egoismo:  
¿no hay luz que alumbre el tenebroso abismo  
que abrió la sociedad en su conciencia!

¿Para qué es la razón? ¿Para qué impreso  
lleva el hombre en el alma ese atributo  
que indica su camino hácia el progreso,  
sí sólo siembra ante su paso luto,  
y de un crimen que marca el retroceso  
con otro crimen eprovecha el fruto?

## II

Marcando el rumbo de la ley tirana  
que nació del arbitrio del más fuerte,  
dicta el juez la inmoral pena de muerte  
contra el derecho que de Dios emana.

Pagada así la vanidad humana,  
la descreída sociedad no advierle  
que al verdugo y al juez la ley convierte  
en instrumentos de su fúria insana.

Ambos son de una idea ejecutores:  
uno manda, otro cumple, y es en vano  
mostrarles del cadalso los horrores.

Y en premio de su acción ¡tiende su mano  
la sociedad al juez, dándole honores,  
y al verdugo desprecia por villano!





## AL CARDENAL. BELLUGA

---

Nada resiste á la segur impía  
del tiempo destructor. Pueblos, naciones  
y monumentos que el orgullo un día  
de cien generaciones  
con sus lenguas de piedra pregonaron,  
apenas, ya vestiglos  
de sus glorias que en humo se tornaron,  
á través de la bruma de los siglos  
dejan oír su desmayado acento.

Al empuje violento  
de inexorable ley, todo camina,  
como la vida humana, hácia el abismo  
donde en revuelta confusión se hacina  
cuanto es cuanto fué, sin que la mente  
que en alas de su afán cruza el espacio

y señora del mundo se proclama,  
 pueda el antro sondar á la potente  
 luz misteriosa que el cerebro inflama.

Sólo del alma la virtud, rompiendo  
 el yugo de la muerte, cual aroma  
 que á la flor sobrevive, conteniendo  
 su rica esencia en pomo cristalino,  
 sobre el tiempo se eleva  
 llena de magestad, rayos vertiendo  
 desde su excelso trono diamantino  
 en el doliente corazón que lleva  
 dentro de sí la aspiración sublime  
 á lo infinito y perdurable. El mundo  
 que entre miserias vive  
 ó se agita iracundo  
 al impulso de indómitas pasiones,  
 cual la mole de altísima montaña  
 que oculto allá en el fondo de su entraña  
 siente el fuego con rudas emociones  
 su base estremar, la vista ansioso  
 dirige hácia esa luz, su norte y guía,  
 y al ver el disco hermoso  
 tornar en oro la tiniebla umbria  
 que pugna por tender su obscuro manto  
 sobre la humana mente, en lontananza  
 mira al punto al Amor y á la Esperanza  
 mostrar del cielo el inefable encanto.

Por eso tú, desde el sepulcro helado  
 donde tu cuerpo inerte  
 dando tributo á la implacable muerte

ceniza y polvo es; del fiero hado  
rompes la ley con tu virtud que, bella,  
brilla en las ondas del murciano cielo  
como la luz de esplendorosa estrella  
que esmalta y borda el azulado velo.

Y desde allí tu caridad, calmando  
del triste pecho el torcedor impío,  
con amor sus efluvios derramando,  
cual de la aurora virginal rocío  
sobre las místicas y agostadas flores,  
va trocando del alma los dolores  
en celestial placer. Rasga la Fama  
el viento al son de su clarín sonoro,  
tu nombre augusto por doquier proclama,  
y al par que el almo còro  
al ver el mundo á tu victoria estrecho  
teje el laurel para tu excelsa gloria,  
abre su seno el libro de la historia  
y en él te forma immaculado lecho.

¡Oh! si la dulce lira  
en su harmónico ritmo reflejara  
el sacro fuego que la mente inspira;  
si la lengua expresara  
la secreta emoción que el pecho siente  
al contemplar tus obras que hoy admira  
con entusiasmo ardiente  
un pueblo cuya noble gentileza  
siete coronas en su régio escudo  
ostenta para coimo de grandeza,  
himnos mil resonando,  
sus notas gigantescas unirían

al acordado y clamoroso grito  
 que á tí la gratitud ferviente eleva,  
 y en las ondas del èther vibrarian  
 el campo al recorrer de lo infinito.  
 ¿A quién tu amor no lleva  
 á un nuevo mundo donde, roto el freno  
 de la materia vil, gozosa el alma  
 mira ondear la inmarcesible palma,  
 premio del justo? De dulzuras lleno  
 vive allí el corazón, enardecido,  
 del sol de la Belleza á los fulgores,  
 y el Bien eterno á la Verdad unido  
 le muestra sus hermosos resplandores.

Aun en los cláustros fulgentinos alzas  
 tu sombra venerable, y en la ciencia  
 que con tu ejemplo y tu palabra ensalzas,  
 la noble inteligencia  
 campo infinito á su ambición descubre.  
 Aun la augusta basílica que esconde  
 en las nubes su cúpula, responde  
 al eco de tu voz, que entre sus naves  
 quiebra las ondas del callado viento,  
 dulce cual trino de armoniosas aves.  
 Aun con férvido acento  
 te canta el arte al recordar tu influjo,  
 cuando á tu voz copiaban los pinceles  
 de la natura el opulento lujo  
 y el mármol doblegaban los cinceles.  
 Aun, en fin, los que un día  
 incultos campos, soledad tan solo  
 desde los lindes de la mar bravía,

mostraban al viandante  
 cual secular y funerario luto,  
 de entre los ramos de copioso fruto  
 que hoy brotan de su seno fecundante,  
 te rinden en tributo  
 canto de amor que por los prados suena;  
 ostenta el bosque sus vistosas galas,  
 y el áura que en las flores se enagena  
 lleva tu nombre en sus ligeras alas.

Cuando el amargo llanto  
 surcaba la mejilla  
 del huérfano infeliz; cuando el espanto  
 de la virgen sencilla  
 el abismo del crimen presagiaba;  
 cuando su espectro la miseria alzaba  
 terrible en el hogar, con torvo ceño,  
 y del pecho las fibras desgarraba  
 de la mente ahuyentando el blando sueño,  
 tú, por Dios inspirado,  
 la llama misteriosa arder sentiste  
 de vivísimo amor, y el alma abriste  
 la caridad mostrando, cual su seno  
 abre la concha nacarada y muestra  
 la blanca perla sobre el alga y cieno.  
 Tu poderosa diestra,  
 contra los males sin cesar lidiando,  
 en el ardiente corazón herido  
 bálsamo de consuelo derramando,  
 el tremendo latido  
 calmaba del dolor, y entre ovaciones  
 de entusiasmo sin fin de un pueblo inmenso,

cual blanca nube de fragante incienso  
llegaban hasta tí mil béndiciones.

Y al propio tiempo que tu blanda mano  
paz y dulzura por doquier vertía,  
patricio insigne, al grito soberano  
de la España tu pecho respondía,  
Del Austria y del britano las legiones  
viste hollar nuestro suelo,  
y al fuego de mortíferos cañones,  
esparcir sin cesar amargo duelo.  
Tú, con tus nobles fulgentinos, dando  
al viento la bandera  
de la heróica ciudad que el Tader baña,  
de Almansa en la pradera  
glorioso triunfo aseguraste á España,  
coronando con inclitos laureles  
la augusta sién de Murcia, y desde entonces  
enlazando á la flor de sus vergeles  
y á sus timbres el lustre esclarecido  
de tu nombre sin par, alza orgullosa  
su estandarte con mirto entretegido  
que el sol alumbra con su luz hermosa.

¡Oh! el alma que admirarte  
tan solo sabe al recordar tu historia,  
apenas tiene voz para ensalzarte,  
cegada por los rayos de tu gloria.  
¿Y quién no se extasia  
tus obras al mirar si ante ellas siente  
el corazón heuchirse de alegría  
y agrandarse el espacio en que la mente

revuelve su ardorosa fantasía?  
 Cuando con rudo embate  
 luchando las pasiones,  
 en el fondo del alma el fuego late  
 de impuras y bastardas ambiciones;  
 cuando apartada de su rumbo cierto  
 la nave de la vida  
 en vano busca el anhelado puerto  
 por gigantescas olas combatida,  
 en tus obras, tu génio fulgurando,  
 alto modelo á la razón presenta,  
 y tu dedo, á los cielos señalando  
 donde su trono la virtud asienta,  
 la mezquindad del egoismo advierte,  
 lo deleznable de la vida humana,  
 el vértigo del tiempo que convierte  
 galas del hoy en polvo del mañana.

¡Ah! feliz, tú feliz, génio fecundo,  
 prelado insigne, colosal figura,  
 que al partir de este mundo  
 para elevarte á la celeste altura  
 donde ciñen tu sién hermosas flores,  
 en pos de tí dejaron los fulgores  
 de tus virtudes luminosa estela  
 más pura que los mismos resplandores  
 del astro rey cuando en el mar riela.  
 ¡Gloria á tí, gloria! La sonante lira  
 himnos preludie en tu honor: el arte,  
 ante tu numen que la mente inspira,  
 también para ensalzarte  
 modele el bronce y mármol, y al conciento

de gigante harmonía, cuyo acento  
vuele del polo à la abrasada zona,  
tu nombre, por mil lenguas repetido,  
vaya al de Murcia que te adora, unido,  
para engarzarlo en su imperial corona.





## A LOS HEROES DEL 2 DE MAYO

---

Cenizas yertas, que en marmòrea tumba  
por sudario teneis excelsa gloria,  
hoy vuestra fama por doquiera zumba,  
que no cabe en el libro de la historia.

Del cañón pavoroso al estampido,  
un coloso se alzò, tendiò su mano,  
y á sus plantas el mundo estremecido  
aeató su designio soberano.

Y no hallando á su paso valla alguna,  
pisò el despedazado Capitòlio,  
y unciendo á su carroza la fortuna,  
triunfante alzò su gigantesco sòlio.

Y desde el Rhin al Nilo, sus corceles

alfombras de cadáveres pisaron,  
brotando de entre ruinas los laureles  
que del titán las sienes coronaron.

Y audaz y altivo, en su creciente saña,  
del nevado Pirene holló la cumbre,  
y ansiando encadenar también á España,  
de su espada mostró la pesadumbre.

Y cual tigres hambrientos, sus soldados  
hartaron su ambición en las rapiñas,  
y en los brazos del crimen entregados,  
encharcaron de sangre las campiñas.

Más ¡ay! entonces vuestra noble frente  
levantásteis el águila del Sena,  
humillando al coloso armipotente  
que ornó su sién en Austerlitz y Jena.

Y al mostrar de la pátria los pendones  
triunfantes en Otumba y en Pavía,  
entre el ronco fragor de los cañones  
rojos de sangre coagulada y fría,

tembló de Francia el inseguro trono,  
Europa despertó, y en sus banderas  
brilló terrible su implacable encouo  
y al combate aprestó sus huestes fieras:

En vano en el extrago se encarniza  
el águila imperial amenazante;  
en vano vuestros cuerpos martiriza

con los golpes del hierro centellante:

que á cada empuje de su altiva gente  
inflamada de cólera y despecho,  
la ignominia lanzábais á su frente  
con el furor de vuestro noble pecho.

Vuestra sangre, al correr sobre la tierra,  
fuè germen de valor y de venganza,  
y al grito horrendo de exterminio y guerra,  
el noble hispano apercibió su lanza.

Y desde Asturias hasta el fértil suelo  
que riega el Bétis, sin cesar lidiando,  
vengaba á cada paso vuestro duelo,  
cadáveres sangrientos hacinando.

Y al orbe demostró con valentia  
que España no será jamás esclava,  
mientras timbre sus láuros la hidalguia  
que inflama el pecho de su gente brava.

¿Qué valen de un tirano las legiones  
cuando la pátria entristecida llora,  
si heridos sus impávidos leones  
se despiertan con faz aterradora?

Oh, sí, vosotros, gloria de Castilla,  
dormid en tanto en vuestra tumba helada,  
que los hijos de Cid y de Padilla  
jamás verán vuestra mansión hollada.

Dormid, dormid, que vuestro génio vive  
á través de las sombras funerales,  
mientras la fama, estremecida, escribe  
vuestra hazaña en sus libros eternos.

Mas ¡ay! que vuestro nombre victorioso  
quiero cantar al eco de mi lira,  
y aunque me alienta un corazón ansioso,  
mi débil voz en el espacio espira.

¿Qué importa, pues? Si mi apagado acento  
es pobre al celebrar tanta nobleza,  
los himnos de la patria lleva el viento  
cantando por doquier vuestra grandeza.

Y cada piedra sin cesar pregona  
vuestro valor heróico sin segundo,  
y la gloria, al ceñiros su corona,  
os da por pedestal el ancho mundo.





EN EL CENTENARIO  
DE SAAVEDRA FAJARDO

---

(6 de Mayo de 1884)

---

Cánte mi pátria el himno de su gloria:  
escriba de su historia  
páginas mil que ensalcen su grandeza,  
y broten en sus mágicos vergeles  
las palmas y laureles  
con que el génio corona su cabeza.

Lleve la fama su glorioso nombre  
para que al mundo asombre;  
y allí do aliente un corazón hispano,  
haga latir la generosa fibra  
que al entusiasmo vibra,  
con acento potente y soberano.

Murcia, Murcia gentil, bella sultana,  
la rosa más galana

que jamás arrulló la primavera,  
 en cuyas frescas y tupidas frondas  
     quiebra el áura sus ondas  
 y canta el ave dulce y placentera:

do sus bosques el ámbito perfuman  
     y de frutos abruman  
 la débil rama que se inclina al peso,  
 y su néctar la vida derramando,  
     hasta en el áire blando  
 hace sentir su apasionado beso.

Reclinada en la alfombra que el Segura  
     esmalta de verdura  
 y borla en franjas de vistosas flores,  
 á los rayos del sol alza su frente  
     donde brilla esplendente  
 la aureola inmortal de sus amores.

Feliz y hermosa, sus tranquilos días  
     desliza entre alegrías  
 que aumentan sus hechizos eternos,  
 y al par que galas con orgullo ostenta,  
     noble y hermosa cuenta  
 de sus hijos los triunfos inmortales.

Triunfos del génio que fulgores vierte  
     y el pasado convierte  
 en argentado y transparente velo,  
 do la gloria, á través, muestra sus huellas,  
     cual muestran las estrellas  
 su clara luz tras el crespón del cielo.

¿Quién con Murcia compite? En los florones  
 que esmaltan los blasones  
 de su lustre y nobleza, entrelazados  
 vense; cual rico y sin igual tesoro,  
 entre esmeralda y oro  
 cien nombres por los siglos venerados.

Fátima allí destácase en la cumbre  
 vertiendo pura lumbre  
 de su numen que al árabe fascina,  
 y al eco de su voz, dulce y suave  
 como el trino del ave,  
 naturaleza ante sus piés se inclina.

El arpa suena de Jacinto Polo  
 cual la lira de Apolo  
 del sacro Pindo en la risueña falda,  
 y escribiendo de Murcia los anales  
 surge inmortal Cascales,  
 la sién ceñida de gentil guirnalda.

Copiando de los cielos la belleza,  
 del arte ~~la~~ grandeza  
 muestra Villacis con pincel divino:  
 Ruiperez y Pascual sus huellas siguen  
 y láuros mil consiguen  
 que abrillantá la mano del destino.

Vergaz el mármol al cincel doblega  
 y opulento despliega  
 el lujo de su ardiente fantasía:  
 Soriano al arte un monumento labra  
 y su inmortal palabra

es la voz del sonido y la armonía.

Tambièn Salcillo, inspiración gloriosa,  
 con mente prodigiosa  
 surca del cielo las etéreas salas,  
 y de su numen al potente aliento,  
 brota como un portento  
 un nuevo mundo de riqueza y galas.

Y como faro que en inmensa altura  
 con clara luz fulgura  
 y se alza ingente sobre el mar bravío,  
 el gran Saavedra, del hispano gloria,  
 gigante de la historia  
 luce allí de su génio el poderío.

Y por si Murcia, de su lustre avara,  
 más timbres anhelara  
 para ostentar su imperio sin segundo,  
 amante, al punto, á la triunfal corona  
 su grandeza eslabona  
 Floridablanca, admiración del mundo.

Y Selgas y Romea, en cuya frente  
 con un rayo fulgente  
 desprendido de Dios el nimbo brilla,  
 aun encienden el pecho de entusiasmo,  
 y absorta, en mudo pasmo,  
 España entera su cervíz humilla.

¡Oh, gloria sin igual! La horrenda muerte  
 que hasta en polvo convierte

los palacios que eleva el despotismo,  
 á las plantas del gènio aprisionada,  
 su diestra ensangrentada  
 detiene, y rueda al fondo del abismo.

Murcia, henchida de amor, con noble ejemplo  
 abre en su seno un templo  
 para dar á sus hèroes fiel tributo,  
 donde al calor del maternal regazo  
 brote el estrecho lazo  
 que una à la madre con su dulce fruto.

Y así, arrancando del eterno olvido  
 el nombre esclarecido  
 de los que forman su glorioso emblema,  
 nuevos laureles y esplendor alcanza,  
 y el sol de la esperanza  
 alumbra y orna su gentil diadema.

¡Oh! cánte el gènio de la pátria mía  
 con mágica armonía;  
 hienda el espacio con su voz gígante;  
 el viento cruja entre el aplauso inmenso,  
 y el ánimo suspenso  
 notas de amor del corazón levante.

Y las hijas del Tháder cristalino,  
 cuyo rostro divino  
 es de la aurora admiración y encanto,  
 con diademas de mirto coronadas,  
 también alborozadas  
 al cielo ~~por~~ su armonioso canto.

*elevan*

Y cuando el tiempo con voraz aliento,  
de destrucción sediento,  
hombres y siglos en su seno esconda,  
de Murcia al nombre por la fama escrito,  
con resonante grito  
el eco de sus triunfos aun responda.



11  
11



## EL PROGRESO



¡Ciencia y humanidad! Ved el constante problema de la vida. El hombre avanza en alas de su espíritu anhelante.

A donde quiera que su vista alcanza, para saciar la sed que le devora, lleno de ardor y de ansiedad se lanza.

No importa que la mano destructora del tiempo intente aniquilar la idea que brota de la mente creadora.

En la esforzada y sin igual pelea, vencedor se proclama el pensamiento y nuevos mundos con su soplo crea.

El muro que ruinoso y polvoriento

de un pueblo cuenta la pasada historia  
con funerario y quejumbroso acento;

aquellos restos que la antigua gloria,  
de potentes y bélicas naciones  
hacen surgir de nuevo en la memoria;

los recuerdos de cien generaciones  
que á través de las brumas seculares  
despiertan las dormidas emociones;

de los dioses de Grecia los altares,  
de Egipto el simbolismo y la grandeza,  
del romano las leyes singulares,.....

todo nos hace comprender la alteza  
del génio, numen tutelar, profundo,  
manantial de verdad, bien y belleza.

Así, cual sol de oriente que, fecundo,  
en rayos vibra al despuntar el día,  
de la ciencia la luz brilló en el mundo.

La mente, que en crespones se envolvía,  
lanzóse audaz al infinito espacio  
llevada por la ardiente fantasía.

y en los globos de plata y de topacio  
que surcan los abismos del vacío,  
miró de Dios el eternal palacio.

Su generoso esfuerzo y poderío

la razón desenvuelve, cual gigante  
que temple y mide su pujanza y brío;

hace sonar su acento penetrante,  
y la avara natura misteriosa  
se siente conmovida y vacilante.

Al esfuerzo supremo que la acosa,  
muestra el tesoro que en su seno encierra  
cual á egrégio sultán la humilde esposa,

y mientras riñen implacable guerra  
la materia y el hombre, el pensamiento  
se erige en soberano de la tierra.

Encadena á sus piés el elemento  
que el mar revuelve con rugiente saña,  
mide la luz que esmalta el firmamento,

analiza el volcán que en la montaña  
hinchado hierve, y en fértil prado,  
hace brotar la mies desde su entraña.

El arte al par, de Dios nuncio sagrado,  
vierte á raudales sus divinas notas  
sobre el pecho doliente y fatigado,

como la aurora virginales gotas  
de su diadema fúlgida derrama  
sobre las flores por el cierzo rotas.

El noble corazón que siente y ama,

su dulce afecto sobre el bronce imprime,  
alumbrado del génio por la llama,

Y siempre el numen creador, sublime,  
horizontes sin fin doquier presente  
y eleva al alma que medita y gime.

¡Imperio portentoso de la mente!  
¡Oh! ¡cuánto, cuánto la razón del hombre  
vence y domina en su anhelar ardiente!

¿Qué habrá ya que al humano sér asombre?  
¿quién lindes pone al génio que atrevido  
grabar intenta en lo inmortal su nombre?

Del corazón el férvido latido,  
la idea, siempre nueva, como Anteo,  
que surge del cerebro comprimido,

y hacina, y lleva tras de sí en trofeo  
innúmeras victorias que la alientan  
á medida que ensancha su deseo,

la insaciable ambición del alma cuentan,  
ese eterno aspirar á lo infinito  
do el Bien y la Verdad su trono asientan.

Ya la ignorancia, estremecida, un grito  
lanza de horror, y se revuelve airada  
cual ruge allá en sus antros el precito.

Y al mirarse por siempre derribada

del pedestal que la soberbia impía  
formó con la pasión desordenada,

busca en los senos de la noche umbría  
seguro albergue, como hirsuta fiera  
huye al bosque á ocultarse en su agonía.

Cual faro que á lo lejos reverbera  
sobre ingente montaña que al marino  
con dulce afán le muestra la ribera,

así el astro luciente y cristalino  
de la serena y plácida esperanza  
va rutilando su esplendor divino.

Y el signo de la eterna venturanza  
en la frente del cielo centellea,  
al par que el hombre en su camino avanza

y el estandarte del progreso ondea  
sobre las ruinas del error vencido,  
para ensalzar los triunfos de la idea.

¡La idea, sí, la idea! estremecido  
el Capitolio à su tremendo empuje,  
exhala Roma funeral gemido,

y ante su acento que en los àires cruje,  
se alza la Cruz cual lábaro glorioso  
sobre la plebe que iracunda ruje.

¡Siempre, siempre la idea! El orgulloso

tirano, ve por ella el feudalismo  
derrumbarse con ruido estrepitoso;

por ella, vencedor del fanatismo,  
el hombre libre rompe las cadenas  
del bárbaro y antiguo servilismo;

por ella, desterrando horribles penas,  
la humanidad el fuego sacrosanto  
del amor correr siente por sus venas;

por ella, en fin, en holocáusto santo,  
su vida ofrece, y resignada corre  
al sacrificio sin horror ni espanto.

¿Quién habrá, pues, que sus conquistas bo-  
si cual titán sobre la enhiesta roca (rre,  
se alza y su afán la inmensidad recorre?

Ved: ya las nubes con su mano toca,  
y arranca el rayo que en el seno hirviente  
forma la tempestad con fúria loca.

Ved cómo al golpe de su brazo ardiente  
ruedan los montes y el vapor enlaza  
los pueblos del absorto continente.

Ved la eléctrica red que el globo abraza  
y esparce las conquistas de la ciencia  
para fundir la raza con la raza.

Muda ya la brutal indiferencia,

suenan las notas del gigante coro  
del trabajo que anima la conciencia,

y su acento magnífico y sonoro,  
repercutiendo desde zona á zona,  
canta del Bien el sin igual tesoro.

Y el derecho del hombre, esa corona  
que Dios formó con su palabra santa  
y la nobleza del mortal pregona,

sobre el régio palacio se levanta  
como dogma purísimo y sublime,  
y al radar de los tiempos se agiganta.

Su dulce afecto la igualdad imprime,  
la hermosa libertad, signo de gloria,  
del yugo vil con su poder redime,

y su indeleble y sin igual memoria  
con áureos caracteres deja escrita  
en el libro sagrado de la historia.

De la exaltada sociedad agita  
los grandiosos estímulos dormidos,  
y allá en el corazón vive y palpita,

cual remueve los senos ateridos  
de la encina la hermosa primavera  
y despierta del ave los latidos.

¡Todo es progreso, sí! Surca velera

la nave por el mar que à sus piés brama  
sin acortar un punto su carrera.

El génio allí, con su potente llama,  
ráfagas mil sobre la hirviente espuma  
de su diadema celestial derrama,

y deshaciendo la flotante bruma,  
marca en las ondas irisada estela  
mientras la nave el elemento abruma,

y tras la luz que sin cesar riela,  
con la ambición del corazón humano  
el pensamiento enardecido vuela.

¡Oh! ¿Dónde, dónde la atrevida mano  
querrá el hombre posar? ¿Qué fuerza alienta  
el fuego de su numen soberano?

¿Tal vez su audacia descifrar intenta  
el porvenir, cuyo tnpido velo  
en la insondable inmensidad se asienta,

ó es que olvidando en su soberbia al cielo,  
voga al acaso, sin prever la roca  
donde se estrelle en su creciente anhelo?

¿Es presunción desatentada y loca  
marchar sin detenerse hácia adelante,  
ó es que Dios mismo nuestra frenta toca

con uu rayo inmortal y al incesante

impulso irresistible del progreso  
responde nuestro pecho palpitante?

No en vano lleva el corazón impreso  
de lo infinito el sentimiento: el alma  
con él se arroba en plácido embeleso:

mira ondear la inmarcesible palma,  
premio á su afán, y tras la lucha ardiente,  
quiere á su sombra hallar reposo y calma.

¡Quién sabe á dónde vá! Cuando inclemente  
viento de tempestad el rostro azota  
del hombre á sus impulsos, obediente;

Cuando la duda ante su paso brota  
y entre espinas y angústias y terrores  
la fuente pura del placer se agota;

cuando el dolor extrema sus rigores  
y el hedor ya se siente del abismo  
al exhalar sus fétidos vapores,

no es que lo empuja el bárbaro egoísmo  
ni su airado Dios su maldición fulmina  
ni su fúria desata el fatalismo:

para marcar la voluntad divina,  
del hombre el cielo la constancia prueba  
y por senda de abrojos lo encamina;

mas no lo olvida, nó: su fé renueva

con incesante ardor, y sublimado,  
sobre grandioso pedestal lo eleva.

Allí, con sus virtudes coronado,  
una vez y otra vez la lucha emprende  
por la razón y por la fè guiado.

La viva llama que su pecho enciende  
es el fuego celeste y misterioso  
que en sacra luz al corazón descende,

y el acento sublime y cadencioso  
que vibra por doquier, es la voz santa  
con que le alienta el genio poderoso.

El orbe entero las grandezas canta  
del pensamiento, que de Dios refleja  
el fulgor que los cielos abrillanta,

y al par que vencedor la sombra aleja,  
para siempre sus obras esculpidas  
en la conciencia de los pueblos deja.

Obras por el Eterno bendecidas,  
que mostrarán al hombre del mañana  
la virtud y la ciencia entretregidas

con vínculo de amor, cual soberana  
diadema deslumbrante de hermosura  
con que el mismo progreso se engalana.

¡Oh! bendita la luz radiante y pura

que ilumina al humano entendimiento  
para ahuyentar del pecho la amargura.

Bendito del progreso el sentimiento  
que desata en la vida sus raudales  
para borrar las huellas del tormento.

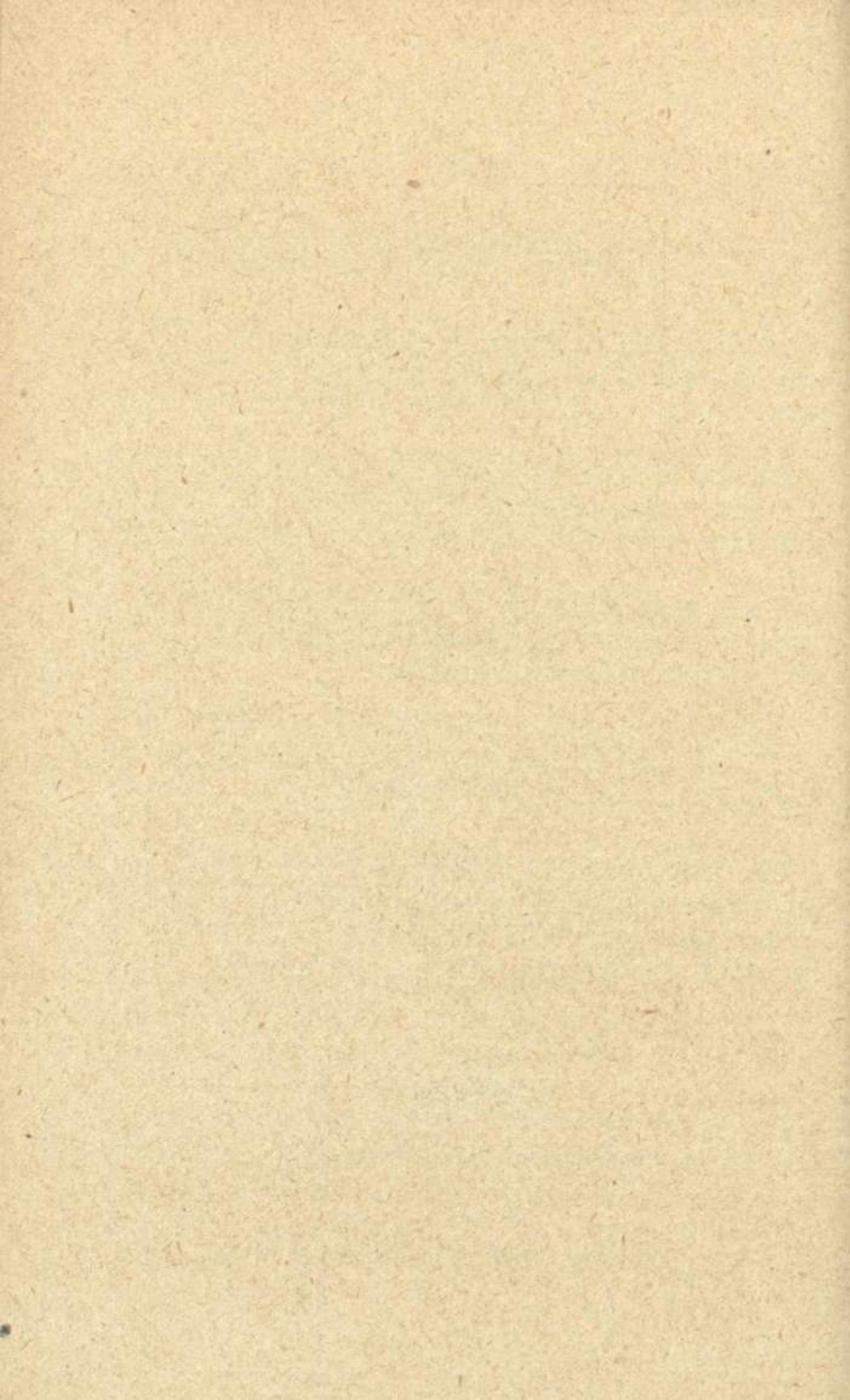
Benditas las conquistas inmortales  
del arte y del saber, que la belleza  
nos muestran de los goces eternos.

Todo respira amor, placer, grandeza...  
todo es gloria y contento y armonía  
en la sabia y feraz naturaleza.

¿Quién se detiene en la grandiosa vía  
que al templo augusto de la paz conduce,  
si Dios la marcha de la historia guía?

Ya la verdad á la razón induce:  
su manto azul el horizonte agranda:  
de hermoso porvenir la aurora luce...  
¡Camina, humanidad, Dios te lo manda!







## CONQUISTA DE SEVILLA



### I

¡Cuán hermosa es Sevilla! ¡Cuán galana  
á los fúlgidos rayos aparece  
del sol que alumbra su esplendor y encanto!  
Vedla en su alfombra de esmaltadas flores  
que el ambiente perfuman, reclinada  
como odalisca que sus gracias muestra  
al goce del amor. El ancho Bétis  
que á sus plantas suspira enagenado  
besando de su régia vestidura  
el bordado festón, con grato arrullo  
lleva al undoso mar los dulces ecos  
de las moriscas zambras, que aún resuenan  
en el pueblo feliz, reflejo siempre  
de la pasada edad llena de gloria.

En esa historia que la mente humana  
 á través de los siglos aún recrea  
 y, rodeada de celeste nimbo,  
 surge rasgando la tiniebla obscura  
 del tiempo destructor, contempla el alma  
 el poder musulmán, vencido y roto  
 á los piés de la Cruz que, en las almenas  
 del sevillano muro, plantó un día  
 del santo rey la vencedora mano.  
 Allí, al acento del clarín guerrero  
 y al bélico latido con que ardiente  
 palpita el corazón, en sangre tinto  
 brilla el acero á cuyo golpe rudo  
 brota la libertad. De las cadenas  
 el hierro vil en polvo se convierte,  
 el canto de victoria el viento rasga  
 y el estandarte de Castilla flota  
 sobre las ruinas del Islám, cual lleno  
 de majestad sublime flotó un día  
 en Córdoba y Jaén.

Páginas bellas  
 cual las flores que adornan sus jardines  
 tiene Sevilla en tan preciada historia:  
 lucha fué en que el alarbe altivo y fiero  
 su fé y su pátria defendió con brío  
 y en que del gran Fernando el nombre augus-  
 llenó de espanto á las moriscas huestes (to  
 que opusieron en vano su arrogancia  
 para atajarle en su triunfal carrera.  
 Lucha de raza en religión, en donde  
 los ódios seculares de dos pueblos

su fuerza contenida desataron,  
 como fuego que hierva en las entrañas  
 de gigante volcán, cuando impelido  
 por fuerzas interiores, hácia el cráter  
 se precipita en torbellinos densos.

De Hassen la sombra aterradora y fría  
 aun surge en la campiña, cuando el curso  
 media la luna en la tranquila noche;  
 y parece que esmaltan la llanura  
 mil blancos alquiceles, recordando  
 del pueblo aquel los últimos instantes,  
 cuando á la lid intrépido lanzaba  
 con sin igual ardor sus escuadrones.  
 Lamentos y dolores, llanto y luto  
 y alegría y contento en rara mezcla  
 percibe allí la arrebatada mente,  
 y se escucha la voz del manso viento  
 entre las verdes frondas, que aún repite  
 suspiros regalados y amorosos  
 ó tétricos gemidos de agonía.

¡Empresa singular!... Oh! ¡quién pudiera  
 narrar grandeza tanta! ¡Quién guiado  
 por la celeste inspiración, raudales  
 de armonía vertiera, al son del arpa  
 que estremecida de placer suspira  
 sus notas al lanzar! ¡Quién de su cielo  
 la claridad tomando y los colores  
 ó el sacro fuego de su luz febea,  
 trazar supiera el portentoso cuadro  
 de esa epopeya que, enlazando á un tiempo

Covadonga y las Navas á sus glorias,  
hirió de muerte el corazón bravío  
del musulmán feròz!

Mas no; si falta  
grato son á mi lira, el pecho ardiente  
su fé y su aliento mostrará al recuerdo  
de la hermosa ciudad, en cuyos timbres  
de lo inmortal el sol fundió su brillo.  
Brote mi canto cual lo siente el alma.  
Si el pobre es numen, de Sevilla el nombre  
sublimará las rudas melodías,  
y el aroma que exhalan sus pensiles,  
mezclará en mis cadencias su tesoro  
para que al fin mi voz su acento endulce  
y digna al menos de cantarlo sea.

## II

Ya guerrero clamor los aires hiende...  
ya el león de Castilla despertando,  
muestra rugiendo sus potentes garras:  
ya las haces cristianas que en cien lides  
de su pecho el valor mostraron, llenas  
de indòmita arrogancia, al santo grito  
de pátria y religión, su acero blanden;  
y ansiando á la corona de Fernando  
engarzar para siempre rica perla,  
de Sevilla el recinto hollar pretenden  
tremolando la Cruz sobre sus muros.

¡Y triunfarán! La fé que les anima

mil láuros conquistó. Si ella su brazo  
 un tiempo armó para vengar la afrenta  
 de Jerez, hoy también sabrá en el Bétis  
 héroes sin cuento producir, y en polvo  
 convertir el Korán, cual seca arista  
 que en cenizas convierte al punto el fuego.  
 El nombre de Fernando será enseña  
 de gloria y esperanza, que propicio  
 quiso el cielo juntar á un pueblo grande  
 un rey grande también, para que el mundo  
 asombrado contemple la bravura  
 de los héroes que saben por su pátria  
 sucumbir ó vencer.

¡Pátria! tesoro  
 de amor y de ternura que despierta  
 en el alma recuerdos indelebles:  
 madre que en puro y regalado beso  
 arrulló las primeras ilusiones  
 que en la mente flotaban, alentando  
 de honor y de lealtad el noble impulso  
 que el cielo concedió sólo á sus hijos.  
 Harto tiempo gimió del moro esclava.  
 ¿Quién hoy la olvida, si llegó el instante  
 de vengar sus injurias y tormento,  
 y el ruginoso hierro ya se afila  
 para que al bote de la dura lanza  
 también la mano con furor penetre  
 en el pecho de rábía y ódio henchido  
 del terrible musulmán?

¿Quién freno pone

al bético ardimiento, al fiero encono  
 que infiama el corazón, cuando aún ondea  
 entre el mar y Castilla el estandarte  
 de las razas de oriente? ¿Quién del pecho  
 puede ahogar el latido, si aun la planta  
 de extranjero invasor recuerda el llanto  
 que el acero tajante del Profeta  
 hizo verter, cuando entre sangre y luto  
 audáz llevó desde la bella Gades  
 á las cumbres heladas del Pirene  
 su aliento destructor? Oh, que la aurora  
 que brotó al noble esfuerzo de Pelayo  
 sol es que eclipsa el luminar del día,  
 y el gran Fernando cuya sien circunda  
 del santo y del guerrero la aureola,  
 sellar decide en la morisca tierra  
 los timbres de su fé.

El moro, en tanto,  
 á los gritos de guerra respondiendo,  
 en su guarida agítase iracundo  
 como tigre que oculto en el ramaje  
 ve próximo su fin. La voz aguda  
 del muezzin, convocando á los muslines  
 á la oración á la mezquita lleva,  
 tropel inmenso de bizarra gente  
 que, antes de alzar su pabellón al viento,  
 jura verter su sangre y dar su vida  
 en holocausto de su patria amada;  
 y parece que llena los espacios  
 atmósfera de muerte ennegreciendo  
 su purísimo azul, cual si el destino

extendiera su mano aterradora  
ocultando la luz que muestra el día.

Vierte la hermosa lágrimas de fuego  
cabe la fuente que el rumor apaga  
ante el gemido que del pecho brota.  
Las cántigas de amor ya no resuenan  
de la guzla al compás, ni en los jardines  
se escuchan de las zambras los acentos  
que mostraban del pueblo la alegría  
cuando, exento de penas, sus pasiones  
entre dulces afectos desbordaba.  
Y del harén las músicas sonoras  
acallan su rumor, cual si un presagio  
triste anunciara al amoroso nido  
su destrucción también.

De saña lleno  
el castellano audaz los campos tala:  
sus caballos veloces la ribera  
pisan del Betis. A lo lejos brillan  
con los rayos del sol, lanzas, broqueles  
y máquinas de guerra que el espanto  
infunden por doquier. Cien estandartes,  
mezclando sus matices á las flores  
que al beso de la dulce primavera  
el prado adornan, entre mar espeso  
de espadas se revuelven, y tomando  
parte en aquel ejército el Sublime  
Alhamar, con sus huestes granadinas  
al combate se apresta, y sus corceles  
en apretadas haces guía ansioso,

cual si, al hollar el sevillano suelo,  
con su alfanje quisiera el exterminio  
llevar él solo al enemigo bando.

Pronto circunda blanco campamento  
de Sevilla el recinto. Surca al punto  
la flota de Vizcaya la llanura  
del ancho mar, y hácia Santúcar vuela  
con afán indecible. Bonifacio  
ardiendo en sed de sangre, cual el buitre  
que la presa ve ya, forzar ansía  
del caudaloso río la corriente,  
y, destruyendo las moriscas naves  
que el marroquí mandó, unir sus armas  
à las que en tierra, llenas de heroismo,  
fèrrea cintura à la ciudad oponen.

### III

Todo dispuesto está; sólo se aguarda  
la señal combate. El gran Fernando,  
puesta en Dios su esperanza, al cielo eleva  
su ardiente corazón mientras su vista  
dirige à los gallardos minaretes  
coronados de inmóviles guerreros  
dispuestos à luchar. No destructora  
espada vibra en su robusta mano  
sino modesta cruz que el rayo puro  
de la pálida aurora en luz envuelve;  
cruz que los triunfos del cristiano abona,  
signo bendito que al hispano engríe  
y en cuya sombra el almá se cobija

como escudo que á un tiempo, incontrastable, el cuerpo y el espíritu defiende con divina virtud.

Al fin resuena del clarín el acento: las ferradas puertas de la ciudad ábrense, y miles de fanáticos, séres empuñando nudosa ianza ó afilado alfanje, como torrente desbordado, corren al castellano campamento. Pueblan gritos de guerra los espacios. Brillan al sol que nace las crujientes armas, y pronto frente á frente los dos bandos, como nubes opuestas que al empuje del viento chocan, con ardor y brío se arrojan entre sí, de muerte ansiosos para saciar la sed que les devora.

Retiembla el suelo bajo el duro casco del corcel impaciente: el hierro estalla, al titánico golpe del guerrero, en menudos fragmentos. Sangre hirviente riega al punto la tierra: tristes ayes de dolor y agonía resonando, aumentan el horror de aquella lucha; y en un momento, confundidos todos, cristianos y muslines, sólo dejan percibir, á través del polvo denso que cual fúnebre manto los envuelve, masas informes que doquier se agitan cual las olas del mar, cuando furioso

el huracán revuelve su hondo seno  
con espantosa confusión.

Ni tregua  
ni piedad se conceden. Muestran ambos  
el ódio de su raza y religiones  
que en la embriaguez de sangre se desborda  
hiriendo sin cesar. Hassen, al frente  
del sevillano ejército, su alfanje  
blande inflamando del valiente el pecho,  
y más de un castellano ante sus íras  
su espíritu exhaló. Confía el moro  
en su valor y número, y espera  
arrojar al cristiano de sus lindes  
en fuga ignominiosa, y multiplica  
de su brazo las fuerzas; que à su espalda  
una ciudad querida, presa en tanto  
de indecible terror, tiende los ojos  
arrasados en lágrimas al hijo  
que por su amor y por su fé pelea,  
y con voz que percibe sólo el alma  
le alienta con afán.

Mas ay! en vano  
extrema Hassen su ardor y su denuedo  
y las moriscas huestes anhelantes  
también en vano con delirio luchan;  
que ya el tercer Fernando, el gran caudillo  
al castellano arenga con acento  
mágico, celestial; y cual si un rayo  
de la divina fé con él vibrara,  
redóblase el valor, cantos se eleven

á Dios en medio del fragor, mezclando al horrible concierto la armonía de sus notas de fuego, y cunde al punto en la morisca grey el desaliento.

Súbito crece en el cristiano altivo el coraje y pujanza. Cada golpe arrebatada una vida, y arrollando cuanto á su paso encuentra, en un momento ve huir ante la cruz, rotas, deshechas las haces enemigas que medrosas corren á la ciudad, como rebaño de tímidas gacelas acosadas por el activo cazador. Sevilla de pavor se estremece, y con lamentos que revelan su angustia, ve á sus hijos tornar vencidos, mientras lejos suenan los himnos de victoria que en sus alas el viento lleva y cuyos ecos dulces contrastan con los fúnebres gemidos que en la aterrada población se escuchan.

¡Destino adverso!... ¿Quién de los profundos misterios de la suerte puede el velo rasgar un punto y sorprender las causas que á los pueblos impulsan al camino de su grandeza ó ruina? Los designios del Sér Supremo á la razón ocultos para siempre estarán, y nunca el hombre impelido en los campos de lo ignoto por fuerzas invisibles que Dios guía sabrá su fin marcado. Cual las olas

sucedan á las olas, las edades  
 y las naciones en creciente lucha  
 sucediéndose van, y ora á la cumbre  
 de su grandeza ascienden, ora ruedan  
 á un abismo sin fin, y desaparecen  
 como polvo que avienta impetuoso  
 en el desierto el huracán.

Si un día,  
 por los vicios de un rey, las orientales  
 hordas triunfaron, y su férreo yugo  
 la cerviz humilló de España, apenas  
 pueden hoy contrastar el récio empuje  
 del guerrero español que, lentamente  
 su antigua pátria recobrando corre  
 de victoria en victoria. Estremecido  
 el Islám, de su cumbre ya descende,  
 su misión en la historia el kalifato  
 de Córdoba cumplió; la cruz avanza  
 y pronto un nuevo triunfo hará á Castilla  
 señora de otro reino.

Ya la bella  
 y opulenta Sevilla, sus primeros  
 esfuerzos ve perdidos; tiembla y llora...  
 y un día y otro día renovando  
 la lucha desigual, siempre vencida,  
 mira á sus hijos parecer al filo  
 del hierro destructor. Al fin concentra  
 su dolor y sus ódios, cual si en ellos  
 un último consuelo le mostrara  
 su negra suerte, al ofrecerle el cáliz

que vierte de sus bordes la ponzoña:  
y decidida à sucumbir, envuelta  
en los escombros de su hogar en donde  
las joyas vela de su amor, aguarda  
su hora fatal, y en sus macizos muros  
y en sus soberbias torres se encastilla.

## IV.

La escuadra, en tanto, á la ciudad se acerca,  
y al marroquí embistiendo, pronto tiñe  
de rojizo color con sangre mora  
las transparentes aguas. Temeroso  
huye el infiel al ver del vascongado  
la intrepidez, y esconde con vergüenza  
léjos de aquellos lindes su desastre;  
y al par que hiende las hinchadas olas  
al Africa tornando, de Castilla  
y León la bandera desplegada  
al arrullo del mar altiva ondea,  
y el español en vítores prorrumpe  
por su pàtria y su Dios.

Libre ya el curso  
del Bétis á las naves castellanas,  
estréchase el asédio. Al campamento  
acuden nuevas huestes y banderas  
y nobles que, un laurel ansiando, el brio  
de su edad juvenil muestran gozosos.  
Con ellos Vargas, gloria del hispano,  
guerrero sin rival, cuyas proezas  
terror al moro sevillano infunden,  
gígante entre gigantes se levanta.

Alli de Urgel y Portugal los timbres  
 con Galicia y Vizcaya al sol relumbran;  
 del potente Aragón flota la enseña,  
 de Cória y Medellín brilla el escudo,  
 y todos oprimiendo de Sevilla  
 el murado recinto, la victoria  
 presagian, cual si el cielo respondiera  
 à la noble ambición que el pecho inflama.

Arrogante y ufano el del Algarbe,  
 con numerosas huestes aguerridas  
 que ágiles huellan la feraz pradera,  
 intenta socorrer al sevillano  
 rompiendo el cerco; mas en vano lucha  
 haciendo cadáveres al golpe  
 de su brazo robusto. El gran Maestre  
 de Santiago sus ímpetus rechaza;  
 cada cristiano, cual león hambriento  
 en medio de la arena, airado ruge,  
 y sin temor à la fatiga, extrema  
 su furor y su saña, hasta que acosa  
 doquier al moro que en cobarde fuga  
 abandona sus armas y estandartes,  
 buscando sólo con veloz carrera  
 la vida que el contrario le concede.

¡Otra victoria!... El español bizarro  
 más redobla su anhelo. Ve delante  
 à la régia ciudad, cuya hermosura  
 no soñada jamás, ante sus ojos  
 con sorprendente majestad se ostenta.  
 Allí está su corona: allí en el seno

de la bella sultana sus amores:  
 allí la paz que tras la guerra nace  
 cual brota el sol tras el crespón sombrío  
 que la tormenta por el cielo extiende.  
 Allí está del pasado la venganza,  
 y en caractères de diamante y oro  
 páginas mil escribirá la gloria  
 para hacer inmortal el nombre augusto  
 del santo rey que al castellano rige.

¡No hay esperanza ya! Los campeones  
 que, arrogantes ayer, de extraños reinos  
 volaron en auxilio de Sevilla,  
 huyen ó pasto de los buitres yacen  
 en el campo insepultos. Breves cruzan  
 las horas y los días, y el estío  
 pasa también, y del otoño el manto  
 por valles y colinas ya se extiende.  
 Y en tanto el musulmán que sus guerreros  
 ve lentamente perecer y apura  
 sus bélicos recursos, triste cuenta  
 sus últimos instantes, cual en medio  
 de récia tempestad náufrago débil,  
 ante la tumba que en las olas mira,  
 cuenta de su existencia los momentos  
 próximo á sucumbir.

Todo es espanto  
 y horror en la ciudad. Haszen intenta  
 infundir su valor á los que en torno  
 de su bandera llama. ¡Esfuerzo inútil!  
 Agotados los bríos, no responde  
 el corazón, con su latido ardiente,

al pensamiento audaz. El cierzo helado del otoño la sangre de sus venas heló también, y el adalid, medroso, por vez primera acaso llanto vierte escondido en su hogar, testigo un tiempo de sus dulces amores y alegrías.

Mas cual lámpara triste, agonizante, que en el obscuro cláustro sus fulgores concentra un punto, y crece y luz despide más hermosa y más viva y luego muere, el musulmán así, su fuerza uniendo ante el último empuje del cristiano, va también por vez última los bríos de su pecho á mostrar, antes que triunfe la cruz bendita que hácia el muro avanza. Después... ¡sucumbirá! Nada le resta ni ilusiones, ni amor, ni dicha. Todo pasó como fugaz aurora. ¿Puede acaso renacer lo que la tumba encierra avara en su profundo seno?

## V.

Ved... ya suena el clarín. Los sitiadores con entusiasmo sin igual se aprestan al terrible combate. Tascas el freno el caballo impaciente y se encabrita al sentir en su hjar el acicate. Espeso mar de lanzas y de escudos del sol repele los fulgores. Mueve el viento las banderas y penachos,

y á la voz de Fernando que el primero  
corre á la lid, el castellano altivo  
palpita lleno de esperanza y mira  
coronado por ráfagas de gloria  
el verde láuro de su noble anhelo.

¡Hueste digna en verdad de tal empresa!  
¡gloria de España, admiración del mundo!  
¡hijos de aquellos que temblar à Roma  
hicieron en Numancia, y cuyos hechos  
la fama pregonó de polo à polo!  
¡Ellos hoy triunfarán! La media-luna  
ante la cruz se postrará y herida  
el águila de oriente, hàcia las rocas  
del Atlas tenderà su ráudo vuelo,  
entonando con fúnebres graznidos  
el canto de su muerte, cual un dia  
del simoun en las alas, el espacio  
ensordeció cantando su victoria.

¡Ay, ya la hora en el reloj divino  
sonó para las huestes del Profeta!  
El Dios que el númen de Fernando inspira  
fulmina el rayo de su diestra airada,  
y en breve el sol alumbrará sangriento  
el rojo airón de las morisca enseña  
rasgado en cien girones, cual sudario  
de su misma soberbia y arrogancia.  
Sevilla será libre... ¡Sus floridos  
vergeles que celéste hurí cultiva,  
y do el amor esparce sus dulzuras,  
al vencedor ofrecerán sus rosas

para alfombrar su paso!

Corta el Bétis

la flota castella, al tiempo mismo  
 que por tierra el guerrero avanza, y llega  
 al puente de Triana, donde el moro  
 se dispone á luchar de rábia ciego.  
 Nubes de flechas los espacios cubren  
 mil vidas arrancando. Pronto el rio  
 sepultura es de bravos campeones  
 que aún pretenden luchar entre las olas  
 al exhalar su postrimer aliento.  
 Nadie vacila en su valor. La sangre  
 enardece los ánimos. Sevilla  
 atónita contempla la matanza,  
 y muda de terror, con ánsia espera  
 su ruina ó su victoria.

De gigantes .

duelo á muerte es aquél, y cuyos gritos  
 desesperados, roncos, enardecen  
 la pasión de las razas que allí muestran  
 sus ódios no extinguidos. Rivalizan  
 en saña y en denuedo. Bonifacio,  
 anhelando acabar aquel combate,  
 revuélvese iracundo; mezcla extraña  
 de combustibles mil arroja al puente  
 que en breve instante por su base cruje,  
 y levantando al cielo torbellinos  
 de abrasadoras llamas, al momento  
 sobre las turbias aguas se derrumba.

No hay ya piedad. Triana ve en sus calles al cristiano por fin. La fortaleza de Gáles se rindió. Nada detiene al que juró del moro el exterminio, y un alarido inmenso se levanta dentro del muro de la gran Sevilla. Tambièn Fernando por opuesto lado la Macarena embiste: sus guerrreros avanzan palmo á palmo, que si almenas faltan deshechas por el rudo empuje, del musulmán el pecho se convier te en muralla que sólo con la vida su paso cede al vencedor.

Ni un brazo

ocioso queda en la contienda. Todos allí matar pretenden. Los clarines, mezclando á la confusa algaravía de voces y lamentos sus agudos sonos, parecen lúgubres quejidos que á la morisma aterran, y enardecen la sangre de los bravos castellanos. ¡Sevilla va á caer!... Crece el coraje que apenas puede contener el pecho en el bravo español ante esa idea, mientras al musulmán, cual plomo hirviente, quema del corazón las hondas fibras. ¡Sevilla va á caer!... Sus defensores con rapidez perecen, y agotadas sus fuerzas, otra vez huyen sombríos arrojando sus armas ya inservibles para buscar su salvación.

No brotan  
lágrimas de sus ojos, que sus fuentes  
la amargura secó. Ni un ay exhalan  
sus pechos, destrozados por violentas  
emociones.—¡Lo quiere Dios!—les dice  
una voz con acento de agonía,  
y de dolor y de vergüenza llenos,  
doblan al punto la abatida frente.  
¡La Macarena del cristiano es presa!  
¿Qué resta ya á Sevilla? Circundada  
por invencibles huestes, sin amparo  
en sus hijos, que ocultan en la sombra  
su ignominia, percibe los rumores  
cercanos del ejército enemigo  
que va el muro á escalar, y al fin decide  
sus llaves entregar al rey Fernando  
é implorar su perdón y su clemencia.

¡Oh dicha sin igual! ¡Llegó el momento!  
¿Quién pintar puede el gozo y la alegría  
del castellano ejército, que en himnos  
de entusiasmo prorrumpe, y fervoroso  
eleva al cielo su plegaria ardiente?  
De Castilla la enseña victoriosa  
tremola en la ciudad y al moro aterra.  
Sevilla es libre ya. La que sultana  
un tiempo fuè, y en zambras y festines  
endulzó las cadenas que á su cuello  
el Islám anudó con mano fuerte,  
levanta la cabeza donde brilla  
aureola inmortal. ¡Gloria al rey santo!  
¡Gloria al que supo devolver á España

joya de tal valor, timbres tan puros!  
 ¡Gloria al que supo en el undoso Bètis  
 fijar por siempre de Castilla el génio!

## VI.

Ya de nieve se cubren las montañas...  
 Las flores ateridas, en sus tallos  
 doblan tristes sus pálidas corolas.  
 Con indecisa luz el sol fulgura  
 entre gases flotantes, cual si el soplo  
 del invierno sus rayos ocultara;  
 y parece que todo, respondiendo  
 y la aflicción del musulmán, esconde  
 sus encantos que fueron la alegría  
 del sevillano pueblo. Hssen sus ojos  
 al Africa dirige. Aquellas playas  
 do en otro tiempo se meció la cuna  
 de sus mayores, cual imán potente  
 atraen de su espíritu las fuerzas  
 para hacerle olvidar de su Sevilla  
 la memoria infeliz.

¡Ay! ¿Quién del alma  
 medir sabe el dolor? Negros abismos  
 presenta al corazón la infausta suerte,  
 y al resbalar el pié desde la altura  
 rueda la dicha sin hallar el fondo,  
 que el anhelo jamás límite encuentra.  
 ¡Sevilla es del cristisno!... Aterradora  
 idea que de Hassen el pecho rasga.  
 Del árabe poder las mara villas,

siglos y siglos, á la edad futura  
 contarán de Fernando la grandeza,  
 y el universo mirará asombrado  
 sobre la tumba del Islám, al viento  
 flotar el estandarte de Castilla.

¿Qué se hicieron los bravos paladines  
 terror un tiempo del cristiano? ¿Dónde  
 los que al compás de la morisca guzla  
 cantaban su valor y sus proezas  
 y á sus bélicas glorias enlazaban  
 los triunfos del amor? ¡Ah!... sus hogares  
 perdidos ven, y cual errante alondra  
 quieren lanzar su postrimer suspiro  
 en clima extraño, donde al fin la muerte  
 mitigue sus angústias y dolores.  
 Pátria, riquezas, esperanza... todo  
 el destino fatal sumió en la sima  
 del pasado, y tan solo en la memoria  
 reviven como tétricos fantasmas.

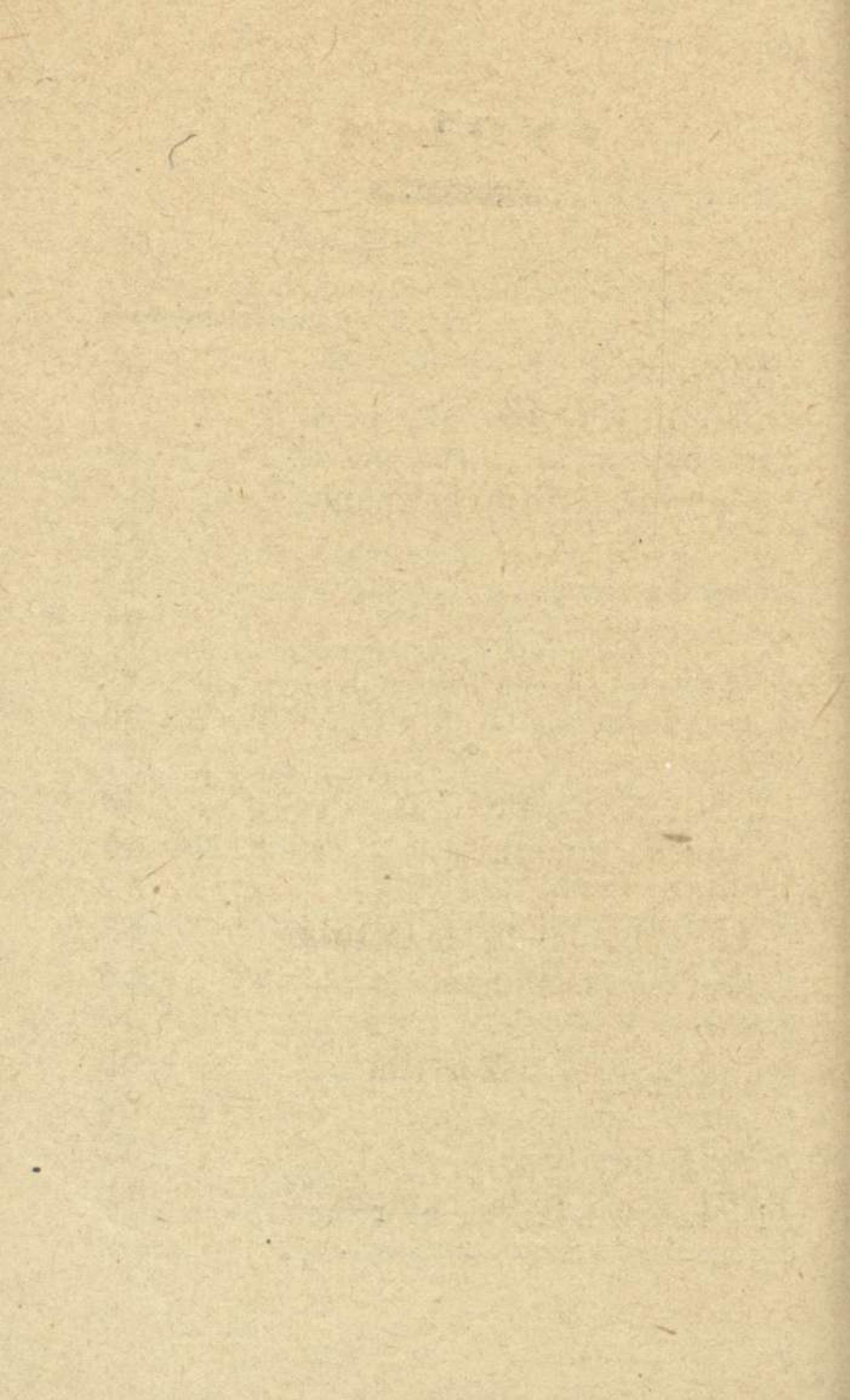
Desparramadas del Korán las hojas,  
 la Cruz en la mezquita abre sus brazos:  
 espesas nubes de fragante incienso  
 el ámbito perfuman, y se extiende  
 el cántico sagrado por sus naves.  
 La imágen de la Virgen, blanca estrella  
 del proceloso mar de las pasiones,  
 sobre su régio pedestal que adornan  
 trofeos del infiel como despojos  
 de un triunfo sin igual, su faz divina  
 muestra al guerrero que se postra humilde

ante su augusta magestad.

Fernando

también se postra fervoroso, henchido  
de ardiente amor, que por tan santo influjo  
á término feliz llevó su empresa  
y aherrojò para siempre, victorioso,  
el orgullo del árabe á sus plantas.  
Si arrogante en la lid mostróse, ahora  
su perdón ante el ara al pueblo ofrece:  
su noble pecho de placer se engríe,  
y ante la voz del sacerdote santo  
que bendice las armas vencedoras,  
súbito mira de su estirpe régia  
surgir allí las sombras venerandas,  
ciñéndole la sién con inmortales  
láuros que un tiempo abrillantò la gloria.

Su anhelo se cumplió. Sus timbres puros  
se graban del alcázar en las puertas,  
mansión que há poco, del musín encanto,  
en áureo camarín aprisionaba  
bellezas sin rival, como las flores  
que sus calados pórticos adornan  
Allí del tiempo el destructor aliento  
pasará, respetando de Castilla  
el blasón que de Dios la mano vela.  
El padre Bétis llevará á los mares  
la fama de aquel pueblo sin segundo,  
y Sevilla cristiana, su hermosura  
mostrará alborozada entre vergeles,  
mientras sus hijas, del amor sagrario,  
coronarán de mirto su cabeza.



# INDICE

---

---



*Pág.*

---

|  |    |
|--|----|
| Dos palabras . . . . .                 | V  |
| La Razón y la Fé. . . . .              | 1  |
| El Alba . . . . .                      | 9  |
| En la muerte de mi hermano . . . . .   | 11 |
| La Pátria . . . . .                    | 13 |
| Alegoria . . . . .                     | 21 |
| A la noche . . . . .                   | 23 |
| Después de la ausencia . . . . .       | 29 |
| A una boca . . . . .                   | 35 |
| Fin de siglo . . . . .                 | 37 |
| En la muerte de Selgas . . . . .       | 39 |
| A una flor marchita. . . . .           | 43 |
| Al Siglo XIX . . . . .                 | 47 |
| A la noche del 14 de Octubre . . . . . | 55 |
| A Guzmán el Bueno. / . . . . .         | 59 |
| Tus ojos . . . . .                     | 61 |
| En la muerte de Zorrilla . . . . .     | 65 |
| ¡¡¡Dios!!! . . . . .                   | 69 |
| A la Alhambra . . . . .                | 77 |
| En el retiro de los campos . . . . .   | 81 |

|                            | <i>Pág.</i> |
|----------------------------|-------------|
|                            | -----       |
| A C...                     | 85          |
| Centenario de Salzillo     | 89          |
| Ante un reloj              | 93          |
| La Caridad.                | 95          |
| Ayer y hoy                 | 101         |
| A Murcia                   | 105         |
| En un álbum                | 109         |
| El último adiós            | 113         |
| Ultraje de Melilla         | 123         |
| A un águila                | 127         |
| El sol poniente            | 129         |
| Tributo de lágrimas        | 133         |
| A la Política              | 135         |
| Un recuerdo                | 143         |
| A la Virgen                | 147         |
| Pasión y venganza          | 153         |
| La pena de muerte          | 163         |
| Al Cardenal Belluga.       | 165         |
| A los héroes del 2 de Mayo | 173         |
| Centenario de Saavedra     | 177         |
| El Progreso.               | 183         |
| Conquista de Sevilla.      | 195         |



# Obras del mismo autor

---

## EN PROSA

**Infortunio** (novela) edición agotada.

**Escenas murcianas.** — Se vende á 1'50 pesetas el ejemplar, en la Papelería Inglesa y en casa de la Viuda è hijos de Perelló.

## EN VERSO

**El Triunfo del Ave Maria** (Edición agotada).

**Notas discordantes.** (Colección de versos). De venta en las principales librerías.—Precio: UNA peseta.